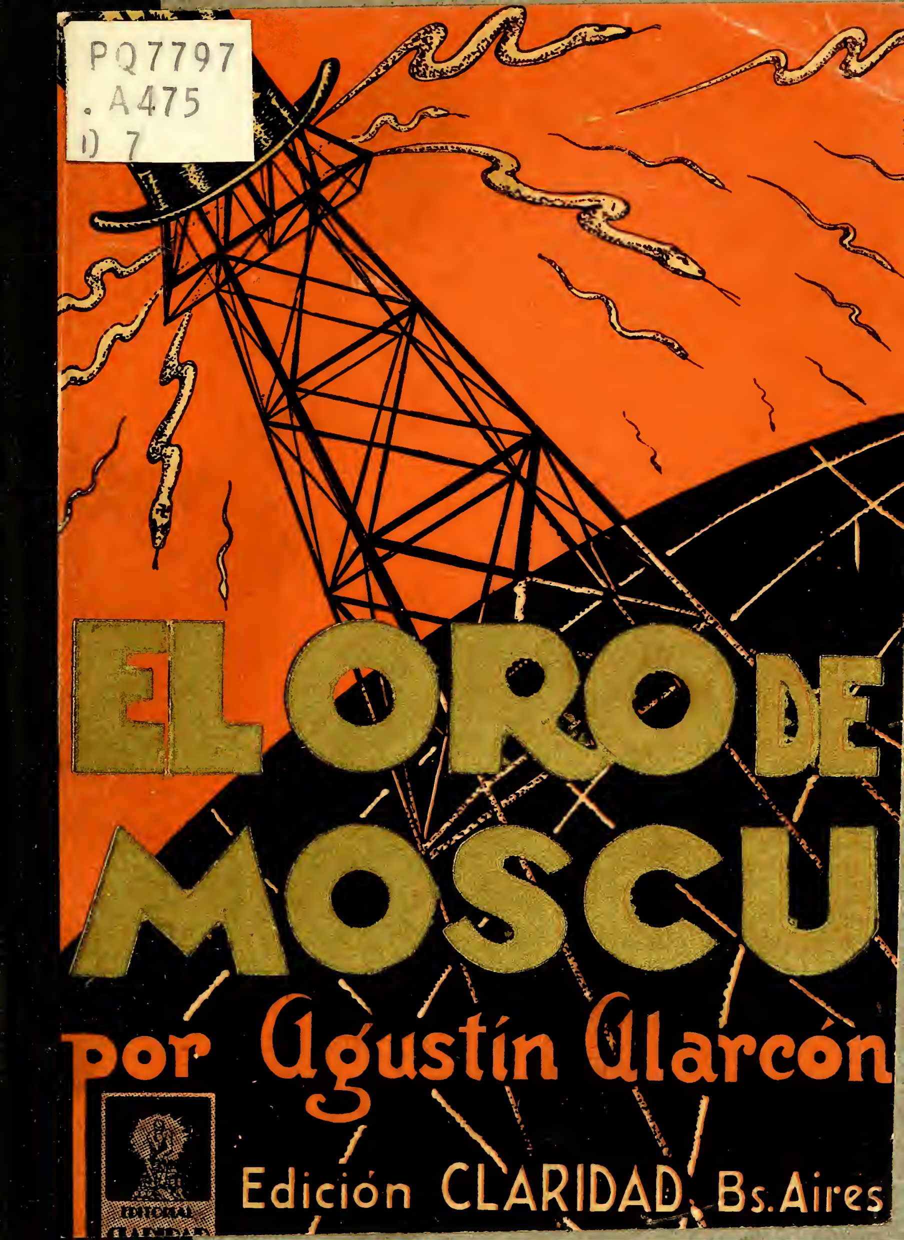
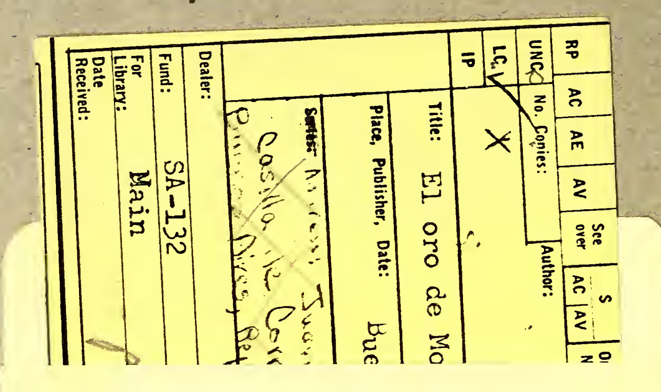
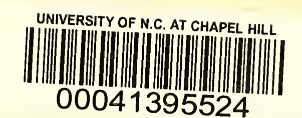


PQ7797
.A475
D7
EL ORO DE
MOSCU
por Agustín Alarcón
Edición CLARIDAD Bs. Aires


RP
AC
AE
AV
See over
AC
AV
UNC
No. Copies:
Author:
LC
IP
Title: El oro de Mo
Place, Publisher, Date: Bue
Series:
Dealer:
Fund: SA-132
For Library: Main
Date Received:


LUX
LIBERTAS


UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00041395524

EL ORO DE MOSCU



Agustin Alarcón

EL ORO DE MOSCÚ

NOVELA SOCIAL, CUYO ARGUMENTO SE DESARROLLA EN LA ISLA DE CUBA ENTRE TRABAJADORES DE LOS INGENIOS AZUCAREROS, BAJO LA TIRANIA DE MACHADO





COLECCION CLARIDAD
"GRANDES NOVELAS SOCIALES"
BUENOS AIRES

CAPITULO PRIMERO

Cuba. Central azucarero "Liberty". Boattie Sugar Company: Imperialismo yanki.

Un hombre de unos 25 años, 5 pies y pico de alto y 130 libras de peso, avanzaba sobre el compás de sus piernas hacia el batey del ingenio.

Traía un traje de unos $ 20, salario de dos meses de un cortador de caña.

¿Sería un burgués? ¿Sería un burócrata? Por la ropa no parecía un obrero.

Sin embargo, mirándolo de cerca, en la biografía de su cara, como en el rostro de todos los pobres, se podría leer la estadística exacta de sus hambres, luchas y privaciones. Tenía la cara angulosa y simétrica de un poliedro y un semblante intelectual.

Traía un maletín.

—Monstruo, presidio industrial del imperialismo, ogro, antropófago mecánico del capitalismo, ¡pronto arderás!... Tal vez caigan muchos... ¡Pero arderás!... Tal vez caiga yo... ¡pero arderás! —pensaba mientras se acercaba a la mole gigante del central.

—¿Este tipo está loco o qué? —hubiera dicho cualquiera que lo hubiera oído. Pero él se entendía.

Un soldado le salió al enuentro.

—¿Quién es usted y a qué viene aquí?... ¿Y qué lleva ahí?

—Vengo a trabajar, no a buscar trabajo. Aquí llevo mi ropa. Indíqueme "La Casa de los Solteros", que allá me dirijo.

El buen traje del civil, el tono de su voz y la casa a que se dirijía convencieron al militar. No exijió ver el contenido del maletín.

—La compañía prohibe a los extraños andar por

sus terrenos; pero veo que usted es una persona decente; así que perdone... a mí me pagan para esto. Mire: aquélla es "La Casa de los Solteros"; coja por allí...

—¡Gracias!

No tenía ni que dar las gracias. "La buena presencia es la varita mágica que abre todas las puertas". ¡Hasta las del cielo! Con su facha podía no sólo entrar en feudos imperialistas, sino también le estaba permitido frecuentar todos los paseos e iglesias de todas las ciudades, entrar en los espectáculos públicos gratis, comer en los restaurantes quedándolo a deber, fascinar Julietas y otras ventajas que señala al detalle un Marden cualquiera, ingeniero mental de la juventud, para la extracción sin dolor, propio, de las muelas ajenas de la plusvalía.

* * *

"La Casa de los Solteros" no era un club de célibes capitalistas yanquis, sino el dormitorio de los empleados sin hogar de la feudo-factoría. De tabla, con recibidor, ducha, inodoro, lavabo y alguna ventilación, era el orgullo de sus moradores, que le decían "el palacio". Era un palacio comparado con los barracones de los braceros; era un barracón para empleados comparado con el verdadero palacio de los amos del central.

El que llegaba tocó.

—¡Hola, Pedro! —gritóle, abriendo la puerta y los brazos un joven de unos 27 años, casi 6 pies de alto, arrogante, cara satisfecha, robusta y grande: mirar sensual, de sibarita. Por su indumentaria de $ 40 y sus siete arrobas de peso se sabía su sueldo. Por el vaho de la boca y la pigmentación de la nariz se sabía que bebía bastante, y no agua. Era la suya una personalidad teatral, histriónica, con un gran don de poses y de frases.

—Salud, Cristóbal. Aquí me tienes.

—¡Bergante, Mamarracho, Carepalo, Esperpento, Pepinillo, Cabeza de Perro, todos, corran acá para que vean un bicho extraño! —vociferó vigorosamente le primero.

Una puerta se abrió y por ella salió un tropel de once jóvenes en cuero, con el traje que Adán traía —según la gran novela bíblica.— Por el arco de la barriga y el olor de la boca se conocía que acababan de comer y de beber.

—¡Jauría: aquí les presento al gran Pedro Solís, periodista de fuste y figa, que al que pica mata, escritor candela, amigo mío, y desde hoy, como ustedes saben, compañero de palacio nuestro.

La crisis había arrojado a casi todos estos ex-"hijos de familia" de los planteles de segunda enseñanza y de la Universidad al trajín de la producción, pero conservaban aún el alegre y bromista espíritu del estudiantado y aunque querían hacerse "hombres de bien". Cristóbal, que era el cabecilla, por derecho de capacidad, los había preparado para la llegada del nuevo camarada, diciéndoles: "Ese tipo se hace muy filósofo y formal y hay que hacerle pagar la "novatada", dándole una choteadura padre y maleándolo por añadidudra", así que todos lo "fajaron" a la mano extendida de Pedro, apretándosela tan simultánea y brutalmente que por poco se la descoyuntan, pronunciando cada uno, solemne y descaradamente, su saludo de burla:

—He tenido el disgusto de conocerlo...

—Le doy mi más cordial despedida...

—Nos ha jodido usted la siesta

—Nunca desgracia mía fué más grande...

—No tenga pena, puede usted retirarse...

—La puerta de la calle está abierta...

—¡Adiós, señor!

—¡Que le vaya bien!

Y así por el estilo, cada cual le dió su rara bienvenida, inclinándose reverentemente a la manera cortesana.

Pedro no se alteró o gritó; al contrario, las contestó sonriente:

—¿Cómo están sus mamás?

Toda la escala musical de la risa, desde donde elsolfeo del ¡ji! ¡ji! hasta el trombón de la carcajada resonó al unísono en "La Casa de los Soltero". Cualquiera diría

que era el jazz-band de la jocosidad ejecutando a toda orquesta el charleston de la hilaridad.

Había reconocido que el recién llegado "comía azúcar", como decían ellas para caracterizar el buen humor.

—¡A babor! ¡Que viva el recién nacido camará! —gritó uno del grupo.

Y lo arrastraron, introduciéndolo en el dormitorio comunal, donde había una doble hilera de camas y mesitas iguales, que daban la impresión de una sala de hospital. A la entrada había dos grandes armarios y al fondo una mesa de comer con un regimiento de botellas de ron, anís y cervezas vacías, empezadas y llenas.

Pedro tuvo que entablar una verdadera lucha para que no lo emborracharan y sólo lo dejaron en paz cuando les juró que ya era mayor de edad.

—Bueno, ya que te he deshonrado con la amistad de estos sujetos, ven, que te voy a hacer la honra inmerecida de presentarte a mi prima, literata como tú y como yo —dijo Cristóbal, llevándoselo por un brazo.

—¡Carolata como tú y como los dos, querrás decir, Krisnamurti! —voceó uno del grupo.

Los dos salieron riéndose y caminaban hacia una arboleada avenida de chalets de madera, uniformes, simétricos, equidistantes, iguales, con ese inconfundible sello standard del estilo americano.

Eran los hogares de la empleomanía con familia.

Cristóbal sacó unas pastillas de chiclé y bridándoselas a Pedro, le dijo:

—Toma; para que no sepan que hemos bebido.

Y en seguida se puso a rumiar chiclé como un yanqui.

—Ya sabes —dijo, parando de masticar y con gran seriedad y misterio— eres el "Conjurado Número 13".

—¿Conjurado número qué y para qué? —dijo Pedro mirándolo en la cara.

—Ya lo sabrás —volvió a decir Cristóbal en el mismo tono.

—Lo sabrás no; ¡lo sabré ahora mismo!

Cristóbal soltó una risotada.

—¡Qué, ya te creías que era cuestión de revelico? Ya

dejé la política. Cerrada la Universidad, dejé para siempre los estudios y dejé, pues, las tánganas estudiantiles. A Machado que lo tumbe el viento. Pienso casarme, tener hijos, nietos, biznietos, tataranietos...

—Para y vuelve al punto de partida.

—¡Ah!, sí, tienes razón... "Los Conjurados" somos nosotros, los que vivimos en el palacio que acabas de dejar. Eramos doce, ahora contigo, trece; te corresponde, pues, el número trágico.

—Bueno, ¿a qué viene, entonces, el mote de conjurados?

—Verás: nosotros, los chicos del palacio, somos los "Conjurados Contra el Buen Orden", los Asesinos de la Neurastenia y de la Hipocondría, los Caballeros del Relajo... En nuestro alcázar sólo reinan la Juerga, la Trompetilla, la Charanga, la Mogiganga y el Remandingo. Y cada cual tiene su apodo, es decir, su nombre de guerra. Tú tendrás el tuyo. Yo tengo el mío: Colón; aunque "familiarmente" me llaman también Colombo, Colombina, Cristóbolo, Cristo, Crisnamurti, etcétera. Cuando regresemos te presentaré ante el Consejo de los Doce y recibirás el espaldarazo de la Orden.

—Será del Desorden...

—¡Eso es, eso es, del Desorden!

—¿Luego, ese recibimiento nudista es un anticipo de la ceremonia?

—¡Yes!

—A otra cosa. Dime, ¿por qué no me conseguiste el trabajo en la misma Casa de Máquinas?

—Porque entendí que un intelectual como tú, y amigo mío, no se merecía ese trabajo brutal, entre la suciedad, la grasa y el calor.

—Te escribí subrayándote que quería ese trabajo brutal, entre la suciedad, la grasa y el calor.

—¿Sí? Pues no me dió la gana sino de conseguirte el de listero, más decente y mejor pagado. Si es por observar mecánica en grande, como me decías en tu carta, podrás hacerlo a tus anchas, la mayor parte del tiempo te sobrará y ganarás mucho más. Pero un talento como

tú, "Conjurado Número 13" y habitante de nuestro palacio, no debe trabajar en overoles, en medio del churre, del ruido... ¡del infierno!... como un vulgar jornalero. Aunque no creo que porque vivas entre máquinas logres, como pretendes, hacerte de un estilo literario que transcriba el "mormor" de los motores, el correr de las correas, el ¡pin! ¡pan! de los martillos y el rodar de las ruedas...

—¡Ya veremos... ya veremos!...

Dos años empeñados juntos en editar un semanario liberal-democrático de combate contra la sanguinaria tiranía machadista, juntos en los disturbios, juntos en la prisión, juntos en el ataque y en la defensa juntos, se habían unido en fuerte amistad Pedro y Cristóbal. Estudiante pequeño-burgués éste, albañil e intelectual aquél, habían quebrantado la débil frontera social que los separaba.

Hacía un año que no se veían. Pedro se había hecho comunista. Cristóbal aunque pensaba casarse, heredar dos casas y no seguir estudiando, vacilaba —como puro pequeño-burgués— sobre el derrotero definitivo de su vida.

El ignoraba el viraje de táctica de Pedro. De táctica, porque su ideología fué siempre la defensa abnegada de los oprimidos y el comunismo es, sobre todo, marxileninismo, tácticas supremas de reivindicación social de los oprimidos. E ignorando Cristóbal ese su viraje y las tácticas en sí, ignoraba su verdadera intención al querer trabajar en la Casa de Máquinas.

—Bueno, digas lo que digas, serás listero.

—Bien, seré listero.

En esto llegaron a uno de los chalets. Cristóbal pasó a la sala, haciendo que Pedro lo imitara y se sentara, yéndose él hacia el interior.

A poco emergió del fondo azul de la casa, trayendo de gancho a una hermosa joven, como si del fondo del mar trajese a Venus, que diría un poemaniático cualquiera.

—¡Mira, admírate, prívate, desmáyate, que esto se

ve una sola vez en la vida! La prima más linda, angelical e inteligente que existe, la mujer más bella y dulce del mundo!... ¡Te brindo la gloria de conocerla! ¡Arrodíllate y santíguate!

Pedro se irguió sonriendo y, articulando su nombre, estrechó la diestra carnosa y suave de la muchacha.

—Aurora Aguirre —dijo ella, y añadió insinceramente:— tenga en cuenta que Cristóbal se practica para orador político y siempre está haciendo uso de la palabra, quiero decir, de exageraciones de anunciador de feria...

—Que usted es bella, sin que él me lo diga, lo veo; que es inteligente... lo veré. Así que no tema. Sé de viejo que la lengua de Cristóbal es una emisora sin receso ni estática.

Un relámpago brilló en los ojos de la joven, su frivolidad de fetiche femenino se sintió herida por la herejía cortesana de Pedro. "¿Por qué no diría que sabía que era inteligente?"

—¡Oye! —exclamó Cristóbal— ¡si yo te digo que Aurora es bachiller en ciencias y letras, taquimecanógrafa, poemista primorosa, recitadora grandilocuente, erudita, etcétera, y mil etcéteras más, si yo te lo digo, y en presencia de esa frente de Minerva, no me lo crees, mereces que coja una estaca y te abra la mollera en dos!

Aurora se puso punzó. El lenguaje grosero y agresivo de su primo la sublevaba. No obstante bachiller y taquímeca, y de ideas más o menos democráticas, era una "niña de su casa", infectada de gravedad de romanticismo. ¡Pobrecita, padecer esa peste en pleno central azucarero, bajo el signo de esta era de crudo materialismo!

Aunque sin dejar de soñar con el Príncipe Azul e idilios eternos bajo la Luna, las modernas enfermas de romanticismo feudal reducen su mal a un morboso culto de la cortesía caballeresca.

Por eso Aurora esperaba que Pedro alabase su regio gusto en el arreglo de la sala. Que ponderase la elegancia aristocrática de su traje. Que le preguntase si era

ella o una princesa la que estaba en un retrato suyo que había en la pared. Que le dijese, como un barómetro, el estado del tiempo, que ella bien veía o sentía: "Va a llover, señorita", "hace calor, señorita". Que elogiase la simpatía y gracia de las mujeres de allí. Pero, desgraciadamente, él ni era romántico ni dominaba los temas y el trato de la gente "chic".

Ella estaba apenadísima. Y la culpa de todo se la achacaba a la charlatanería de su primo.

Pedro quiso romper el hielo con una anécdota, y dijo:

—Oyeme, Cristóbal. Oigame, señorita: fuí una vez a un cine a ver la película "El Botero del Volga" y me senté en una luneta de una fila que había vacía en medio de la platea. Al poco rato llegó un individuo, miró todos los asientos que quedaban aún desiertos y como si me buscara, se sentó junto a mí. Al instante empezó el film, y con ella el hombre, como un segundo vitafón, a decirme en alta voz:

—Mire, ahora viene esto; ahora viene aquéllo; ahora éste se mete por allí, ahora por allá; usted verá. Fíjese, ahora, cuando ella entre, él la abraza.

Mientras el vecino me atormentaba con su gratuito "Ahora viene esto, ahora va lo otro", como si me creyera ciego o miope, yo sólo le respondía:

—¡Ju... Ju... Ju...!

Es decir, emitía ese pujido guturonasal que uno emite cuando aprueba de mala gana; lo único que lo mío no se parecía a un pujido, sino a un quejido.

El público que nos rodeaba estaba indignadísimo, tanto o más que yo: sobre todo las mujeres, que hasta llegaron a coger la rabieta conmigo, creyéndome amigo de aquel Enemigo Público Nº 1.

—Cuándo se callará el maldito hombre —gemía una vieja.

—¡Mal rayo lo parta! —gritaba una rubita.—Ahorita llamo al empresario o a la policía para que lo arroje de aquí!

—¡Y el otro idiota no le da un tapaboca! —decía otra.

—¡Qué le va a dar, si el "nené" necesita que el "papá" le indique lo que va y viene en la película!

El siempre rebelde populacho de las galerías hizo suya tan justa demanda:

—¡¡Que se calle!!... ¡¡¡Que se calle!!!... ¡¡¡Que se calle!!! —gritaba, pateando y palmoteando, de golpe y a compás, como si fuera un "choer".

Pero el dichoso hombre, sordo al sufrimiento ajeno, seguía con su matraca:

—¡Ahora va esto!...

Y mi quejido, que se iba convirtiendo en un rugido, lo acompañaba:

—¡Ju!...

—Ahora va lo otro.

—¡Ju!...

—Ahora viene lo de más allá.

—¡¡Ju!!

Mas, ya yo estaba harto, más harto que las mujeres, pues estaba harto de ambos: de él y de las mujeres, y desesperadamente buscaba un remedio al mal, hasta que cuando él dijo:

—Ahora el príncipe le da con la fusta en la cara al botero...

Yo dije:

—¿Quién?...

No me dejó acabar.

—¿Quién va a ser? ¡El príncipe!

—¡Que quién se lo preguntó!?

—¿Preguntó? ¡Qué preguntó ni preguntó!... ¡Mire, mire!... ¿no se lo decía? Que le iba a pegar y le pegó. —Y continuó: Ahora, cuando ellos suban al carruaje, el botero pisotea el guante de la princesa...

—¿Quién...?

—¡Quien va a ser: el botero!

—¡Que quién se lo preguntó a usted! —le rugí yo.

Entonces fué cuando el hombre se calló. Deduce la moraleja, Cristóbal, deduce si es o no enojoso que le describan a uno las cosas que va a ver o tiene ya ante los ojos.

Aurora y Cristóbal rieron de buena gana, y éste recuperando su desparpajo, dijo a su prima:

—¡Qué dice Miss Película!— Y siguió impertérrito: —Fíjate, ingrato cuentacuentos, si Aurora es inteligente que es una ferviente admiradora de tus escritos.

—¿Pero vuelves?, adulador impertinente —dijo plañideramente al primo la prima, que empezaba a mirar con aprehensivo y femenil desasosiego las inesperadas salidas de Pedro. Este tomó la palabra:

—Lo lamento . . . Mi pasado literario ha muerto. Yo lo maté. Lo enterré yo. Confusionismo anarquista, espiritualismo obtuso y liberalismo burgués, sólo había en él. Democracia-Demagogia-Dolo, he aquí la Diosa sin velo, Divinidad de los Derechos del Hombre, Trinidad monstruosa de mi fe muerta. He quemado el puente que me une al cadáver de mi pasado literario. Dije que lo maté yo y en verdad lo mató la Realidad. Yo dormía un sueño espantoso en brazos del extravío, pero cuando penetré en los centros obreros avanzados de la Capital, desperté. Vi el movimiento formidable, organizado y combativo del proletariado mundial, su fuerza y justeza revolucionarias; absorbí su luminosa teoría: el materialismo histórico: reconocí su valiente vanguardia: la Internacional Comunista, suprema conductora de las masas explotadas en marcha incontenible hacia la reivindicación final de todos los oprimidos, hacia el exterminio total de todos los opresores! Y descubrí que mi puesto de combate estaba allí, al lado de los hambrientos y haraposos de la tierra! ¡Por eso desprecio mi pasada demagogia literaria y por eso soy comunista, porque he encontrado el camino teórico y práctico que mi instinto revolucionario tanto tiempo buscó y que un día creyó no hallar!

—¿Entonces retiras tú las justas acusaciones que en la prensa has hecho contra el Calígula Cubano? —dijo Cristóbal.

—No, no las retiro, les doy la interpretación histórica justa. Machado sólo personifica al títere de turno en Cuba, de la emergencia colonial imperialista, del ca-

pitalismo en derrumbe. Asómate a todos los países del mundo capitalista y verás sanguinarias dictaduras. Mira para todas las testas gobernantes y verás la cabeza lombrosiana de Mussolini. Porque la pudrición de la sociedad burguesa fomenta sus tiranos, lo mismo que la consecuente radicalización de las masas fermenta sus líderes. Y estos dos fenómenos de reacción y revolución, hijos de la crisis capitalista, están hoy en vertiginoso desarrollo. En la América Latina, como en todos los países semicoloniales, los déspotas son tan feroces, no sólo por la estructura semifeudal del medio, sino porque estas bestias están trotando a dos espuelas en la pista de la Historia: a la derecha los acicatea la espuela del imperialismo, a la izquierda la espuela de su propia burguesía y terratenientes.

—No creo que los postulados democráticos de la Gran Revolución Francesa puedan morir tan fácilmente —apuntó Cristóbal.

—Precisamente el Capitalismo entró oficialmente en la Historia a los sones de "La Marsellesa", desplegadas las banderas de la libre producción, libre cambio, libre contratación, pensamiento libre, prensa libre, libre reunión y mil y mil veces más la palabra libre, o Libertad —amén de las de Igualdad y Fraternidad— pero ha llegado a su etapa monopolista y financiera, en que la palabra "libre" sólo reza para la pandilla burocrática de los Rockfeller, Morgan, Ford, Roschild, Zaharoff, Krupp y compañía. A los sones de "La Marsellesa" entró el Capitalismo oficialmente en la Historia, pronto saldrá a los sones de "La Internacional". Y entonces empezarán de veras en todo el mundo la Libertad, la Iguaload y la Fraternidad.

Aurora asistía con manifiesto disgusto a la discusión. La consideraba una falta de educación. Una grosería imperdonable para con ella. Un crimen contra la etiqueta. "¡Mire que hablar de política, de economía, hasta de sangre, en presencia de una dama, cuando hay tantas cosas bellas, finas, espirituales de que hablar! ¡Ni una palabra para las flores del jardín, ni una frase para la

brisa que las besaba! ¡Nada de poesía! ¿Cabe ultraje mayor?"

Por supuesto que de los dos el que más repugnante se le hacía no era su primo, sino el recién llegado, el tal Pedro, que no se cansaba de desahogar su odio plebeyo contra los ricos.

Cristóbal continuó:

—Me iré derecho a la raíz, porque no me gusta andar por las ramas: el comunismo es un postulado político falso porque se apoya en fundamentos falsos, y es de lógica infantil que de primicias falsas sólo pueden desprenderse conclusiones falsas!

—¡Ya acabaste! —exclamó Pedro.— ¿Ahí finaliza tu catedrática peroración? ¿De qué clase de raíz hablas tú? ¿De la raíz de una muela o de un árbol? Sólo has hecho relucir un bonito collar de palabras sin sentido.

—Pues no y no; mi razonamiento es claro, contundente y categórico como la luz meridiana. Eso del reparto igualitario de la propiedad es del fundamento falso a que me refería, reparto que —digámoslo de paso— no se ha hecho en Rusia.

—Eso es un absurdo anarquista, no comunista; por eso no se ha hecho en la Unión Soviética ni se hará. El marxismo propende a la socialización completa de la sociedad: todo de todos y nada de nadie.

—Eso es el aniquilamiento de la civilización que radica en la propiedad privada.

—Querrás decir al aniquilamiento de la explotación que radica en la propiedad privada... a los trabajadores.

—Te digo que la propiedad ajena es producto...

—Del trabajo ajeno.

—Del esfuerzo personal.

—Del esfuerzo personal de los que no la disfrutan, por lo menos. Mira, Cristóbal, después de la prehistórica propiedad comunal del suelo, sólo existen tres formas de propiedad: la propiedad primitiva o artesana, basada en el trabajo personal; la propiedad capitalista, basada en el trabajo ajeno o proletario, y la propiedad

social, basada en el trabajo de todos. La primera empezó con el Hombre Histórico, la segunda con la Revolución Francesa, la tercera con la Revolución Bolchevique.

—Aceptando como fenómenos naturales esos tres aspectos de la propiedad, convén conmigo, Pedro, en que deben pasar sin precipitación anacrónica, por su completa evolución histórica: convén conmigo también en que la propiedad capitalista debe subsistir por largo tiempo, hasta que la Humanidad haya evolucionado lo suficiente. De lo contrario, si se suprime, se suprimiría con ella el estímulo para el trabajo; el factor motor del Progreso; el Esfuerzo perecería junto con la Ambición y hasta el Deseo, y la vagancia universal plantaría sus reales ocios en la tierra, porque todo holgazán, considerándose dueño del mundo, creería que no debe trabajar y no trabajaría.

—En primer lugar, ignoras las leyes de Aceleración; lo que hoy llamamos revolución es pura evolución histórica, determinismo económico; lo que pasa sencillamente es que tú confundes los cañonazos con la revolución o los rápidos con el río. La revolución social está andando, creciendo, evolucionando desde que la concentración del capital empezó. La pequeña bola de nieve se convierte por evolución en arrollador alud. Antaño la distancia entre Cuba y Moscú era de años, ahora es de días. Antiguamente la evolución se llamaba libro de piedra, barquichuela de vela, ariete, catapulta, la Inquisición, Maquiavelo; ahora se nombra radio, televisión, dirigible, submarino proyectil eléctrico, la Checa, Lenin. Partiendo de tu razonamiento, dirías que el landó, el cupé y la carretela son la evolución, porque andan más despacio que el automóvil, la locomotora y el aeroplano, que serían la revolución, porque andan más aprisa. La revolución es la evolución bajo la ley de Aceleración Histórica. El Feudalismo pudo durar lo que Tutankamón, porque su vida fué, sino completamente idílica, sí de mínimos esfuerzos; el Capitalismo ha vivido más intensamente, ya que está viejo y enclenque y debe morir, dándole paso al Socialismo, joven y vigoroso.

—¡Filósofo —exclamó triunfal Cristóbal— te mataré con tu propia arma! Por la Ley de Aceleración Histórica el Comunismo durará menos que el Feudalismo y menos que el Capitalismo.

—Te equivocas. No porque la divisa del Comunismo sea "¡Siempre adelante! ¡Siempre hacia el porvenir!", sino porque en el Feudalismo y el Capitalismo lo objetivo y lo subjetivo se desconocen entre sí y se contradicen y lo primero tiraniza a lo segundo, las cosas al hombre, a través del caos social, de la anarquía de los fuertes, y en el Comunismo forman un todo armónico: los productores, únicos seres humanos sobre la tierra, dirigen, creen, estudian y comen. Y como es imposible una forma superior de propiedad que la de Todos, se refinarán constantemente las relaciones sociales, pero el Comunismo, la gigantesca colmena sin zánganos ni reinas, la sociedad sin clases, persistirá por los siglos de los siglos...

—¡Amén! ¡Ya decía yo que eso era un nuevo catolicismo! —dijo Cristóbal; y continuó Pedro.

—Eso en lo general, en lo particular, es una calumnia y un desatino decir que el proletariado, que sometido por cientos de años a la carcelaria disciplina de fábrica y que a través de ese calvario secular, concentra todas sus fuerzas, se capacita, organiza el bloque revolucionario con los campesinos pobres y si nescatimar sudor, sangre ni sacrificios quiebra y destroza el férreo frente burgués imperialista y toma el Poder, es incapaz de organizar la economía socialista; sería cerrar los ojos ante las gloriosas brigadas obreras de emulación que en la Unión Soviética realizaron el primer plan quinquenal de producción y realizan el segundo, convirtiendo un enorme país, atrasado y asolado por guerras, revoluciones e inundaciones en el primero del orbe. Y si esto se logra hoy, contra la formidable maquinaria del mundo burgués, ¿qué no se hará mañana, en la época del comunismo integral, cuando las masas posean una verdadera conciencia socialista, cuando cada trabajador, sólo tenga que laborar dos o tres horas y disfrute de todos

los beneficios materiales e intelectuales existentes, cuando todas las resistencias parasitarias y oscurantistas hayan sido totalmente liquidadas?

—¡Está bien, profeta! —exclamó Cristóbal, no atreviéndose a seguir adelante la discusión.

—Lo que no acierto a comprender —se aventuró a decir Aurora—, es ese odio y ese desprecio contra quienes ninguna culpa tienen en haber nacido ricos o haber llegado honradamente a serlo.

—Trataré de explicárselo. Escuche: la sustancia del valor, lo único que crea valor, es el trabajo y por tanto el valor se mide por el tiempo de trabajo invertido en él. Trabajo necesario se llama al tiempo de labor que toda persona necesita para ganar su subsistencia, de lo que se infiere que toda persona debe trabajar para vivir. Considerando lo dicho como premisas, concluiré: desde el feudalismo para acá una clase de hombres, los más fuertes, los más astutos o los más pícaros, gracias a la violencia o el engaño, buscaron la manera de gozar y derrochar a expensas del trabajo ajeno y empezaron a acaparar para sí todos los medios de producción: tierra, aperos de labranza, utensilios artesanales, etcéteras, con el consiguiente despojo y perjuicio de los más y más débiles, ignorantes o sin malicia; de aquí nacieron dos clases principales: una desposeedora y ociosa y otra desposeída y laboriosa. Actualmente estas clases son la burguesía y el proletariado, y como aquélla, la menos numerosa, no podría reinar parasitaria e impunemente sobre la otra sin perfeccionar sus armas: violencia y engaño, ha aumentado paralelamente con su poderío económico su poderío político: gobierno, ejército, prensa, iglesia; y con él su opresión, tiranía y crímenes sin fin ni nombre para que la clase esclavizada y famélica, la clase productora, la única que crea valor y progreso, no menoscabe en lo más mínimo su expoliador dominio, y para poderla lanzar a la vez a las carnicerías obreras de sus guerras de conquistas.

Claro está que en la una han nacido niños inocentes, que han heredado el sangriento botín, la educación y

la técnica extorsionadora y en la otra niños inocentes también que han sufrido en la matriz y en la cuna los latigazos de la esclavitud y del hambre. Claro está que ha habido audaces y ambiciosos obreros que han logrado ser de los de arriba; pero ni lo uno ni lo otro justifica la opresión, fuente única, exclusiva del odio de las masas sufrientes a todos cuantos sean burgueses, a todos cuantos sean ricos. Los comunistas conscientes, los bolcheviques, no odiamos al capitalista, conbatimos al Capitalismo, no odiamos al explotador (elemento casi inconsciente del sistema), sino que luchamos por destruir su clase y su sistema inicuo e instaurar una sociedad mejor —**mejor hasta para el mismo capitalista como hombre**— pero necesitamos y alentamos ese odio de las masas para poder arrasar la fortaleza capitalista en el más breve plazo.

—Pero tú no podrás negar —dijo Cristóbal, yendo en auxilio de Aurora— que "comunistas conscientes" como el mismo Lenin, dirigieron personalmente matanzas en masa de ricos, lo cual evidencia el desahogo sanguinario del más cavernario odio.

—La Muerte no es el Odio, ni siquiera el Mal. Sería ilógico decir que el agricultor le tiene odio cavernario a la ortiga y a la yedra que arranca o la rama que poda; o el cirujano a la carne podrida que corta; y todo bolchevique, como todo buen revolucionario, es sólo un cirujano político que debe cortar por lo sano para evitar la gangrena completa del cuerpo social. Y así en la paz la burguesía es un mal microbio, en la revolución es la más terrible gangrena.

Silencio. Vacío. Pedro había vencido, aunque había perdido de ganarse la simpatía de Aurora con su intempestiva conferencia de doctrina roja. Está reñido con la etiqueta social llegar por primera vez a una casa y dar un mitin comunista como si fuera una fábrica.

Notando el malestar de Aurora, Cristóbal dijo:

—Prima, enséñale tus producciones literarias al terrorista éste, que ésa es su debilidad.

—En seguida las traigo —dijo ella reanimada y contenta, y entró a la habitación contigua.

—Le has caído como un pedrada —dijo Cristóbal a Pedro;— ella es muy espiritual. . .

Este iba a contestar, pero ella venía ya, con un álbum, y se calló.

—Le leeré yo misma mis poemas —dijo sentándose. Empezó:

—"El lago dormía. La Luna velaba. El lago soñaba. La Luna reía. La rosa lloraba; lloraba rocío. Y el lago soñaba, la Luna reía y la rosa lloraba porque yo te besaba, con el alma, bien mío."

—Por supuesto que ese Bien Mío soy yo —interrumpió Cristóbal.

—No, —dijo ella suspirando y poniendo los ojos en blanco—es mi Novio Ideal, galante y bizarro; bello como un dios, valiente como un héroe, caballero como nadie.

—Te perdono esa infidelidad porque no lo besabas con los labios, sino con el alma.

—Deme usted su opinión, aunque sólo sea de lo poco que he leído —dijo ella a Pedro.

—No está malo en cuanto a estilo. Por lo demás es un tema, una literatura caduca. Ahora se impone lo nuevo, la vida misma, con sus grandiosos adelantos y sus grandiosas luchas. ¡Cántela usted! ¡Cante a la locomotora y al obrero esclavo que se juega la vida en ella! Cuando la ha visto, hecha luminosa serpiente de hierro, con sus vétebras de carros, guiada veloz entre la niebla y el frío por la mente y el músculo del hombre trabajador, ¿no ha sentido usted su formidable poesía?

Aurora cyó las vehementes palabras de Pedro con concentrada y mal disimulada indignación. Trémula, dijo:

—¡Qué de atrocidades dice usted en la aberración morbosa de meter su comunismo en todo! ¡No sólo tiene la osadía de llamar literatura caduca a la que canta las cosas bellas y espirituales y de llamar poesía a la peste estruendosa de una locomotora, sino que hasta

mete de contrabando la política en el arte! ¡En el arte que es una cuestión del alma!

—¡Ja! ¡Ja! ¿De contrabando? ¡Nada de eso! El arte, como todas las manifestaciones sociales tiene su sello de clase. Hay arte feudal, arte capitalista, arte obrero. No hay arte por el arte, aunque se diga y se predique. Su arte es feudal; el mío es proletario. Yo lo confieso; usted lo ignora...

—¡Basta, caballero; no siga, no nos entenderemos jamás! ¡Usted, con su fanatismo rojo, ofende a una, ofende al arte y ofende a Dios!

Y con la faz enrojecida se fué a guardar su álbum.

—¡Aurora! —gritó, llamándola, Cristóbal.

—¡Oiga, señorita!... —exclamó Pedro.

No respondió. Y se internó en la habitación. Los dos amigos se miraron sin saber qué decir.

—No quise ofenderla —dijo Pedro.

—Es mi prima, pero reconozco que es más susceptible que una sensitiva. Y tú que no sabes ser político...

Ella volvió. Traía los ojos como de haber llorado.

—Perdone —dijo a Pedro,— he sido una grosera y una tonta. No sé discutir como los hombres, y con hombres de mundo... como usted...

—La culpa ha sido mía, por no haberlo comprendido...

—Con el permiso de ustedes —agregó ella, y se fué rumbo al patio.

—Algún día me casaré con ella; aunque ahora me rechaza porque dice que soy muy materialista. ¡Tenemos cada fajaceras! —dijo el primo.

Pedro rió. Y quedó pensando en esa juventud rezagada mentalmente.

—Sinceramente, ¿qué te parece mi prima como mujer? —agregó el otro, satisfecho.

—Una mujer.

—Déjate de bobería y habla como un caballero. ¿Qué te parece?

—Un cuerpo bien hecho, que no ha pasado hambre, no trabaja y que se puede adornar.

Cristóbal se quedó mirando a su amigo, lo hallaba completamente extraño (aunque recordaba que él nunca fué muy católico), hasta en las más mínimas cosas tenía apreciaciones desconcertantes; antes las opiniones de ambos coincidían con alguna frecuencia. Claro, Pedro había cambiado la manera de ver romántica-liberal por la manera de ver materialista. Este enfoque le daba tal peso y solidez a sus palabras, que Cristóbal interiormente tenía que reconocerles cierta brutal certeza, aunque no diera su brazo a torcer. Que Aurora era "un cuerpo bien hecho", cierto; que "no ha pasado hambre", cierto también; "que no trabaja", sólo hacía dos meses que trabajaba como taquímeca en la oficina; que "se puede adornar", la ropa bonita, los bellos aretes y los perfumes y polvos fragantes cuentan, y ella los traía. Las palabras de Pedro resistían, pues, el análisis; él no las refutaría, pero no le satisfacían. Mas, Cristóbal no era hombre que se aplanara tan fácilmente.

—Tú no crees que esa muchacha de 16 años, blanco-trigueña, esbelta, ágil, de sin igual donaire; curvas, carnes y armonía su cuerpo todo; de cutis sonrosado; melena en bucles, que le caen como negras sierpes sobre la tersura mórbida, rósea y tentadora de los hombros; de ojos que revelan por su fuerza expresiva una potencial dominadora de multitudes, que puede decirse de ella que tiene música en las carnes, música en la voz y música de sol en la mirada. Tú no crees, que ese encanto de mujer sería un tipo ideal para tu primera novela?

—Mi primera novela será marxista, materialista; en ella los personajes serán reales, no ideales; trabajarán o no trabajarán, comerán o no comerán, olerán bien u olerán mal, en fin, harán todo lo humano, por hediondo y sucio que sea, incluso lo que tu "ideal" Aurora está haciendo ahora . . .

—¿Qué está haciendo?

—Ensuciando.

—¡Oh! ¡Ah! . . . ¿Cómo lo sabes y lo dices, cochino?

—Tenía los intestinos ocupados, almorzó hará dos horas, oyó de susto en susto mi roja perorata, nos pidió

permiso, cogió un pedazo de periódico de aquel aparador y se introdujo en aquel cuartico que se divisa desde aquí.

Cristóbal se quedó como atónito, mirando el cuartico. ¿Reflexionaba? Parece que le asombraba que la Princesa ideal de sus ensueños" se ocupara de tan bajo menester. Y lo más insólito, que hubiera alguien que lo supiera. Luego volvió bruscamente el rostro y encarándose con Pedro le endilgó:

—De veras que tú te vuelves cada vez más asqueroso; en todo buscas el lado flaco y sucio y cierras los ojos tercamente al lado hermoso y brillante, miras el sol para ver sus manchas, aunque su esplendor te esté comiendo las pupilas. Dime, responde, ¿dónde está el Pedro aquél de buen gusto, enamorado en todo de las más refinadas bellezas?

—En primer lugar, ensuciar o defecar es una función fisiológica, que todos los obreros quisieran tener la dicha burguesa de poder realizar regular, normalmente... En segundo lugar, mientras haya gente —toda una clase y sus secuaces intelectuales "made in"— que le importe y cante sólo al lado dorado del mundo, su propio lado, los comunistas debemos ser intrasigentes en sentido inverso. En último lugar, la "belleza refinada" y el "buen gusto" para los amos de la actual sociedad está en el azúcar refinada y en la caña que siembran sus esclavos, que cortan sus esclavos y que muelen sus esclavos. Magnate y machetero, como dos símbolos, están parados en medio del cañaveral cubano; el gordo tiene el "buen gusto" de que la caña se corte para que se convierta en oro y en orgía; el flaco, mecha en mano, le está entrando el "buen gusto" de cortar sólo la caña del cogote del gordo, para que se transforme en sangre y en revolución. ¿Con cuál de los dos "buenos gustos" te quedarías? . . . Yo estoy con el del flaco.

En esto llegó una mujer de unos 45 años, con dos servicios de café.

—Te presento a mi tía, madre de Aurora.

—Pedro Solís.

—Mercedes García, viuda de Aguirre; he tenido mucho gusto en conocerlo; aquí tiene usted su casa y una servidora; (etc., etc.)— dijo la mujer.

—¡Gracias!

Aurora de vuelta.

—¿Qué te pasa primo, que estás tan rubicundo?

—Será el calor —dijo éste, y le hizo seña al otro de que se callara; queriendo evitar otro choque.

—Sí, se "acaloró" discutiendo conmigo de fisiología animal... —repuso Pedro desobedeciendo.

—¿Qué discutían? —dijo ella, con el ánimo de hacer una concesión a los "vulgares y groseros temas" del visitante.

—Tonterías, prima, que yo le decía que todos los animales comían y él me sostenía que no, porque gran parte de los obreros no comían... Vámonos —añadió parándose y mirando a Pedro y luego a su reloj de muñeca—, que son las dos y mientras no llegue el comunismo te tienes que bañar...

—Supongo que el nuevo "conjurado" nos acompañará al paseo en yate —dijo Aurora, con hipocresía, con la sola finalidad de informarse.

—Sí, vendrás con nosotros, Pedro. Hemos logrado que Mr. Richard nos preste el yate de paseo para salir de fiesta al atardecer; pues, aunque sólo trabajamos medio día, debemos gozar los dos meses que falta para el comienzo de la zafra.

Pedro asintió.

El y las mujeres volvieron a cumplimentarse. Y se fué con Cristóbal hacia "La Casa de los Solteros".

Dejó en Aurora una impresión confusa de gran antipatía y honda curiosidad. "No se había topado nunca a un sujeto tan indelicado y con un aire tal de sabiduría y suficiencia."

A pesar de las sandeces sentimentaloides de ella, su magnetismo animal, plétora vital, poderoso sex-appeal o, simplemente, hermosura de hembra joven y fresca no había pasado inadvertida para sus fibras de hombre, para el macho que vive y palpita en el más abnegado re-

volucionario. "Creo que me he conducido como un atacado de sarampión rojo, como un sectario: debí conversar algunas necedades de salón, al menos para empezar" —pensaba él, por su parte.

—Que no se te ocurra hablar "esas cosas" entre los trabajadores, porque no durarías aquí ni dos días y hasta yo pagaría los platos rotos por haberte gestionado el empleo —díjole Cristóbal.

—Pierde cuidado, que no soy tan ingenuo...

Cuando se bañaba (ciertos lectores no querrán creerlo, pero los comunistas se bañan), fué investido —o embestido—con la orden de "Caballero del Relajo" o "Conjurado contra la Seriedad". El Consejo de los Doce le propinó doce huevazos de pato o pata. Ese fué el espaldarazo; aunque la espalda no intervino en nada, pues se los tiraron por la cabeza. Y gracias a que los huevos no estaban hueros! Y en atención a su número lo apodaron "Siniestro". Pedro acogió la nueva pesadez con resignación de payaso pobre... y rió...

Los revolucionarios tienen que tener muchas veces en su vida resignación de payaso pobre.

CAPITULO SEGUNDO

4 p. m.

El yate "Elisabeth" se dirigía mar afuera. Iba lleno de gente bien vestida y bien comida. Dejaba en la punta del muelle una multitud de muchachos harapientos, macilentos, hambrientos —¡cómo rima la miseria!, "desnudos y desnutridos" es exacto, pero no suena tan bien. Eran los hijos de los braceros del ingenio. ¿Los futuros esclavos? ¡No! Los futuros constructores de una sociedad mejor.

Mientras, la mar estaba azul y serena. El cielo azul y sereno. Como siempre.

Mientras, la alegría y la algarabía de aquella juventud enfiestada iba a la par con la marcha del vaporcito. Se hablaba muchísima basura. Empezaron a salir botellas. Dulces. Un radio empezó a chillar. Baile. Siguieron saliendo botellas. Juerga. Pronto se vió que había también "conjuradas". Orgía.

Demás está decir que Pedro no "hizo época" entre las "conjuradas"; conversaba algo, danzaba un poco y bebía un poco. Sabiendo que había hecho una pésima impresión en Aurora, apenas la trataba. A ella le seguían desagradando sus "barbaridades" y su cara trágica, de Lon Chaney; pero de pronto se sintió atraída hacia él, quería oírlo; y más porque "su alma de vals y flores no comulgaba del todo con aquella juventud con alma de jazz, whisky y Camell".

El, en la primera oportunidad que tuvo se deslizó hasta la puerta que daba al cuarto de máquinas del yate. Abajo ésta y el fogonero resollaban sincrónicamente como compañeros de la misma fatiga; y se veía una barra de articulación realizando rítmicamente su gimnástica de mecánica gigante.

Aurora se le acercó. Una fuerza que no era su voluntad, sino una poderosa curiosidad subconsciente, la llevaba allí.

—Parece que le gusta más el trabajo que la diversión —le dijo.

—Se equivoca. Me gusta más la diversión que el trabajo; esa es la tendencia de la naturaleza humana; pero mientras existan esclavos, como esos que usted ve ahí abajo, debo estar con ellos, hasta que sean libres y puedan divertirse, y yo con ellos.

—Lo admiro . . . y lo compadezco.

—Y yo la compadezco . . . y no la admiro . . .

Rubor. Vergüenza. Aurora bajó la cabeza con la faz purpúrea.

Pedro sintió remordimiento.

—Ahora sí la admiro; tiene usted la cara comunista, roja.

—¡Oh, es usted implacable! ¡Y ahora viene con galanterías revolucionarias!

—Qué quiere usted; la cortesía reinante, como la pena, no es ni siquiera burguesa, sino feudal. No es que seamos groseros y fascinerosos en el trato, sino que en vez de la hipocresía cortesana brindamos afectuosa y franca fraternidad. Nadie es cortés con un hermano, ni tiene que serlo con un enemigo. Hágase comunista; es usted pobre, obrera, su clase, la clase oprimida está en guerra a muerte con la clase opresora; no la abandone, no la traicione, ocupe su puesto, forme en las filas revolucionarias.

—¡Qué horror! ¿Yo un marimacho, yo que sólo siento la sutil sugestión del arte y lo bello? —y volvió la faz al paisaje multicolor, al sol crepuscular.

Pedro dijo, recalcando las palabras:

—A mí también me encanta la poesía, pero no la poesía retardataria y hueca, sino la poesía humana, humana como ésta que dice:

"Navega a veinte millas el paquebote inmenso,
dictador de los mares, que ve morir el sol
todos los días, mientras columnas de humo denso
va lanzando más alta que el último peñol.

Arriba, en la cubierta y en los puentes lujosos,
que goza de la vida sin azares penosos,
fuma, bebe o descansa esa legión feliz
alzando con orgullo de amo la cerviz.

Abajo, en las entrañas ardientes del gigante,
desnudos y espectrales pululan sin cesar
los rudos fogoneros, sintiendo a cada instante
la angustia en los pulmones, sin aire que aspirar.

En el tremendo infierno de los hornos flamean
llamas que alimentan al nuevo Leviatán,
y en medio de este abismo asfixiante jadean
los mansos Prometeos que luchan por el pan.

Hirvientes las calderas condensan el vapor
que impulsa al paquebote del mar; por
su tajamar parece una lira que al viento
partiendo las espumas rimase una canción.

Van alegres arriba los hartos y felices
sin compasión de aquéllos que en humano granel,
el espinazo encorvan e inclinan las cervices
por mantener el fuego sagrado del bajel.

Ríen los poderosos, los fuertes, los que gozan
con holganza de Cresos, buen aire y buen mantel,
los que pensar no quieren que si ellos reposan
es porque abajo calla el sórdido tropel.

Y sigue el paquebote, titán del infinito,
y seguirá su rumbo por el ancho confín,
hasta que un día salten las calderas, y un grito
de los de abajo anuncie que todo tiene fin!"

Aurora se conmovió. Sintió miedo de que los fogoneros volaran el barco.

—Un segundo, regreso en seguida —dijo, y se fué hacia la popa, donde se bailaba y se bebía.

Alguien tocó a Pedro por la espalda. Este se volvió y vió la figura joven y desastrosa de un marinero.

—He oído —dijo— todo lo que ustedes hablaban y quisiera que me consiguiese libros de comunismo.

—Con mucho gusto, compañero. Me llamo Pedro Solís.

—Mi nombre es Juan Díaz, y vivo enfrente al charco que hay cerca de la Valla de Gallos.

—¿Qué tiempo trabajan y cuánto ganan?

—Los días laborables trabajamos 14 y 15 horas; empezamos a las 4 de la mañana y soltamos de 6 a 7 de la noche. Y los domingos tenemos que sacar de paseo en este yate a los dueños de la Compañía o hacer limpieza extra a él y al otro vapor de pasaje. Ganamos —menos el capitán que gana 120 pesos, el primer maquinista y el sobrecargo sesenta pesos —los que más quince pesos y los que menos ocho, con comida.

—¿No están ustedes organizados, es decir, no pertenecen a ningún sindicato?

—No.

—Yo vendré mañana por el muelle y hablaremos.

Pedro cortó la conversación porque llegaba Aurora con una bandeja llena de merengues y gaseosas.

—Esto es para los tripulantes —dijo ella, sonriente y mirando significativamente a Solís.

—¿Eso es para que no hundan el yate? —exclamó él riéndose.

—¡Oh, no, Pedro! Es que usted ha hecho nacer mi compasión hacia ellos.

—Pero ¿cómo se le ocurre a usted traerle a estos hombres curtidos merengues y gaseosas, como si fueran niños? Vaya, llévese eso y tráigales ron.

—¡Usted está loco! Va a darle ron para que...

—Sí, ya sé... para que hundan el barco —dijo Pedro, sin poder aguantar la risa.

Aurora estaba perpleja y abochornada.

—No se preocupe, señorita; no hay marinero en el mundo que no tome el ron como si fuera agua —dijo el tripulante.

—Sí, siempre los sufridos han necesitado un licor, una religión, alguna droga con qué aturdir y engañar el dolor de su vida miserable. Vaya pronto, tráigales ron, mucho ron —dijo Pedro a Aurora.

Sin poder resistirse, aunque lastimada en su prurito de dama, obedeció. Trajo ron, aunque poquito.

—Toma, compañero —dijo aquél, cogiendo la bandeja y dándosela al marinero— dile a los demás camaradas que es un brindis de su compañera Aurora Aguirre, oficinista, explotada también por la imperialista Baettie Sugar Company.

Ella y él volvieron a popa, donde se bailaba, se bebía y se besaba.

Cristóbal estaba acostado en un banco más beodo que vivo.

Anochecía, y el yate puso proa al muelle.

Del muelle, "conjurados" y "conjuradas" pusieron proa a la cama. (A la cama de cada uno, entiéndase). Tenían que pasar la juerga durmiendo, y soñando con enjuergarse de nuevo.

—¡Hasta mañana, que el sueño le refresque la cabeza!... —dijo Aurora a Pedro.

—¡Salud; que no sueñe... que despierte! —dijo él.

—¡Good by, corazón! —tartajeó Cristóbal con su lengua beoda, echándole el brazo a su prima.

CAPITULO TERCERO

Al siguiente día de su llegada, Pedro pudo recorrer solo, a sus anchas e intenciones, el batey, la aldea y los cañaverales más cercanos y obtener un cuadro de conjunto de la miserable y trágica situación de los trabajadores. Se hacían las reparaciones, es decir, se preparaban las maquinarias, molinos, esteras, calderas, hornos, locomotoras, líneas, carros y toda suerte de piezas y aparatos para la próxima molienda.

Por fin algunos obreros azucareros, no todos, empezaban a trabajar y casi a comer, después de ocho meses de tiempo muerto; lo que quiere decir en todos los centrales de Cuba, tiempo de muerte lenta por hambre para los esclavos proletarios, que sin trabajo ni auxilio económico viven desesperadamente, y viven gracias a la caña que logran sustraer a la fiera vigilancia de los guardas-campos y a las limosnas en viandas de los campesinos; viven muriendo, que es el vivir de los hambrientos, porque en verdad, no es vivir, sino morir, agonizar. Mientras, en las grandes ciudades, imperialistas yanquis o capitalistas criollos derrochan su sudor y su sangre en cabarets, chalets, carreras de caballos o mausoleos para perros y gatos.

Se trabaja intensamente en los talleres de mecánica y carpintería y a todo lo largo de las vías férreas se veían cuadrillas de escuálidos obreros encorvados bajo el rigor del sol y la fatiga.

Dentro del ingenio se desmontaban mazas, dispositivos y artefactos mil, y se limpiaban, pulimentaban, ensebaban y aceitaban por el esfuerzo desesperado de los tísicos parias proletarios.

Trabajaban éstos de sol a sombra, doce horas de bru-

tal y febril trajín, bajo el maltrato de los esclavos menos maltratados: los incapacitados capataces.

El salario medio nominal era de 50 centavos. Estos 50 centavos no eran en efectivo, sino en vales, que resultaban en realidad 25 centavos en víveres podridos, de los que imponía el Departamento Comercial de la Company. En esta única expendeduría el obrero —o su familiar— debía estar de pie y en ayunas desde que amanecía hasta que anochecía para que lo despacharan. ¡Cuántas y cuántas veces tuvo el machetero o el carretero que volverse para su bohío, a diez leguas campo adentro, después de todo un día de penitencia y de trabajo perdido, sin el arroz viejísimo, los frijoles picados o la rancia manteca, que debía llevar a sus hijos y a su estómago a cambio de jornadas extenuadoras y bárbaras! ¡Cuántas y cuántas veces sentía el vahido de la debilidad o la fiebre roedora del hambre y tenía que callar o soportar porque el guarda jurado, el policía municipal y el guardia rural lo acechaban siempre como tres símbolos siniestros de la expulsión, de la prisión y de la persecución feroz en "su" Cuba "independiente"!

En tiempo muerto, sobre todo, el nivel de vida y las condiciones de trabajo del obrero industrial eran el "paraíso burgués", comparado con la situación espantosa del proletariado agrícola, del machetero y del carretero, que vivían en el verdadero "infierno burgués". Los obreros agrícolas sudaban y sangraban de oscuro a oscuro en la limpia, siembra, resiembra y orilleo de caña. Trabajaban por contrata, por roza, 360 metros cuadrados, extensión aproximada de una manzana de casas; pero los mayorales de campo —esclavos criollos creídos mayorales de esclavos—, confabulados o no con la Company, las dilataban a su capricho y conveniencia, imponiéndoles las rozas "preñadas", según gráfica expresión de los propios víctimas. Estos, si la roza era "buena" la podían acondicionar, con la ayuda de sus mujeres e hijos, en unos 7 días; si era "rebelde", llena de hirsutos maniguales, tendrían que emplear unos 14 días. En los dos casos, la fuerza de trabajo colectiva,

la suya y la de sus familiares, devengaba lo mismo: 70 centavos la roza; mejor dicho, si lo primero, 10 centavos diarios, si lo segundo, 5. ¿En dinero efectivo? No. ¿En vales, siquiera, es decir, siquiera en víveres podridos? Tampoco. Recibían carne, azúcar y sal por valor de los 70 centavos. Pero en realidad sólo les entregaban la mitad, 35, cuando más, en carne de reses de trabajo, viejas o tuberculosas; azúcar cruda de tres y cuatro años, agriada o con gusanos; y sal . . por suerte para ellos, la sal era lo mejor que le daban . . . pues, por lo regular, la sal, aunque estuviera sucia, no estaba corrompida del todo.

Los explotados no podían sembrar ni criar animales para independizarse, porque apenas les concedían terreno para dormir. Si reclamaban eran perseguidos y expulsados de la "finca". Los lacayos gobiernos de Cuba, Haití y Jamaica, les facilitaban a las compañías imperialistas la trata de esclavos braceros, que eran llevados engañados, bajo promesas de "buenos" salarios, y luego obligados a culatazos y planazos a dejarse asesinar poco a poco en el infierno de los cañaverales, y que si huían sufrían el horror de una cacería humana más sistemática y carnicera que las cacerías de fieras en el Africa salvaje.

Otra fase de la explotación burgués-imperialista en los centrales de Cuba que no faltaba allí, era el trabajo de niños y mujeres, no sólo ayudándole a sus padres y maridos, sino trabajando por su propia cuenta en la limpia, siembra, corte y tiro de la caña.

Las viviendas de los obreros, tanto industriales como agrícolas, eran en su mayoría estrechas y antihigiénicas chozas de guano, enclavadas en terreno de la Compañía, pero construídas con sus miserables salarios. Si el obrero era despedido le arrancaban el tugurio y lo arrojaban junto con un montón de tabla, yagua y guano fuera de la frontera de la finca.

En los barracones, verdaderas porquerizas, eran amontonados los jamaiquinos, haitianos, isleños y demás braceros sin familia. En el campo tenían que ensuciar por

los alrededores, orinar de la parte afuera del barracón e irse a bañar y lavar la ropa al río, arroyo o lagunato, aunque éste quedara al fin del mundo. Como descanso, debían hacerse la comida, sino peregrinar hasta el distante fonducho de la colonia, donde le daban un escaso e indigesto comistrajo por el valor del salario. Tendidos en el camastro o hamaca, debían sufrir y morir si se enfermaban, sin medicinas, sin atención médica, sin alimentos, sin auxilio alguno de la "sagrada y filantrópica" Civilización a quien daban su sangre y su vida en el dulce producto.

Muchos obreros del central recibían forzosamente en tiempo muerto agua, luz y leche adulterada de la Compañía a precios exorbitantes y se las descontaban casi de golpe en los primeros meses de trabajo. Esto era una forma de mantenerlos empeñados, prisioneros toda la vida en aquel feudo horroroso.

En tiempo muerto, a algunos les daban matorrales o tierras estériles para estancias y cuando ya las tenían en cultivo y llegaba la zafra se las quitaban para hacerlas potreros y obligarlos a trabajar por el salario que les dieran.

Para realizar tanta bestial ignominia los místeres imperialistas contaban con una "camarilla" de nativos, en la cual el Administrador, el Subadministrador, el Juez Municipal, y Jefe de Campos a la vez, y el Teniente del Ejército de la República "libre e independiente" eran los primeros perros de presa prestos a clavar sus colmillos en las vísceras de los infelices. El administrador, doctor Delio Núñez Mesa, era todo un señor Representante ("del pueblo") a la Cámara de la Nación, todo un señor congresista, pero como se pasaba la mayor parte del tiempo jugándose el dinero en los garitos de la capital, Mr. Richard Beattie, Presidente de la Compañía, administraba . . . los golpes a los trabajadores.

A fuerza de sagacidad, sutileza y habilidad, Pedro captó, recogió, este cuadro no dantesco ni nada novelesco, sino simplemente capitalista, muy real y muy Siglo Veinte, de los trabajadores del central "Liberty". Con-

versó con peones u obreros descalificados, con mecánicos, carpinteros, macheteros, carreteros y toda suerte de oprimidos, y con tacto e indiferencia —siempre que ignoraba psicológicamente con qué clase de explotado hablaba—interrogó se informó, insinuó y hasta señaló el camino de la liberación: el de la organización y el de la lucha.

Sólo el que conozca el cerco de terror y la red de espionaje de los feudos imperialistas en Cuba —y en todos los países coloniales— sabrá qué cuidado tiene que tener el osado que salve su frontera para predicar a sus sojuzgados la doctrina de su emancipación. ¡Qué proeza realiza! Jugándose la vida mientras tenga un pie en el dominio de la plutocracia extranjera.

Pero Pedro era un verdadero revolucionario y un verdadero revolucionario sabe que está en guerra, en guerra con un mundo que no perdona. Y empezó, pues, por reconocer que su paso inmediato era hacer sistemáticamente amistad con todos los obreros, estrechar relaciones con el mayor número posible de ellos, poder entrar y salir a sus casas con entera libertad y confianza y, en definitiva, saber quién era allí. Seguidamente vendría la formación de la célula matriz del Partido Comunista y los cimientos orgánicos del Sindicato. En los dos meses que faltaban para la zafra, debía lograr fuertes organizaciones política, sindical y campesina, profundas y extendidas.

Al anochecer regresó a "La Casa de los Solteros". La comida, que era suministrada por la fonda del batey, ya estaba allí. Se bañó. Comía.

—No viniste a almorzar. ¿Qué has hecho del día? —dijo Cristóbal.

—Nada; caminando, mirando, viendo, conociendo, preguntando. . . día de turista.

—¡Y caminaste, miraste, viste, conociste, preguntaste, fastidiaste, oíste, escuchaste, te sentaste y te paraste y tienes el descaro de decir que nos hecho nada! —dijo rápidamente, de carretilla, Carepalo, sacándose la cuchara de la boca y metiéndola en la conversación.

Los demás "conjurados" se pusieron a reír "de relajo", no en serio, así que no se sabía si burlaban a Pedro o a Carepalo. El primero añadió:

—Como no conozco a nadie ni nadie me conoce a mí, lo más que he hecho es andar perdido o a tientas como un ciego por todos los callejones, fangales y encrucijadas del poblado. Por eso digo que no he hecho nada.

—¡Pues di siquiera que hiciste el papel de idiota! —exclamó Mamarracho.

—Este pobre ciego lo que necesita es un lazarillo como yo que le vaya diciendo: ahora vamos por una calle, a la derecha hay un pantano, a la izquierda hay una laguna, delante un río, nade duro, entre por esta puerta, dele una peseta, coja un beso, ahora un abrazo, éntrela al cuarto acuéstela, acuéstese... bueno, lo demás hasta un ciego lo ve y si no lo ve, lo tienta —dijo Bergante.

—Te acompañaré y relacionaré yo, Siniestro; ninguno de estos tipos me iguala en don de gente ni en popularidad —dijo el pequeñín Pepillito.

—Sí, este "niño" es un cocuyo... pero ciego como tú —dijo Cabeza de Perro.

—¡Marcha! —respondióle Pepillito.

Cristóbal se puso en pie, levantó el brazo en gesto mussoliniano, y exclamó:

—¡Conjurados, caballeros andantes, digo, caballeros estantes, que el relajo sea con orden! ¿O habéis creído acaso que el nuevo camará, Pedro Solís, es poca porquería? Pues no, lo digo yo. Quien como él tiene por patria el mundo y hermano los vagabundos, no puede ser poca, sino mucha!

—¡¡¡Bravo!!! —vociferaron varios.

—¡Espiritista? —dijeron alarmados Santón y Culebro, fieles corderillos de la grey católica apostólica romana.

—No; comunista —dijo Cristóbal.

Hubo una explosión de significativas interjecciones:

—¡Ah! ¡Eh! ¡Oh! ¡Bah!

Pepillito dijo:

—Yo tengo mucho patriotismo para ser comunista.

—Será que tienes muy poco —dijo Pedro.

—¿Cómo?

—¿Qué es patriotismo, Pepi?

—El amor a la tierra donde nacimos.

—¿Dónde naciste, Pepi?

—En Cuba, dónde va a ser? ¿Acaso tengo yo cara de cafre?

—La "tierra" donde naciste, ¿no fué el planeta Tierra, Pepi?

—Claro, pero patria se dice del lugar donde uno nace en el planeta.

—Aceptado: el lugar donde uno nace no es el mundo, ni la nación, ni la provincia, ni el municipio, ni el barrio, ni la calle, ni la casa, ni el cuarto; ni la cama: es el pedazo de colchón donde se nace...

—¡Por poco llevas al pobre muchacho hasta la misma barriga de su madre!... —dijo Carepalo a Pedro. Este continuó:

—En pura lógica, Pepi: amemos la patria pedazo de colchón; o de lo contrario: el mundo. Por otra parte, eres siquiera enemigo del imperialismo yanqui, que con sus truts y embajadores desangra a Cuba, a "tu patria".

—¡Dios me libre, si yo vivo de una compañía americana!

—Ese es tu patriotismo: pancismo a tu propia costa.

—Está bien, Siniestro, yo tengo razón, pero tú me ganaste. Y estos cobardones, viéndome tan chiquito, y me dejan solo.

Catedrático se envalentonó y dijo:

—Con lo que no estoy de acuerdo es que se rebaje o liquide el respeto que se le debe a nuestra bandera, tratándola como un trapo sucio.

—Con lo que no está de acuerdo la lavandera es respecto a que le rebajes o no le liquides lo que le debes, en trato a tus sucios trapos —parodió Carepalo.

—¡Caramba, Catedrático! —exclamó Esperpento.—

Con qué bravura defiendes la bandera; haz como yo, que se la dejo al enemigo, haciéndome de cuenta que:

"Si deshecha en menudos pedazos
llega a ser mi bandera algún día
nuestros muertos, alzando los brazos,
la sabrán defender todavía!"

—¡¡Conjurados: estáis violando los estatutos de la Orden, manchando nuestro palacio con las cosas babosas de la vida: patria, bandera, pueblo y demás sandeces que sólo merecen nuestra más ruidosa trompetilla! —gritó Cristóbal.

Sonó un coro de trompetillas y empezaron a hablar de toda clase de sandeces.

CAPITULO CUARTO

Pasan los días.

La organización de los obreros del ingenio lleva un ritmo acelerado. Pedro era acogido en todo el caserío con ese sano y sencillo afecto que la gente pobre prodiga a los que le demuestran cariño. Se había ganado ya el aprecio y la confianza de su clase y trabajaba con tesón y habilidad. Pero ya no estaba solo, había encontrado algunos de los elementos de vanguardia, conscientes y activos, que hay siempre, en potencia o presencia, ocultos o manifiestos, en toda masa, por gregaria y embotada que parezca.

Donde quiera que hay masa explotada hay malestar y terreno, pues, para la propaganda y acción revolucionarias. Lo demás es oportunismo. La masa es una, como el hambre es una, en todas las latitudes. Axioma sociológico que Solís aprovechó.

Por su actividad la atmósfera local estaba ya cargada de consignas de reivindicación, de ansias de lucha y bienestar.

Los magnates yanquis y su camarilla criolla presentían ya la tempestad. Notaban otra mirada y otro tono de voz en los obreros, y cierta conmovida alegría que nunca habían tenido. Y más concretamente, supieron que estaban circulando unos manifiestos dirigidos a los trabajadores que, desgraciadamente, no hablaban bien de la Compañía.

Iba y venía tanta gente a la ciudad vecina, foco naciente de sindicalismo revolucionario y comunismo, y tantos obreros de ella buscaban trabajo en el central —y que a pesar del acoso lograban penetrar en él o acercársele— que no podían precisar quién o quiénes introducían las "malditas hojitas".

La organización que se estaba realizando ni remotamente la sospechaban. Esto favorecía una enormidad el movimiento.

Agitar, propagar, organizar, ligar, luchar.

He ahí la síntesis táctica de lo que debe desarrollar todo verdadero revolucionario entre las masas. Debe agitar, que es despertarlas e inflamarlas; propagar, que es enseñarlas y orientarlas; organizar, que es fortalecerlas; ligar, que es unir y extender sus fuerzas; luchar, que es darle el ejemplo revolucionario y conducirlas adelante, hacia el objetivo.

Pedro conocía bien esta política de masas y ponía todas sus energías en desenvolverla lo mejor posible.

La agitación y propaganda eran cada vez más intensos. De la ciudad próxima llegaban continuamente, por distintos conductos, manifiestos sobre manifiestos, machacando incesantemente las reivindicaciones, consignas y tácticas de lucha para los obreros azucareros en general y para los del central "Liberty" en particular. Libros y folletos andaban ya de mano en mano cumpliendo la máxima leninista que dice que "sin teoría revolucionaria no puede haber movimiento revolucionario."

A la zaga de la agitación y la propaganda marchaba la organización. Se organizaban obreros de la casa de máquinas, de la casa de calderas, del taller de mecánica, de la cuadrilla del batey, del basculador, de la casa de locomotoras, del taller de carpintería, del tráfico, etc. Del campo se organizaban macheteros, carreteros, grueros y colonos pobres.

Llegó otro delegado del Comité Distrital del Partido —que Pedro hizo pasar como su primo—, el cual iba a asistir a la constitución del Comité Seccional local, que se encargaría de minar políticamente aquel antro de explotación imperialista.

Era domingo de fines de noviembre y —después de constituído dicho organismo— el delegado y Pedro salieron a recorrer la villa y sus alrededores.

Cuando regresaban, en el batey, cerca de la pesa del in-

genio, un yanqui y un criollo, el presidente de la compañía y el subadministrador del central, sostenían esta conversación:

—¡El es, Mr. Richard, él es; Ventura, el carpintero, me lo dijo. Me confesó que su hijo está también metido en el complot, que ese bribón de Solís lo había seducido a tal punto que, a pesar de las palizas que le da, lo sigue como un perro, diciendo que prefiere morir antes que abandonar "el movimiento", como ellos llaman semejante canallada. Ventura me juró que su hijo dejaba "el movimiento" o lo mataba a palos. Yo le exijí que su hijo dejara "el movimiento" o iría toda su familia a la cárcel.

Esto dijo el criollo y sonrió sumiso como un can, esperando que el yanqui le sonriera satisfecho; pero éste siguió impasible, con su flemática cara de máscara y la pipa entre los dientes. Hecha una pausa, dijo:

—¿Qué le dar usted a ese Ventura?

—¿Dar...? No, Mr. Richard no le di... Debí darle una buena paliza; fuí débil, lo comprendo...

—¡Yo no decir eso! ¡Usted ser obtuso! ¿Cómo dar paliza? ¡Dar dinero, dar una gratificación!

—¡Ah, no, digo, sí.. le di un peso; se lo merecía. ¿Se lo merecía, Mr. Richard?

—Hacer usted un vale a la Caja a su favor por un dólar; la Compañía pagarlo; no usted.

—¡Oh, no se ocupe Mr. Richard, yo pago ese dólar y todos los que hagan falta por la Compañía!

—Yo no ser la Compañía; la Compañía no ser su mujer; usted ganar su salario a la Compañía, nada más.

—Mire, Mr. Richard, ahora va para casa de la viuda de Aguirre.

—¿Y quién ser ese otro bajito?

—Un primo de él, que llegó ayer y se va mañana.

—¡Primo! ¡Otro rojo! ¡Otro bandido! Y ¿qué hacer usted? ¡Nada!... ¡Primo! ¡Usted ser idiota, idiota, idiota! ¡Usted sí ser un primo!

El míster estaba frenético.

—Pero Mr. Richard...

—¡Caylarse! ¡Usted tener la culpa de todo, de todo, yo decir de todo! ¡Usted dejarlo minar la Compañía, usted dejarlo repartir papeles a los trabajadores, usted dejarlo contagiar a todo el mundo y usted no hacer nada, yo decir, nada!

—Pero Mr. Richard, usted fué quien lo colocó...

—¡Callarse! ¡No discutirme! ¡Ahora pensar en remedio!... —el yanqui se quedó reflexionando, frunció el entrecejo, chupó la pipa y añadió:— ...remedio mejor, enseñanza para todos, ser "limpiarlo"... matarlo, antes que llegar molienda... yo decir matarlo!

—Sí, sí, es lo mejor; si usted quiere yo mismo me encargo de eso...

—¡Usted callar otra vez, Randolfo! Teniente estar para eso. Ahora usted ir al cuartel y decirle que yo esperarlo en la oficina. Y usted también decirle a Matamoros y al Dr. Pérez lo mismo: que yo esperarlos en la oficina.

—Pero Mr. Richard, ¿para qué va a enterar al Juez y al médico?

—Usted ser bruto: el médico tener que hacer certificado, el Juez tener que levantar acta. Ir pronto que yo tener que dormir siesta.

CAPITULO CINCO

Nochebuena.

Un cañaveral. Una choza. Un camastro. Una piltrafa de hombre en el camastro. Un vómito de sangre baña a este hombre, que está solo en la noche tenebrosa, fría y llena por los mil rumores lúgubres del viento.

Una caña, por fuera, golpea la pared junto al camastro, como un duende que se burlara del enfermo, parodiando su tos de sangre.

El tísico no puede moverse y siente su tibia sangre correrle viscosa por su pecho esquelético.

—¡Cinco años enterrado aquí, y cómo muero, peor que un perro! —pensó.

Un fantasma de mujer y otro de niño se aparecieron.

—¡Nicasio, Nicasio, ya estamos aquí! Me he tardado; pero caminar cuatro leguas en ida y vuelta y además todo el central de arriba a abajo lleva tiempo, y con este chiquillo a cuestas, pues no puede caminar solo ni dos cordeles; y después de todo, válgame él, lo ven tan flaquito, que siempre alguien me da una limosna; aunque esa pobre gente del ingenio está tan mal y son tantos los que piden, que aunque quisieran no pueden dar nada, ni hoy que es día de Nochebuena; y con los americanos y los jefes no hay que contar, los guarda-jurados no dejan acercarse a ningún pordiosero a sus casas. He conseguido un poco de luz brillante y unos fideos; te voy a hacer una sopa. La escuálida y astrosa mujer, que acababa de llegar con un niño cadavérico, mientras hablaba preparaba un candil que encontró a tientas, esforzándose por hacer servir la mecha casi gastada.

—¡Papá, papá, levántate para que tomes guarapo! —gritó el chiquillo, moviendo el camastro, cuando oyó

a su mamá decir que los fideos eran para hacerle una sopa a su progenitor.

—¡Caramba, Nicasio, no respondes ni a tu hijito que te llama? ¿Tan malo estás? Comprendo que la enfermedad y la debilidad te quitan las fuerzas hasta para hablar —y seguía luchando por encender el residuo de mecha, hasta que lo encendió. Se acercó al camastro.— ¿Has tenido vómitos de sangre y no has podido ni limpiarte?

El enfermo afirmó con la cabeza.

—¡Pobre! No te preocupes; yo te limpiaré.

Lo limpió. El hijito permanecía junto al camastro, mirando la operación. El padre arrastró penosamente una mano y lo acarició en la cabeza. Hubiera querido decirle algo, alguna palabra cariñosa; pero no podía.

—Te voy a hacer la sopa —dijo la mujer, yéndose hacia un techito anexo a la choza y tres pedruzcos, todo lo cual fungía de cocina.

El chico se quitó de la cabeza la mano del padre y corrió tras de la madre, mejor dicho, tras de la sopa.

De los ojos del hombre brotaron dos lágrimas.

Los fideos venían envueltos en una hoja de una revista de lujo. Al desocuparla, la madre dijo al hijo:

—Toma, mira los monos.

Pepito cogió la hoja y se puso a mirar unos hermosos chicos que en vivos y bellos colores ilustraban la "Sección del Niño" y la cual recomendaba que a los pequeños se le suministrara bastante vitamina D, "luz del sol", pues era indispensable para vigorizar los huesos. Daba otros bonitos consejos contra la infra-alimentación de los niños y el raquitismo. Felizmente, para los padres de Pepito, la publicación tenía un epígrafe que decía: "Revista elegante para la gente elegante".

—¡Mamá, yo quiero ser gordito como estos nenés! —exclamó el harapiento.

—Lo serás . . . cuando Dios quiera . . .

—Y ¿cuándo va a querer?

—La Nochebuena que viene . . . Y no me preguntes más, que no tengo fuerzas para hablar tanto.

A poco estuvieron cocidos los fideos. La madre le dió un poco al chico y el resto al enfermo. Se la estaba dando, porque él no podía valerse, cuando apareció el hijo:

—¡Mamá: yo quiero más!

—Ya te di; la otra es para tu papá, que está enfermo.

—¡Me diste poquita y a él mucha! La señora me dió los fideos a mí y dijo que era para que me hicieras una sopita, que yo estaba muy débil, y casi toda se la das a él.

—El está enfermo y tú no.

—Yo sí estoy enfermo, tú se lo dices a la gente cuando le pides. Y yo tengo hambre; dame más sopa.

El padre hizo un gesto empujando la cuchara —que la mujer le acercaba— para que se la diera al hijo.

—Ya no le puedo dar, Nicasio, se contagiaría...

El hombre siguió tomando la sopa, mezclada con el llanto que le corría. Pensaba que el hijo se moriría como se murieron los otros.

—¡Sí, sí, llora para que se la dés a él! —chilló el chico y empezó a chillar.

—¡Pepito, me vas a volver loca! ¡Ahora te hartaré de guarapo!

—¡Yo no quiero guarapo! ¡Yo quiero sopa!

La mujer acabó de darle los fideos al tuberculoso, cogió una mocha y salió al cañaveral a coger unas cañas para hacer guarapo para ella y el pequeño. Esta operación la hacía a brazos, pues no tenía trapiche; golpeaba los trozos de la gramínea con un mazo y luego los retorcía sobre una vasija como si esprimiera ropa. Cuando estaba en la casa hacía guarapo a cada momento; y cada vez que el chiquillo decía:

—¡Mamá, tengo hambre!

—Espera, te daré guarapo —le respondía ella.

Pepito llegó a cogerle repugnancia mortal al dulce jugo, le sabía a hiel. Toda su "alimentación" de niño había sido ésa: guarapo. Era su flaco cuerpecillo de un verde amarillo tan transparente que se hubiera confundido con un retoño de caña: ¡maravilla del mimetismo! Con una angustia terrible vió a su madre alejarse en busca de los trozos de la odiosa planta.

Sentía un hambre atroz, biológica.

Se apoyó en el taburete lloriqueando. Miró a su padre y vió que estaba boquiabierto y con los ojos cerrados. Dormitaba. Un hipo sordo le agitaba el pecho. El chiquillo lo miró con adversión, con un odio adulto. Pensaba que su padre, con la boca abierta y el hipo, soñaba con la sopa. (Pasó un ratón persiguiendo a otro). Sus ojos se fijaron en una botella que estaba entre dos yaguas y tenía una etiqueta con una calavera y dos tibias en X y la palabra "Veneno", y recordó que su madre le había dicho una vez que no la tocara, pues era para quemarle la boca a los ratones, que todo se lo comían, y quemándoles la boca no lo hacían más.

—Papá es como los ratones; todo se lo come —pensó. —Le voy a quemar la boca.

Sigilosamente llegó hasta la botella, forcejeó hasta sacarla de entre las yaguas, le quitó la tapa de papel, y en puntillas de pie, como un consumado malhechor, se fué acercando al camastro.

El enfermo, con los ojos entrecerrados, se empezó a dar cuenta de los movimientos de su hijo desde que éste destapó la botella; primero se alarmó, pero cuando lo vió dirigirse a su lecho, todo lo comprendió. Y en vez de evitarlo, abrió más la boca y cerró más los ojos, esperando tranquila la filial inmolación. De todas maneras, él iba a morir y no debía disputarle los "alimentos a un inocente". A medida que el hijo se aproximaba a él, se esforzaba porque el llanto no le saliera.

El chico temblaba del temor de que su padre despertara, pero llegó hasta la cabecera. Cogió la botella por el fondo con las dos manos, se empinó, y haciendo un esfuerzo, vació el tósigo en las fauces del enfermo; éste se contrajo violentamente y el chico dió un alarido de espanto, dejándole caer la botella encima. Corrió gritando:

—¡Mamá! ¡Mamááá!...

—¡Qué, hijo, qué! —exclamó la madre arrojando un enorme haz de caña que ya traía.

—¡Papá!... ¡Papá! —gimió el niño.

La mujer corrió al camastro y vió al compañero de su vida en su última convulsión.

—¡Envenenado! —gritó.— ¡Cómo pudo levantarse y coger la botella!

—¡Le quemé la boca como a los ratones!— exclamó el chico.

En ese instante, el candil, sin mecha ni gas, se apagó.

La madre cayó al suelo sin sentido.

El niño lloraba desgarradoramente sobre la madre inerte, sacudiéndola.

Fuera silbaba el viento. Tinieblas. Frío. Lloviznaba; "llovizna de Navidad". A lo lejos rezongaba una guitarra y una voz gangosa plañía:

"Noche Buena para ricos;
Noche Mala para el pobre,
pues ni lo que a ricos sobre
hoy comerán sus chicos".

El niño quedó rendido sobre la madre inerte.

Allá en el batey, en el palacio de los gordos magnates, había luz a giorno, risas, corría el champán y se bailaba fox.

¡Nochebuena!

En zafra, la madre cortaba caña y el chico le ayudaba. En tiempo muerto, pedían limosnas. Pepito ya tenía seis años y muchas veces iba solo al central. Un día fué y se quedó sin madre. La colonia donde estaba enclavada su choza era de unos colonos a quienes la Compañía quería despojar del terreno, arruinándolos; mandó pegar fuego a los cañaverales por los cuatro costado y acusó del incendio a unos haitianos macheteros que no les convenían por su rebeldía. Cuando la mujer se dió cuenta de la candela corrió en la dirección por donde debía venir su hijo, pero el espantoso círculo de fuego, bramando y crepitando, como una catástrofe sobrenatural, la envolvió en su oleaje de llamas. Murió achicharrada. Un anciano carretero, por salvar sus bueyes, murió con ellos,

como otras tantas bestias que también perecieron achicharradas como ratas. Los colonos tuvieron que venderle su tierra a la Compañía. Ocho trabajadores haitianos fueron a cumplir diez años de presidio mayor por incendiarios. El huérfano se quedó de mendigo. Vivía de deshechos. Dormía por ahí; como todos los sin casa.

Acostumbraba a burlar la vigilancia de los guarda-jurados, metiéndose en el batey, en la zona prohibida de las casas señoriales. Los criados y algunas de las mujeres e hijas de los "altos empleados" siempre le daban algún sobrado mendrugo.

Un día osó acercarse al parque infantil de la Casa de Vivienda, palacio de los místeres del central. Dos chicos rubicundos, dos americanitos, el mayor de unos 8 años y el menor de unos 6, se divertían manejando un Roll-Royce en miniatura. Detrás de unas matas de rosas, Pepito los observaba; no sentía envidia, sentía asombro y satisfacción. Le alegraba ver en tan bonito auto, que "brillaba como un espejo negro", a los hermosos chiquillos, rubios, rozagantes y sonrosados como querubes. Los ángeles son así: rubios, rozagantes y sonrosados como americanitos millonarios. Dios no creó ángeles escuálidos, andrajosos, negros ni amarillos. Los ángeles son arios o sajones. Dios es una persona de "buen gusto". Pepito sospechaba este sabio designio de la Bondad Divina y él, haraposo mendiguillo, se complacía en ver el recreo de aquellos niños que parecían ángeles.

—¡Fuera! ¡Fuera de aquí, churroso! —le gritó tan pronto lo descubrió, el mayorcito, en un español con marcado acento inglés.

—Déjame ver tu máquina caminar, que este parque no es tuyo.

—¿Que no es mío? Todo: los jardines, los chalets, el central, las colonias y el ferrocarril, todo, es de papá y lo que es de papá es mío y de éste —dijo señalando al hermanito.

—¿Y el azúcar también?

—También.

—¿Y los vapores?
—También.
—¿Y la ropa y la comida del Departamento?
—También.
—¿Y las casas?
—También.
—¿Y la gente que vive en las casas?
—También.
—¿También? ¡Mentira, la gente no!
—¡La gente también es de papá, mía y de éste!
—Pero los guardias no.
—Los guardias y los trabajadores; tú qué sabes, a que no sabes ni leer.
—¿Tú sabes leer?
—¡Qué idiota eres!; yo sé inglés, francés y alemán, de los que ni tu papá no sabrá ni una palabra. Miss Mary me enseña inglés y madame Ivette francés y alemán. Mira, te voy a decir que "eres un muchacho sucio" en inglés:
—You are a foul boy.
Pepito se reía.
—Ahora en francés: Allovs, va tu est bien sale.
—¡Hablas como un haitiano! —exclamó alegremente Pepito.
—¡Haitiano eres tú, apestoso! ¡Vete de aquí! —e hizo un gesto amenazador como de bajarse del pequeño auto.
El otro americanito se reía; conservaba aún casi toda la inocencia de la cuna, el sencillo candor de la niñez; mientras que el mayorcito ya estaba siendo moldeado en el carácter juguetón y despótico de los prototipos de su clase.
—¡Oh, qué haces cochino indigente ahí! ¡Esperar que te coja! —vociferó a Pepito, Mr. Richard, padre de los otros, que irrumpió en el parquecito.
"¿Esperar que te coja"? . . . Pepito huyó despavorido.
Se puso a merodear por los chalets de los altos empleados. Se iba ya de retirada pero vió venir a Mr. Richard y a Randolfo, el segundo administrador, y se es-

condió detrás de la pesa del ingenio. Allí oyó perfectamente la conversación en la que el yanqui decide mandar matar a Pedro Solís, antes de la molienda, como "enseñanza para todos".

El niño que no tenía a nadie ni nada presintió que al que iban a asesinar era algo suyo. El niño que envenenó a su padre quería salvar a un extraño.

Cuando los hombres se fueron, trató de acercarse a la casa de Aurora, que era donde había entrado Pedro y el Delegado, pero un guarda-jurado lo vió, lo cogió y lo expulsó del batey a pescozones.

Pepito montó guardia cerca de la zona prohibida, esperando que Pedro apareciera para avisarle que lo iban a matar.

"Vivirá en el poblado o vendrá a él" —pensaba. Se sentó en el suelo, recostado a la pared de un almacén de azúcar, fija la mirada en el camino que venía del batey.

Las horas pasaban. Nada. Pedro no aparecía. Cayó la noche. Sus ojillos parpadeaban en lucha con el sueño; se untó saliva en ellos, los restregó hasta enrojecerlos.

Vencido. Hambriento y fatigado centinela, se durmió.

Las 12.

CAPITULO VI

Las 5 de la mañana.

Pedro acompaña al Delegado al vapor. Salen del batey.

—Mira a ese muchachito durmiendo a la intemperie —dice el último, señalándole a Pepito que yacía aún rendido junto al almacén de azúcar.

—¡Infeliz, con el frío que hace! ¡Y después hablan de piedad y humanidad estos beatos bribones!

Los dos se detuvieron cerca del chiquillo y lo contemplaron un instante.

—Vámanos pronto, que te deja el vapor —dijo Pedro.

Llegaron al barco. Sonaron tres pitazos.

—Si no te ahogas, manda el "maní" caliente —habló Pedro, refiriéndose a un manifiesto que debía repartirse al estallar la huelga.

—No me ahogaré y lo mandaré; pero cuídate tú la caña del cuello, que te la pueden cortar. Acuérdate que el azúcar se hace con sangre y se refina con huesos.

—La Flaca me ha rozado mucho con su guadaña, me ha cortado el cuello, pero no la caña.

—Bueno, ¡salud!

—¡Salud!

Como los cañaverales lo invadían todo, llegando con su verdor hasta el azul del mar, Pedro salió del muelle y cogió una guardarraya o camino entre las plantaciones rumbo a una distante colonia, donde que tenía que reunirse con el Comité de Lucha de dicho lugar.

Dos soldados vestidos de paisano lo venían siguiendo desde que salió del batey. Si los hubiera visto, los hubiera creído trabajadores agrícolas, pues andaban vestidos

como tales. Eran dos hombres de confianza del Teniente y traían sus revólveres 45 envueltos en papeles sucios.

—¡Magnífico, va para el campo, así lo podremos atrapar hoy mismo y lejos del central! —dijo el jefe de la pareja, que era un cabo.

—¿Atrapar? "Limpiar", querrás decir.

—Para "limpiarlo" debemos atraparlo. Tengo órdenes de que se haga un buen trabajo, porque la gente está agitada por este tipo. Mira —y abriendo un poco la camisa, le enseñó al otro una cuerda que traía enrollada al cuerpo.

—Comprendo, hay que izarlo . . . como a la bandera.

—Como a la bandera no, como a un estandarte, con letrero y todo . . . mira: —y mostró al otro esta vez un cartelito en cartulina que decía, en letras de molde:

> A los agentes del oro de Moscú, saboteadores de la zafra, enemigos de la compañía y del bienestar de Cuba, les pasa esto.

—Aligeremos el paso, que se nos pierde de vista!

—Sí, ha cogido el camino de la colonia, Siboney; tenemos que alcanzarlo cerca del río, que es un lugar solitario y hay buenos árboles.

—Cojamos por entre los cañaverales, adelantaremos, podremos hasta correr y darle alcance sin que se dé cuenta.

—¡Vamos! —y los dos asesinos emprendieron un veloz seguimiento por entre los cañaverales.

"Dentro de pocos días habrá aquí más de 3.000 esclavos en pie de lucha por su derecho a la vida, por un poco más de pan y un poco menos de explotación" —iba pensando Pedro.

—¡Buenos días, amigo! —le gritó el jefe de la pareja, surgiendo entre las cañas.

—Buenos días, amigos —repuso él, deteniéndose.

—¿Va usted para Siboney?

—Un poco más allá.

—Nosotros vamos para Siboney; iremos juntos, si no le es molestia.

—Al contrario.

Los dos se le aparearon y los tres echaron a andar.

—Usted que es del central sabrá si es verdad que no habrá molienda este año, como se corre por ahí . . .

—No crean nada; esa es una treta de la Compañía para que los obreros estemos dispuestos a trabajar por lo que ella quiera darnos.

—La Compañía abusa demasiado de nosotros y vamos a tener que pegarle fuego a toda la caña . . .

Pedro sintió desconfianza de los dos sujetos al notar que la voz que hacía tal terrorista sugestión no era la voz de un explotado; tenía un tono, una modulación que su instinto o su experiencia le indicaba que era voz de enemigo, pero, sin perder la ecuanimidad, repuso:

—Con destruir no se conseguiría nada, sino es más hambre y más atropellos, lo que hay es que exigir a la Compañía lo que en justicia debe dar . . .

Llegaban a un sitio que los asesinos creyeron bueno, ambos se miraron y a una señal cayeron sobre Pedro, propinándole varios culatazos de revólver en la cabeza. El sólo pudo hacer un movimiento y perdió las fuerzas y el sentido, manando sangre. Los atacantes no lo dejaron caer.

—¡Para aquel árbol! —dijo el cabo, y lo arrastraron hasta allí.

En un momento ajustaron la soga al cuello y le prendieron en el pecho el cartelito. Se veía que eran diestros en el oficio.

—¡Pronto, tira la soga por encima de esa rama! —volvió a decir el cabo.

—Así no sirve; tendríamos que halar hasta izarlo y luego esperar a que muriera . . . Me voy a subir a la mata y . . .

—¡Eso es un disparate! En verdad nunca hemos hecho esto sin caballos, y el cabrón éste nos va a dar trabajo!

—Démosle un tiro en el corazón . . . sólo uno, y nos vamos.

—No; se oiría . . . y el calibre . . .

—¿Oíste?

—No. ¿Qué?

—Crujido de caña, como de pasos . . .

El otro levantó la cabeza y aguzó el oído; en seguida dijo:

—No oigo nada. Si fueran pasos seguirían . . .

—Te digo que oí . . .

—¡Bah, estás oyendo fantasmas! . . . Yo tengo el oído muy fino; si tienes miedo, dilo y no hagas perder el tiempo.

—¿Miedo, yo? ¡Ja!, ¡ja! Bien sabes que nunca lo he tenido; pero si hubiéramos traído los machetines ya hubiéramos acabado y sin ruido.

—Vamos a tratar de izarlo y si no podemos lo remataremos a golpe, machacándole la cabeza con aquellos pedruzcos que hay allí. ¡Tira la soga, pronto!

Así lo hizo el otro y empezó a halar por el extremo libre de la cuerda, mientras el cabo levantaba al inconsciente y ensangrentado Pedro, por las piernas, lo abandonaba en el vacío y corría a ayudar a izarlo.

En los umbrales de la muerte, la víctima se convulsionó y abrió los ojos lleno de espanto. Al mismo tiempo crujía el cañaveral, y entre las plantas surgían, cual fieros salvajes de la selva africana, tres negros haitianos, con sendos machetes de reluciente acero en sus crispadas manos. Una ira de tigre que defiende sus cachorros habia en el rostro de los tres, y sobre la noche eterna de su tez fulgían como luces sus pupilas.

Bruscamente los dos asesinos se volvieron en su dirección y soltaron la soga, dejando caer el cuerpo inánime de Pedro, y empuñaron sus revólveres con gestos enfebrecidos.

En alto sus aceros, los haitianos se les avalanzaron como panteras. Los revólveres empezaron a detonar y uno rodó baleado. Los otros cayeron a machetazos sobre los asesinos. La cabeza del cabo voló de un solo tajo y el otro, después de disparar el último tiro sobre su ata-

cante, echó a correr, pero el haitiano herido le lanzó el machete encajándoselo en la columna vertebral.

El haitiano tenía un balazo en el vientre y con una mano sobre la perforación, se acercó al compañero que había salido ileso y que estaba ya quitándole la soga a Pedro, diciéndole en francés patoi, dialecto de su país:

—¿Está vivo Piedra? —que era el seudónimo o nombre revolucionario de Pedro.

—Está vivo. Está herido en la cabeza: tiene golpes... Te corre sangre, ¿estás herido?

—Sí... muero, como el hermano Luis Fish —dijo señalando al haitiano muerto—. Salva a Piedra y sálvate.

Cayó muerto.

El otro cogió tres de los sombreros, que eran de yarey, los puso uno dentro del otro y corrió al río, que estaba cerca, trayendo agua en ellos.

No notó que, desde el río, un hombre, pistola en mano, lo siguió: Era Cristóbal. Pepito se había colado hasta la casa de Aurora y, no encontrando a Pedro, la enteró de lo que había oído, en seguida ella informó a su primo, quien se lanzó a la búsqueda del amigo, sabiendo por un obrero del rumbo que éste había cogido.

Cuando Cristóbal divisó el campo de sangre, donde yacían los cuatro cadáveres —el del cabo sin cabeza —y Pedro herido, se horrorizó. Vió al haitiano doblarse sobre aquél y lavarle las heridas y se le hizo un enorme vacío en el cerebro. No podía comprender. Maquinalmente avanzó hacia allí. El haitiano sintió sus pasos y se volvió como una fiera, machete en mano.

—¡Ese es mi amigo; yo lo buscaba! —exclamó Cristóbal, deteniéndose a prudencial distancia.

—¿Tu amigo? Guarda el arma para creerte. El es un amigo de los trabajadores; por salvarlo matamos a esos dos asesinos y murieron esos dos, mis paisanos, y moriré yo...

Cristóbal se apresuró en guardar la pistola y se acercó al haitiano, estrechándole efusivamente y en silencio su ruda mano negra con las dos blancas suyas.

Ambos se inclinaron sobre el herido, le esponjearon

la cara con agua y lo sentaron. Pedro abrió los ojos:

—¿Cómo te sientes? —preguntó Cristóbal.

—Mal... me duele horriblemente la cabeza... el cuello... el pecho... todo.

—Es peligroso estar aquí; lo esconderemos en una casa de "La Bibijagua" —dijo el haitiano.

—Bibijagua... está lejos... —musitó el herido.

—Mejor...

A Pedro le dió un vahido.

—Si es una casa de confianza, llevémoslo allá —dijo Cristóbal—, que yo lo sacaré de la finca esta noche.

—Es de confianza —repuso el haitiano y acto seguido se echó a Pedro a cuestas, encaminándose por entre los cañaverales hacia dicha colonia, que distaba seis kilómetros.

Solícitamente atendido por una familia haitiana, el herido se puso en pie aunque aquejado por fuertes dolores en el cuello, el pecho y la cabeza.

Supo la historia de su salvación y se le saltaron las lágrimas de gratitud, abrazando a Bartolo, el haitiano superviviente de la tragedia.

Al anochecer Cristóbal se apareció con un robusto y ágil caballo. Pedro lo montó y salió de la finca, de la feudofactoría imperialista, donde gobernaba la democracia del dólar, bajo el signo de la horca y el gatillo.

CAPITULO VII

Al día siguiente, por la mañana, Mr. Richar le dió 24 horas de plazo a Cristóbal para que abandonara su territorio.

Era lo menos que podía hacer este rey del azúcar, teniendo derecho sobre la vida y hacienda de sus forzados súbditos.

Luego llamó a Aurora a su despacho. Le imputó ser prima de Cristóbal y amiga de Pedro. Le recordó que aún no había ejercido sobre ella el derecho de pernada, ese viejo derecho del Amo y Señor de desflorar a las doncellas. Pero le aclaró que él no era tan bárbaro como los caballeros feudales, porque él era todo un caballero capitalista y le daría una buena gratificación por su virginidad, además del arriendo de su cuerpo. La gratificación consistiría en no desterrar a Cristóbal ni a ella de su reino industrial ni privarlos de su empleo.

La pobre muchacha, llena el alma de romanticismos, pensando aún que "El lago soñaba, la luna reía y la rosa lloraba", se espantó de la cínica y venal proposición del míster. Se insultó. No lo insultó.

Le dolía que hubiese desaparecido con la marcha del mundo la gesta gentil de los caballeros andantes, defensores de damas en desgracias. Pero el feudalismo ha muerto con sus quijotadas y el capitalismo sólo brinda sus caballeros andantes —los cowboys Tom Mix— en la ficción cinesca, aunque sí prodiga sus villanos, los Mr. Richard, en la dura realidad de la vida.

Aurora, romántica muchacha, ignoraba que las mujeres de hoy no deben esperar en su defensa héroes de a pie ni a caballo, melenudos ni rapados, con espada ni pistola, sino que tienen que defenderse a sí mismas con sus propias uñas.

Ella seguía llorando; prorrumpió en sollozos.

—Business are business. Esto querer decir en mi práctico idioma, que negocios ser negocios —dijo el magnate.

Ella se puso de pie para marcharse. Le entraron ganas de gritarle que era un asesino; pero Cristóbal, ella, su mamá y Pepito se habían puesto de acuerdo para guardar el más absoluto silencio de cuanto sabían, haciéndose que ignoraban la suerte de Pedro.

—¿Resistirse usted atenuar delito alta traición a la Compañía? Bueno... Usted y su mamá también tener 24 horas abandonar nuestras tierras.

Aurora se marchó. El yanqui cogió la prensa; lo primero que leyó fué un cintillo que decía:

> **Por la libertad de Cuba el gobierno inicia una enérgica cruzada contra los agitadores al servicio del oro de Moscú".**

El yanqui sonrió satisfecho. Pensó con cariño en el Embajador de su país en Cuba. Pensó enternecido en la Prensa.

La Compañía y sus autoridades hicieron publicar la muerte de sus dos sicarios y de los defensores de Pedro como una lucha entre haitianos y cubanos, una lucha de nacionalidad, de raza, casi.

Así decía la Prensa. Así dijo la Compañía.

Encender el odio entre cubanos y haitianos, dividirlos, ponerlos frente a frente, así no podrían marchar juntos a la huelga.

Una parte de los explotados eran haitianos, otra cubanos, otra jamaiquinos, otra españoles.

Se formarían dos bandos: cubanos y españoles contra haitianos y jamaiquinos.

"Los fuertes no conocen la palabra fracaso" —Marden.

"Dividir para reinar" —Maquiavelo.

Mr. Richard conocía a los dos, al ideólogo de los

explotadores y al ideólogo de los opresores, al hijo de las águilas americanas y al de las águilas romanas.

Una horda de haitianos amachetea
a dos padres de familia cubanos, los
que mueren matando a dos.

Así decía la Prensa. En parte la estratagema empezó a dar resultado. Nacieron la confusión y los recelos de razas y nacionalidades en el campo de los explotados.

—¡Terror! ¡Terror! ¡Terror! —había ordenado el americano.

—¡Terror! ¡Terror! ¡Terror! —había repetido a los soldados cubanos el teniente cubano.

Nueve trabajadores aparecieron "misteriosamente" muertos: 5 haitianos, 3 cubanos y un español.

El juez levantó el acta: asesinato. El médito certificó: muertos. El teniente y Mr. Richard declararon solemnemente que "darían con los asesinos": ambos se tropezaron a la salida de la oficina. Demás está decir que ellos le achacaban la muerte de los cubanos a los haitianos y viceversa.

Numerosos obreros y familias enteras fueron expulsados de la feudofactoría.

El resto de los "conjurados" se conjuraron para ponerse seriamente de rodillas ante Mr. Richard, jurándole su inocencia... Esto los salvó de la expulsión; pero les rebajaron un 40 por ciento los sueldos.

Desde entonces se les olvidó tirar trompetillas.

CAPITULO VIII

Empezó el corte y tiro de la caña.

Empezó la molienda. La zafra empezó.

La gigante maquinaria empezó a moler cañas. La maquinaria capitalista de la Company empezó a moler hombres... y mujeres y niños.

Zafra de oro y zafra de hambre.

1 p. m. En muelle sillón, desde la terraza de su regio alcázar y saboreando un rico helado, Mr. Richard contempla con flemático gozo la chirriante caravana de las carretas surcando las guardarrayas, arrastradas por mansos bueyes y conducidas por mansos hombres.

Desde la fresca terraza, en la sombra y en la brisa, sobre cojines de plumas, tomando el exquisito "ice-cream" —como diría él— con deliciosos bizcochos, Mr. Richard contemplaba en el infierno achicharrado de los cañaverales, entre el fuego vegetal de la pica-pica, y el fuego solar, la gleba sudorosa de sus esclavos, cortando con ritmos de desesperados la "dulce caña", que será azúcar y será alcázar, y será cojines, y será bizcochos y helados, y será dólares y militares, champán y molicie, placer y poder.

—Los he dominado. ¡Huelga a mí! —pensaba con flemático gozo.

Ignoraba que en ese mismo instante un infeliz caballo —llevando a cuesta a un hombre con traje campesino y cara de infeliz— con dos alforjas, se introducía jadeando de fatiga en su dominio, por uno de los lados menos vigilados de su frontera. Bestia y hombre venían llenos de sol y polvo. Llegaron con la noche a un bohio perdido en la espesura. El ladrido de un perro los recibió. El hombre se desmontó con trabajo, pues estaba estro-

peado y traía dos revólveres entre la ropa y los bolsillos llenos de balas. Le quitó la carga al caballo y se la echó encima.

—¡Es Piedra! ¡Es Piedra! —exclamó una voz, la de Bartolo, el haitiano, reconociendo al recién llegado.

Detrás de Bartolo salieron otro haitiano, una haitiana y un isleño canario.

Se abrazaron.

—Compañeros, aquí estoy de nuevo, como prometí —dijo Pedro.

—Creíamos que le había pasado algo —dijo la mujer.

—¿Qué traes ahí, compañero? —dijo el isleño, señalando las alforjas.

—Abrelas y verás.

Eran 5000 manifiestos en tres idiomas: castellano, francés e inglés, exponiendo la verdad de la tragedia en que cayeron los dos sicarios y los dos haitianos, así como los posteriores crímenes de la Compañía y su cuadrilla militar y llamando a los trabajadores a formar un solo bloque y levantarse en pie de lucha por sus reivindicaciones y el castigo de los culpables. A los tres días este manifiesto produjo efectos prodigiosos. La masa supo toda la verdad y tomó resueltamente su justo camino.

¡Huelga!

La caña la tumbaba el viento, pero no la mano esclava del hombre.

4.000 trabajadores a pie y a caballo marchaban, de madrugada y por todos los caminos, sobre el central.

Portaban mochas, machetes, revólveres, escopetas y palos. Banderas rojas y el pliego de demandas.

El Teniente, jefe del puesto de la guardia rural, dejó en su lugar un sargento y corrió a la capitanía del distrito militar a pedir refuerzos . . . y a poner a distancia su piel culpable.

Vinieron los refuerzos: 25 soldados de caballería; más los 14 del puesto, más los 40 guarda-jurados de la Compañía, más los 23 policías municipales, en total:

102; pero no pudieron con los miles de trabajadores, que se posesionaron del central, dispuestos a no abandonarlo hasta que se les concedieran sus demandas. Además, una parte de los 102 guardias simpatizaba con el movimiento y no se hallaba dispuesta a disparar contra los obreros.

Mr. Richard se negaba a recibir al Comité de Huelga.

De Caimanera, base naval del imperialismo yanqui en Cuba, partió un crucero de guerra llegando al anochecer frente al central, enfilando sus cañones monstruos sobre el destartalado caserío de los trabajadores y avisando su Comandante que tenía 200 marinos listos para desembarcar.

Pero los obreros, ni sus mujeres y niños, estaban en el caserío, sino concentrados en el batey, atrincherados en el propio ingenio.

Correría la sangre. Habría una espantosa masacre. Y el ingenio sería destruído.

Mr. Richard vió esto claramente y tuvo que recibir al Comité de Huelga. Discutieron. Con pequeñas variaciones, el míster tuvo que firmar el pliego de condiciones. Una de las variaciones fué la no concesión del "20 por ciento de aumento a los empleados sobre el sueldo de la zafra anterior", que se pedía en el pliego. Por otro lado, los empleados, al parecer, no querían que se les aumentara el sueldo. Estaban en sus casas, solidariamente con la Compañía.

Se logró la reposición de los despedidos; pero Cristóbal y Aurora, ya en la Capital, no quisieron volver.

Triunfadoras ya, las fuerzas trabajadoras durmieron en sus posiciones. Al anochecer emprendieron la marcha hacia sus casas, cantando el himno de la victoria. De la primera victoria, que otras debían venir en la ruta sangrienta de su liberación.

CAPITULO IX

Han pasado dos años.

Hagamos un cuadro de cuatro líneas de la situación social del país.

Al fin, la tiranía machadista, fiel y fiero instrumento de Wall Street, fué barrida por el empuje prepotente de una grandiosa huelga general.

Cayó el déspota con su infame casta de militarotes y burócratas.

La Embajada Americana instaló en el Poder al ABC fascista. A los pocos días la pequeña burguesía liberal, apoyada en la tropa y clases del ejército, lo derrotó. Y la Embajada Americana, a los tres meses y sirviéndose de la sargentería militar— erigida en nueva y poderosa casta—derribó a su vez a la pequeña burguesía liberal, colocando un gobierno de abierta reacción imperialista-burgués-terrateniente.

Un sargento, Fulgencio Batista, fué hecho jefe supremo del Ejército. La pequeña burguesía liberal, que le ayudó a subir, y ayudó a bajar, le había dado las tres estrellas de coronel. Era un pobre hombre, un pobre siervo, un infeliz verdugo, pero de aquí en adelante se creyó un dios, Marte tonante, quizás; posaba para la Historia como un Napoleón de manicomio. Las 46 estrellas de la bandera del imperialismo yanqui, en engranaje con sus tres estrellas de Coronel, movían a su antojo la "estrella solitaria" de la bandera cubana.

¡No hay dudas que estos americanos son unos genios de la mecánica!

Cayó una tiranía. Subió otra tiranía. La primera cayó con las garras melladas; la nueva llegaba con las garras afiladas y las fauces sedientas de sangre fresca.

Siguieron las caravanas del Hambre. Siguieron las cordilleras de prisioneros. Siguió la procesión de asesinatos.

El pueblo oprimido seguía gimiendo bajo la bota del Colono extranjero.

Los Mrs. Richard seguían de fiesta.

Las masas, con su roja vanguardia, retrocedían ante la fuerza mayor coaligada del lacayismo criollo y del filibuterismo yanqui; pero no abandonaban sus posiciones sin combate, sino dejando sangre de su sangre en el camino.

La Reacción aplastaba con sádica crueldad a los revolucionarios, tanto comunistas como de los partidos antiimperialistas pequeños-burgueses.

Mas, en honor a la verdad, por lo regular, los nuevos perros de presa del imperialismo —grandes de Cuba —exprimían y degollaban al pueblo pero legalmente, a nombre de la Revolución.

"Por la libertad de Cuba" fué la frase que inventaron para rubricar todas sus ignominias.

"Se decreta la pena de muerte para los alteradores del orden y saboteadores de la zafra al servicio del oro de Moscú, etc. Por la libertad de Cuba". Salía un úkase militar prohibiendo a la población respirar después de las ocho de la noche y al final, antes de la firma de un mandarín con barras y estrellas, venía la frase consabida: "Por la libertad de Cuba". "Acusado Juan Sin Pan, por promover huelga en la Telephone Company, el Tribunal tiene a bien condenaros a 10 años de presidio mayor. Por la libertad de Cuba".

En fin: la camarilla criolla asesinaba a los cubanos para dar su carne al dogo imperialista "por la libertad de Cuba".

No obstante, en la Capital, aún quedaban al pueblo dos reductos abiertos: el local de la Confederación Nacional y la Universidad.

En aquél, en el centro proletario, la víspera del 1º de Mayo, entraba Pedro Solís, el cual venía de librar infinidad de luchas y sufrir infinidad de persecuciones, visi-

citudes y encarcelamientos en latifundios, factorías y ciudades del interior.

El centro obrero, amplia casa dividida en salones para asambleas y cuartos para comités, bullía y rebullía de gente. Miembros de mil distintas organizaciones hablaban y discutían en todos los tonos. Hombres. Mujeres. Muchachos. Blancos. Negros. Chinos. Españoles. Polacos. Overoles. Uniformes obreros. Sedas. Harapos. Mugre. Perfumes. Todo estaba mezclado en perfecta hermandad, en la gran hermandad de los de abajo.

Pedro entró en aquella casa donde había tantos rostros extraños y al mismo tiempo familiares, como si volviera, después de larga ausencia, al hogar paterno.

De los grupos que había aquí y allá se iban desprendiendo camaradas, soldados también de la Revolución Social, que venían alborozados a saludarle o él se llegaba a ellos.

—¡Salud, Hierro! —dijo a Pedro un mozuelo, 17 años, militante de la Liga Juvenil Comunista.

—¡Salud, Piedra! ¿Cuándo llegaste?

—Ahora mismo. ¿Has visto a Julián por aquí?

—Se acaba de ir. Se teme que la policía asalte el local y a él lo quieren atrapar.

—Necesito localizarlo. En primer lugar me tiene que movilizar comida y cama.

—Yo te movilizaré la comida provisionalmente y puedes dormir en mi cuarto; la colombina de Antolín está vacía; lo mudaron para el Castillo del Príncipe.

—¿Desde cuándo está preso?

. Sólo hace dos días; lo cogieron con 500 "Banderas Rojas", lo golpearon brutalmente; pero se reviró y le rompió el hocico a un policía de un puñetazo. Le hicieron echar la sangre.

—Bueno, gajes del oficio. Pero de todas maneras necesito ponerme en contacto con Julián.

—Lo comprendo, pero yo no sé dónde verlo. Espera aquí a Villa, que él te dará el contacto.

—Está bien. ¿Cómo andan los preparativos para mañana?

—Magníficos. Fíjate en el entusiasmo que hay entre los obreros. El gobierno pretende impedir los actos de mañana, especialmente la huelga general y la demostración, pero las masas están dispuestas a salir a la calle cueste lo que cueste. Llevaremos buenas brigadas armadas de autodefensa.

—¿Y cuál es la actitud de los sindicatos reformistas?

—Sus dirigentes quieren fiesta bajo techo, por la noche, para lucirse con sus discursos merdieros; pero la masa está por el paro general y la demostración.

—Bueno; déjame recorrer esto, a ver cómo anda y si encuentro más caras conocidas.

—No te pierdas. Búscame por aquí para ir a almorzar y llevarte al cuarto.

Pedro empezó a observar todo lo que había y se decía en aquel abigarrado colmenar proletario.

Las paredes eran galerías de pasquines, fotografías, fotograbados nacionales o internaciones, emblemas y banderines. Aquello parecía un museo de agitación y propaganda revolucionaria. Pedro iba viendo y leyendo algunos. Luego se metió por entre los cuartos, los cuales se comunicaban entre sí y en los que había un constante entra y sale de gente.

En uno de ellos, grupos de compañeros y compañeras, agachados en el suelo y apoyados en las paredes, pintaban a toda prisa lemas revolucionarios sobre banderolas rojas y blancas y gruesos cartones. Algunos estaban embarrados de pintura hasta las narices. A cada momento llegaban elementos de distintas organizaciones con más telas y cartones, queriendo apoderarse "revolucionariamente" de los pocos pinceles que había y surgían acaloradas disputas por los turnos. Pero los más consecuentes y de carácter se hacían oír y las discusiones terminaban en risas, ayudándose todos mutuamente en pintar las subversivas letras.

Los fines de la Liga de Pioneros eran los más irre-

ductibles: no se cansaban de pintar: "¡Exijamos desayuno y material escolar gratis para los niños pobres!", y de dibujar redondas barrigas de burgueses con un gran signo de $ y a chicos jugando al football con ellas.

—No, no les prestamos nuestros pinceles, los van a gastar; compren como nosotros —decía una pionera coloradita a un obrero cigarrero.

—Tenemos que prestárselos, compañera; tenemos que ayudar a los adultos y los adultos a nosotros —repuso un pionero, con voz de un hombrecito, y cogiendo uno de los pinceles se lo alargó al cigarrero que lo pedía, diciéndole:

—Toma, que es de la Revolución. Cuídalo y devuélvelo.

Pedro presenció esta escena y se quedó entusiasmado observando la precoz personalidad revolucionaria del chiquillo. Luego siguió a otro cuarto donde estaba reunido el Comité Central del Sindicato de Lavanderos y Planchadores. Una mulatica de 18 años tenía la palabra y le hacía una dura crítica a un compañero de edad madura. Decía:

—Propongo que el Comité haga una severa crítica al compañero, porque se le señaló la tarea de preparar las secciones de Sitios y Cayo Hueso para la demostración de mañana y no ha hecho nada.

Una de los tres compañeros chinos que había, pidió la palabra seguidamente. Dijo:

—Yo estal de acueldo con el ploposición del companela. La companelo Ricaldo no quelel tlabajá. Companelo Ricaldo: ¿no quelel demostlación de la Plimela de Mayo?

—Companelo Ricaldo sí quelel demostlación de la Plimela de Mayo —dijo burlándose el criticado.

—¡Compañero Ricardo: respeta al compañero Chong o te vas de la junta! ¡Y pido la palabra para hablar! —exclamó colérico un español que presidía.

Pedro se asomó al cuarto inmediato de donde salía un ruido de olla de grillos: eran los dirigentes y activistas

del sindicato textil, entre los cuales predominaban las mujeres, que, en hallándose agrupadas, son las que más alborotan con sus voces agudas, sus chillidos y sus alegres risotadas.

—Amelia, yo insisto en que tú debes dar la pistola también. Tú no vas a hacer nada con ella; estoy seguro de que no sabes manejarla. Uno de nosotros, un hombre, sabría utilizarla mañana —dijo un joven que estaba sentado en una silla delante de un buró a una joven que estaba sentada sobre dicho último mueble, dándole la espalda a la puerta en que estaba asomado Pedro.

—¡No la doy! —respondió ella enérgicamente, dando un puñetazo sobre el buró.— Sé usarla tal vez mejor que tú, Señor Hombre. ¡Amo del Universo! Además, ¿a qué viene eso de "uno de nosotros, un hombre?" ¡Estás cacareando diariamente la "igualdad de la mujer" y ahora venís con el caballeresco remilgo de que yo, una mujer, que tengo manos con cinco dedos igual que tú, use una pistola en una demostración! ¡Se rifármela como el que más! ¡Soy una revolucionaria, no una niña bien! ¡Mejor dicho, somos, valemos, tanto como ustedes; somos tan útiles al movimiento como podáis ser los hombres!

—¡Bien! ¡Bravo! ¡Viva Amelia! —gritaron casi todas las otras muchachas que allí había. Estas, con algunos compañeros, formaron un bando feminista, y la mayoría de los hombres, con algunas mujeres, formaron el contrario. Uno bizco, dijo:

—Sí, sí, la camarada Amelia tiene razón, las mujeres son muy útiles para el "movimiento" . . . —y movió pícaramente los ojos.

—¡Qué gracioso . . . bolchevizco! —dijo una.

—¡Estoy de acuerdo! —dijo otro— pero el "movimiento" se demuestra andando . . . andando, bella Amelia.

—¡Basta! —gritó uno furiosamente y con gran aparato.— ¡Es una directiva de nuestros organismos revolucionarios trabajar sin descanso en el "seno" de las mujeres! . . .

Hubo una asamblea de carcajadas.

Una trigueña, de senos bellísimos, que no podía pasar tan gruesa broma, exclamó:

—Empieza por las de tu casa, camarada.

Pero el otro, que era un descarado, dijo muy compungido:

—Perdona, compañera; me equivoqué. La directiva no es así, sino de que debemos formar el frente único "por abajo" con las mujeres...

Otro, implacable, exclamó:

—¡Así no es, imbécil; sino que debemos conquistar "sus órganos de lucha"!

—Empieza por tu mamacita, querido —dijo fuera de sí la trigueña.

—No seas tonta, Mirta; ¿te vas a poner brava por tan poca cosa? Estos son buenos muchachos y nos aprecian; pero pretenden hacernos rabiar para demostrar su superioridad masculina y nuestros débiles nervios... —habló Amelia, la líder indiscutible, y se ganó un aplauso.

Pedro seguía de espectador y hubiera querido verla de frente. El joven que estaba sentado delante de ella, le repuso:

—Más débiles de nervios tal vez no, pero de músculo sí; te lo voy a demostrar quitándote la pistola por la fuerza —y se avalanzó sobre su cartera; mas, como ella estaba sentada en el buró, a un nivel más alto que la silla donde él estaba, le puso una zapatilla en el pecho y lo empujó, haciéndolo caer al suelo con el asiento. Y de un salto se bajó del buró y corrió para ponerse a distancia, divisando entonces a Solís.

—¡Pedro! —exclamó, con la sangre agolpada a las mejillas.

—¡Aurora!... ¿¡Us... ted!?... ¿Tú?

—Yo —y se acercó a él y lo abrazó rebosante de alegría.

—¿Pero es posible? —Pedro estaba aturdido.

—Vamos para el fondo y conversaremos a solas — Y dirigiéndose a los sorprendidos compañeros:— ¡Hasta luego, muchachos! —Y se llevó a Pedro por un brazo.

—¡Cuidado, vayan por la sombrita! —gritó uno del grupo.

Pedro y Aurora se instalaron en unas sillas que había en el fondo.

—Si me lo cuentan lo hubiera dudado —exclamó Pedro, contemplando insistentemente a Aurora, aún asombrado.

—Pero si uno se vuelve comunista de un día para otro . . .

—Sí... tal vez; pero no me asombra eso, sino que tú Aurora Aguirre, que hace poco tiempo eras una niña romántica, sentimental, soñadora, el verdadero prototipo de la calamidad femenina, que vivía con los pies en la tierra y los ojos en el cielo, tú, tengas hoy ese carácter, esa entereza despierta de la mujer revolucionaria. Hace un rato que estaba viéndolos discutir por la pistola, ¡y cómo iba a pensar que la que hablaba dando puñetazos en el buró fueras tú!

El tenía razón. Aurora (Amelia por nombre de guerra), la prima de Cristóbal, la mogigata, meticulosa y remilgada joven de ayer era hoy una mujer distinta. Una mujer. Digna, capaz de ser compañera del hombre y juntos romper sus cadenas, y juntos emanciparse.

La transformación de la ideología y del ser le había llegado ya hasta la fisonomía, se había embellecido más aún con la soberana belleza que dan la claridad ideológica, la confianza en la vida y la lucha por la Justicia.

Mientras Pedro hablaba ella lo contemplaba sonriendo, recordando cuánta repugnancia y odio le tuvo por sus brusquedades materialistas y su rudeza bolchevique.

—Compañero —dijo al fin ella, conmovida;— son tres años de prueba y de lucha contra la miseria y la vida. Después que me echaron de aquel infierno donde el infame Mr. Richard me ofreció "perdonarme" a cambio de que le diera mi cuerpo, perdí a mi madre. Sola, tuve que ganarme la vida. De taquimecanógrafa no pude trabajar, porque debía también pagar el derecho de pernada a los señorones de Buró, capitanes de industria; entonces me metí, o caí, de lleno, en la producción: fuí

costurera, luego cigarrera, ahora soy textil, hacedora de medias, pantaloncitos y ajustadores lucientes para la carne de trata blanca. Creamos el sindicato para defendernos, y atacar, ingresé en la Liga Juvenil y aquí me tienes hecha otra: roja, ruda, recia.

Aurora se había ido emocionando y elevando el tono de la voz y puntualizó dando un puñetazo sobre una rodilla de Pedro.

Este sonrió admirado, explicándose el rencor que debía sentir contra todo lo viejo y reaccionario, y contra sí misma, por tanto engaño y dolor sufridos.

—Dime, ¿y Cristóbal?

—Cristóbal es un bribón, pertenece al ABC fascista imperialista. Ahora está sin trabajo y gestiona un empleo en el gobierno. Estamos en plena guerra política; aunque vivimos juntos, nos queremos y tenemos un hijo . . .

—¿Ustedes un hijo?

—Ven y lo verás; lo tengo aquí —dijo Aurora, con un gran gozo en la cara y caminando hacia los primeros cuartos. Llegaron al de la pintura.

—¡Pepito, ven acá! —exclamó ella y acudió el precoz pionero que Pedro había admirado momentos antes.

—No, ése no es hijo de ustedes; tiene como ocho años.

—¿Qué hay? — dijo el chico, llegando.

—¿Conoces a este compañero?

Pepito se puso a observar a Pedro detenidamente; luego respondió:

—No, no lo conozco, ¿en qué organización lucha?

—Es Pedro Solís.

—¡Pedro Solís! ¡Qué ganas tenía de verte! ¡Cómo te velé para que Mr. Richard no te matara; hasta me quedé dormido junto al almacén número 2; y por poco . . .

Pedro le echó los brazos emocionado, exclamando:

—¡Con que tú! . . . ¡Y ya eres un luchador! ¡Y qué grande y fuerte estás! ¡Qué sorpresas he tenido con ustedes!

—Era huérfano de padre y madre, lo hicimos nuestro hijo... ¡La pobre mamá lo quiso tanto!

—¡Pepito! ¡Pepito! —empezaron a llamarlo los otros pioneros.

—Anda si quieres —le dijo Aurora;— ya lo verás bastante; él va a parar a casa.

—¡Esto se complica! —exclamó sonriente Pedro.— Ya tenía dónde comer y dormir.

—Cristóbal, aunque es abecedario, sigue siendo tu amigo y se disgustaría si no vas y Pepito y yo, como camaradas, te lo exigimos.

—Bueno, déjame avisarle al compañero que me ofreció su cuarto. Además, tengo que ver a otro.

—Ve. Haz todo lo que tengas que hacer y búscame luego en el cuarto donde nos encontramos.

Ambos se separaron. Pasó un cuarto de hora. Llegó la noticia de que el Gobierno iba a decretar la suspensión de garantías y la Ley Marcial. En vista de eso se ordenó, por la dirección obrera, desalojar el local, vaciándolo de banderas, estandartes, manifiestos y demás materiales de agitación, propaganda y organización.

Pedro y Aurora se fueron juntos. Pepito, cargado de banderas y cartelones envueltos, se fué por otro camino. Aquéllos llegaron a una casa de doble planta, tipo clase media. En la planta baja vivían Cristóbal, su madre, Aurora y Pepito.

Ella entró la primera y divisó a su primo, gritándole:

—¡Mira qué huésped te traje!

—¡Pedro! —exlamó Cristóbal abrazándolo.—¡Cuánto me alegro de verte!

A pesar de esta efusión dejaba traslucir cierto disgusto, como si la llegada de Solís le fuera grata y dolorosa a la vez.

—¡Igualmente yo! —dijo Pedro.

—Te hacía ya en el Más Allá.

—Pues sigo en el Más Acá. Digamos algo de la expulsión del central y de los consiguientes trabajos que sufrieron por mi culpa; aunque le arrancamos la repo-

sición a la Compañía y ustedes se negaron a volver. La cordial bienvenida que me han dado demuestra que no me guardan rencor. . .

—Yo estoy cada día más orgullosa de ello —exclamó Aurora.

—Lo sé.

—Yo —dijo Cristóbal— lo sufrí todo por tu amistad, y haría mucho más aún; aunque según tengo entendido, para ustedes, los comunistas, la amistad es un prejuicio burgués.

Pedro se echó a reír del tono dolido con que su amigo decía esto, y repuso:

—La amistad, el amor —sexual y familiar— la gratitud, el odio, la simpatía, todo ese mundo moral de los afectos, existe por sí mismo y existirá siempre; no es patrimonio de ninguna clase, aunque sí es condicionado por el desarrollo económico y la lucha de las clases.

—Me alegro que creas en la amistad; aunque cuando llegaste al central tu "determinismo económico" hacía tabla rasa con todo.

—Entonces empezaba, tenía esa enfermedad infantil de los comunistas que nosotros llamamos pintorescamente "sarampión rojo".

—¿Has visto cómo se ha "contagiado" también esta muchacha? —dijo el otro señalando a su prima.

—Nunca gozó de mejor "salud".

—Prefiero que sea una romántica, como antes, a una Marimacho, como pretende.

—Ni Marimacho ni Mariquita. Lo que le pasa ahora es que expulsa el cúmulo de energías que tenía prisioneras. Ella sabe bien que si es grotesco y repugnante un hombre afeminado, también lo es una mujer masculinizada.

—Es que éste no comprende que una pueda ser enérgica y femenina a la vez —dijo Aurora.— Me critica que tenga carácter, que haya avanzado. . .

—¡Bah, el que ha avanzado soy yo, soy miembro destacado del ABC, la esperanza de Cuba.

—Aurora me lo dijo y me ha extrañado sobremanera que milites en esa organización fascista-imperialista, en la Porra Verde, como la apoda el pueblo.

—¿El pueblo? Los agentes de Moscú y los tontos como tú y Aurora que de buena fe los siguen. El ABC hará una Cuba Nueva, con un gobierno corporativo totalitario de mano fuerte-fascista, si queréis, pero no imperialista, sino nacionalista.

—¿No es imperialista y sus dirigentes no salen de ir a buscar órdenes a la Embajada Americana? En cuanto al fascismo éste es sólo una transfusión de sangre popular al capitalismo caduco y por tanto sólo es posible, en sus totalitarios, horror, barbarie y saqueo público, en los países coloniales y semicoloniales, como Cuba, sin economía propia, sojuzgados por la economía y la política del imperialismo, no puede haber fascismo en el sentido económico-nacionalista recalcitrante de Italia y Alemania; puede, sí, haber partidos fascistas, como puede haber partidos utopistas y reaccionarios donde quiera que encuentre una base social, por pequeña que sea. El ABC es sólo una agencia fascista voluntaria del imperialismo yanqui en Cuba. La oprimida América Latina está sembrada de estas agencias, nutridas con todos los elementos que andan ideológicamente atrás. Pero los camisas negras de Italia, camisas pardas de Alemania, azules de Inglaterra, verdes de Cuba y Brasil, doradas de Méjico, todas las camisas fascistas serán rotas muy pronto por todos los descamisados de todo el mundo; y cuando esa hora llegue aquí, queremos Aurora y yo, que tú estés con los descamisados, ¡con nosotros!

—¿Con los descamisados yo? ¡Nunca, jamás! Quiero vivir plenamente la vida, embriagarme de ella. Jamás profesaré ese neocristianismo humanitario de los llamados materialistas marxistas. ¿Tuberculizarme, morirme de hambre y de sed, y de horror, en las prisiones por el bien de la humanidad? ¡Quiá! Me importa la posteridad lo que yo le importo a ella. ¡Nada! No creo en el Más Allá. Antes de ser Cristo, seré Pilatos o Judas. Cada

uno que se defienda por sí mismo, como pueda, si no que sufra o se mate. No basta cargar con la propia desgracia de haber nacido, sino que tiene uno que cargar con las desgracias de todos los mendigos, de todos los derrotados en la vida. Los sacrificios ajenos no se han hecho para mí. El darwinismo ha demostrado que en la naturaleza, en la vida, sólo triunfan los más fuertes; los débiles padecen o perecen. ¡Yo seré de los fuertes!

—Acabas de exponerme el credo individual de los fascistas, plagiando al paranoico Nietzche. Y, por otra parte, aliado al poderoso y atacando al débil, al inválido, no serás el más fuerte, sino el más cobarde. Nosotros que peleamos contra el Coloso, o contra el Capital, sí somos los más fuertes y lo demostraremos con la victoria. Marx, pues, no está, en lo fundamental, contra Darwin, sino que eleva su teoría al plano social donde luchan por la existencia, no los individuos, sino las clases, y triunfa la más poderosa, la más fuerte. Eso no es cristianismo, esa no es filantropía, eso es cumplir e impulsar a cumplirse las leyes inmutables de la Historia.

—No trates de convencerlo, Pedro, que no lo lograrás; yo lo he intentado en balde —dijo Aurora.

—Como mujer, sí me convences —respondió Cristóbal sonriente— porque tú eres todo para mí, como la Mujer es todo para el Hombre y viceversa. Que mueran todas las mujeres o todos los hombres, y, aunque abunde la comida y el confort para todos, la vida no tendría objeto y todos se suicidarían en masa, comunistas, fascistas, pobres y ricos. No es lucha social sino lucha sexual lo que existe desde el principio del mundo.

—Basta, fauno hitleriano, que Pedro querrá almorzar y descansar.

—Primero quiero bañarme.

—Vamos a la cocina, que allá está la vieja; ella te acomodará.

—¡Qué ingrato soy, Cristóbal, no haberte preguntado por ella, tan bien como me trató siempre! Hace como cinco años que no la veo.

—Muchas veces me ha dicho que si sabía de la suerte de "ese muchacho loco", de ti. Te está agradecida por haber provocado mi expulsión del central; siempre ha querido tenerme a su lado.

Los tres se fueron rumbo a la cocina. A la media hora Pedro estaba instalado como en su propia casa. Una habitación para él solo y una cómoda cama. Le quitaron el paquete de ropa que traía para arreglársela. Era otro hijo allí. Se bañó. Almorzaron. Aurora se fué para la calle. Cristóbal y Pedro se sentaron en la sala. Después de tratar algunos tópicos sin importancia, el primero puso una cara patética, como del que va a dar un pésame, y con voz conmovida, habló:

—Pedro, quiero que me jures una cosa... ¿Lo harás?

—Si no va contra el movimiento, si está en mis manos, si puedo...

—Tú sabes cuál ha sido la debilidad de mi vida...— Cristóbal hablaba con manifiesta dificultad.

—¿Tu debilidad?... ¿El dinero?... ¿La bebida?... No sé... ¿Cuál es?

—Mi prima, Aurora.

—¡Ah! ¿Y qué?

—Tú sabes, antes, cuando ella era como era, no me quería porque decía que yo era un materialista; ahora no me quiere porque no lo soy verdadero...

—¿Pero ustedes no viven juntos? —una ansiosa curiosidad salía al semblante de Pedro al hacer esta pregunta.

—Sí... —dijo Cristóbal, amargamente— vivimos juntos, en la misma casa... Me quiere como a un hermano; pero no ha querido ser mi esposa, no ha querido ni vivir de nuestras rentas de la planta alta y de la otra casa; contra mi voluntad y la de mamá se fué a trabajar por su cuenta cuando murió su madre. Esta le aconsejó al morir que se casara conmigo, pero ella no cree ya en deseos de muerte. Sin embargo, espero que re-

capacite, no he perdido la esperanza de hacerla mi esposa . . .

Pedro quiso solidarizarse con la angustia ajena, pero la propia satisfacción de saber a Aurora libre le salió a la cara. Embarazosamente, dijo:

—¿Y qué quieres tú que yo haga?

—¡Que no me la quites! —exclamó Cristóbal con patética y suplicante voz.

—¡Has perdido el juicio! ¡Acabo de llegar, me dais albergue y . . . !

—¡No te enfades, por favor! —lo interrumpió Cristóbal, agarrándole las manos.— ¡Yo sé que ya te quiere, me tenía loco preguntándome si sabía de ti. Yo sé también que ya la quieres . . . en los ojos te lo he visto. No te culpo, no, ¿quién no la quiere? ¡Pero yo la quiero más que nadie!

—Divagas. La quiero como una buena camarada y amiga, que antes de serlo sufrió por mí. Así me quiere ella.

Pedro habló con tanto énfasis y seriedad que Cristóbal lo creyó; no obstante, insistió.

—Júrame que no la enamorarás.

—Te aseguro, si así lo quieres, en nombre de nuestra amistad, que no la enamoraré.

—"Si así lo quieres", "en nombre de nuestra amistad" . . . ¡Entonces la quieres!

—¿No te basta? ¡Tú estás loco! ¡Eres un caso freudiano! ¡Me voy de tu casa ahora mismo!

Pedro se paró e hizo un ademán de ir a buscar sus cosas.

—Perdóname —dijo el otro, deteniéndolo;— sí, estoy loco por ella, pero te aprecio y te creo. Y . . . si al fin la perdiera yo, antes que sea otro, que la ganes tú.

Ambos se abrazaron.

CAPITULO X

—¡Jum!... ¡Jo!... ¡Jei!... ¡Jau!...

—¡De frente, march!

—¡Jum!... ¡Jo!... ¡Jei!... ¡Jau!...

—¡Derecha, deré!

—¡De dos en fondo!

—¡Alineación izquierda!

—¡Alto!

—¡Posición correcta, imbécil!

—¡En su lugar, descanso, brutos!

Todas las fuerzas de la Ciudad Militar de Columbia se movían en tren de guerra al despuntar el día.

Día 1º de Mayo.

Recuento mundial de las fuerzas activas de la clase obrera. Día de armas para los explotados y alarma para los explotadores. Día de lucha y terror. Día Rojo.

¡¡Pplas!! ¡¡Pplas!! ¡¡Pplas!! ¡¡Pplas!!

¡¡Pplas!! ¡¡Pplas!! ¡¡Pplas!! ¡¡Pplas!!

Extraño tambor de mil pies, en las barracas, el pasillo y el polígono retumban al compás los pasos de las compañías y escuadrones en marcha.

Pasos... Pasos... Pasos.. Pasos...

Pasos de hombres. Pasos de caballos.

Paso de marcha. Paso doble.

¡La humanidad guerrera en marcha contra la humanidad trabajadora!

Voces... Voces... Más voces.

Voces de mando, Vejámenes del mando.

Sólo la gente de estrellas, barras y galones grita, impreca y chilla; los más, la mayoría, calla y corre como tropel de mudos. Como ganado, mudo.

Grita "a formación" una garganta de cobre. A su

conjuro hay un ritmo febril en los uniformes y los pertrechos. Un ritmo fabril.

Hijo predilecto del Capitalismo, el cuartel, ¿qué ha de ser, sino una fábrica también?

El Capitalismo, caduco, industrializa; engalana y condena al crimen. Racionaliza la jerarquía de la barbarie armada. Y a esto le llama Civilización. La suya. Toma su materia prima de la dócil cantera campesina y del subsuelo social urbano, sedimento donde viven a ciegas, topetándose, los elementos desclasados, el lumpen proletariado y todos los detritus vomitados por las cloacas carcelarias.

De ese barro humano, fundido en el molde de un cosaco blanco e inflados por el "divino aliento" de la Propiedad, la Patria y la Autoridad, saca por series esas odiosas víctimas que son los soldados. En otras fábricas echa cerdos por un lado y saca por otro latas de chorizos. En ésta echa por la esclusa que es la Escuela de Reclutas piaras de pobres diablos y saca por la puerta del Servicio Secreto asesinos en pelotones.

El polígono de la Ciudad Militar de Columbia se transformó en un viviente tablero de ajedrez. Cada pieza buscó su puesto en alineación de juego, que en el ajedrez militar es alineación de fuego.

Un millar de uniformes se cuadraron en larga formación para saludar en silencio la iza de la bandera, a los sones del himno nacional.

Hasta los caballos saludaban cuadrados y en silencio la iza de la bandera... Para algo les daba el pienso, como a los otros...

A lo alto del asta la bandera topó. El himno cesó. Y un capitán expectoró esta arenga, que al parecer se la había aprendido de memoria:

—¡Soldados del Escuadrón Dos: Salid los primeros a patrullar las calles. Por la patria y la disciplina, sed severos. No permitáis grupos de más de dos. Ni reparto ni lectura de maniestos. Ni huelgas. No permitáis banderas ni estandartes rojos. Detened a los agitadores y

malhechores conocidos. Disolved con mano dura reuniones bajo y fuera de techo. Disparad contra los disturbios. Proteged hasta con vuestras propias vidas la Propiedad y el Orden. Obedeced sin replicar a vuestros superiores jerárquicos. ¡Responderéis ante el Consejo de Guerra por cualquier desobediencia o traición a la Patria en peligro! ¡Por la Libertad de Cuba!"

Y con aire de autómata, giró militarmente sobre sus talones y se fué con humos de nuevo Napoleón.

Un coro de comunistas, que contemplaban las maniobras tras los hierros de un calabozo, rompió a cantar desafiadora y desaforadamente:

¡Arriba los pobres del mundo,
en pie los esclavos sin pan . .

"La Internacional".

Un oficial, lleno de pomada, polvos y perfumes, y armado de fusta y espuelas, salió a lucirse en la doma de un potro cerrero y salió como un tiro disparado de la silla. Perseguido de cerca por los dientes y cascos del rebelde animal, corría con el espanto de un rompehuelga delante de una comisión de estaca. Con la ventaja de que su fuga era amenizada por las carcajadas de los soldados y de los comunistas presos. Válgale un fornido y valiente recluta que se avalanzó sobre la bestia salvaje y le detuvo. Con los ojos y el olfato el potro indómito reconoció en el recluta a uno de su misma tierra montuna y se tranquilizó. No obstante, fué aplaneado y encarcelado este "agitador profesional" de las yeguas, potros y potricos y se le siguió un caso de corte por falta de respeto a un superior.

Una compañía de infantería salió a hacer artísticos ejercicios calisténicos coreográficos con los rifles, al compás de alegre música gimnástica. El arte y lo bello también sirven a la barbarie y la opresión.

Con pasos isocrónicos, dando traspieses, como si ensayaran bailar la rumba, el charleston o la carioca en una sola loceta, salieron al polígono los reclutas. A su flan-

co dere, un cabo, con voz de timbal, se apuraba en ayudar sus movimientos con el estribillo del ¡Jum! ¡Jo! ¡Jei! ¡Jau! Se los enfrentó para revistarlos un tenientillo que no daba la talla, pero que era teniente por no importa qué detalles... Vaya, era rico, y tenía una hermana mayor que estaba muy buena y era muy buena con el Estado Mayor, a quien si él no daba la talla, ella daba el talle...

Traía el tenientillo el paso y el humor de una noche de juerga enfrente de un batallón de botellas de las más altas graduaciones y condecoraciones y entre un indisciplinado pelotón de prostitutas en pelota. En fin, traía un paso de recluta y un humor de general. Por su genio y figura la tropa lo apodaba "Polvorita". Se acercó a un recluta que tenía la corpulencia y reciedumbre de un campeón mundial de corpulencia y reciedumbre y un semblante de niño sorprendido.

—¡Póngase en atención —le chilló, y sacó un pañuelo para limpiarse las lagañas.

El gigante se inclinó en posición de quien no oye bien y aguza el oído.

—Será sordo este bruto —rumió el teniente, y le disparó a boca de jarro:— ¡Firme!

El recluta repuso, mirando de reojo el pañuelo:

—Si no sé firmar...

Hubo una descarga general de carcajadas.

—¡Silencio, carajo! —gritó el oficial rojo de ira como la nariz de un borrachín.

—¿Me permite explicarle, mi teniente? —se apresuró a decir el cabo.

—¡Vamos, hable o estrangulo a este gorila!

Los soldados de línea que pasaban se paraban a mirar, porque siempre, sin quererlo, al ver la figura y actitudes de "Polvorita" invocaban saboreándose las caderas rumbosas de su hermana.

—Mi teniente —dijo el cabo— lo que pasa es que este muchacho tiene un raro defecto (así explicó su padre cuando lo trajo y he comprobado yo), toma siempre las palabras en su más simple sentido. Por ejemplo, si

le pregunto: ¿qué es un pelotón?, responderá: "Una pelota grande"; ¿qué es una escuadra?: "Una herramienta de carpintero"; ¿qué es un batallón?: "Una batalla grande", y así por el estilo. Le cuesta mucho trabajo coger y retener el segundo sentido de una palabra o frase. Tan es así que en la instrucción no me atrevo a dar la voz de ¡Marchen!, porque de seguro que se marcha.

—Si es así, no vendría mal que la diera —dijo "Polvorita" y añadió:— ¡De seguro que usted es para él un cabo de tabaco!

En efecto: el recluta en cuestión era quizá un complejo fenómeno de sicopatía freudiana e idiotez campesina, quizá su trato sexual y social con las bestias... quizá. Sólo entendía el sentido más trivial y literal de las frases y vocablos, su parte más correlativa, la más recta. Alguien dijo que tenía el cerebro cubista, cuadriculado, sin circunvoluciones ni recovecos, algo así como un dado legal... Era la antítesis real de los teólogos, filósofos, legisladores y jueces, antípoda mental de los Santos Tomás, Hegel, Dracón y Pilatos. Reverso en bruto del discernimiento idealista, en su caja pensante no había trastiendas, trapecios ni trampolines. Era la suya una cabeza sin metáfora ni hipérbole. El pan era pan y el vino vino. El sí que veía "la cosa en sí", pero no con el translúcido cristal del filósofo alemán. Y ahora venía a ser un diente más de la maquinaria estatal de represión de la burguesía, del gobierno de la clase que más habla de toda suerte de cosas (Justicia, Libertad, Igualdad, Fraternidad), en sentido figurado. ¡Cómo iba a sufrir el pobre muchacho con estos poetas capitalistas, empeñados en idealizar su mundo, su tiranía, con cantos, entes y alegorías!

—¿Por qué lo ingresaron en la Escuela de Reclutas y no lo metieron en la cuadra y le echaron hierba?

—Por la talla, mi teniente, por la talla —dijo el cabo—; fíjese, es un toro por el tamaño y por la fuerza. Acaba de salvar al teniente García de que el potro TNT lo matara a patadas.

"Polvorita", que vió que se estaba apuntando a su

punto flaco, la talla, desvió la puntería hacia el recluta, gritándole:

—¡Vamos a ver!: ¿cuáles son sus generales?

—Mis generales... mis generales, pues, el general Maceo, el general...

Otra explosión de carcajadas. Hasta el cabo se orinaba de la risa. El teniente iba a estallar en una descarga de improperios, pero tuvo que izar bandera blanca y reirse.

—¿Cómo se llama usted? —le dijo.

—Jesús Colombié.

—Vamos a ver, usted es un recluta aquí, ¿qué cosa soy yo?

El cabo y los soldados temblaban temiendo que fuera a contestarle que era "Polvorita".

—Usted es el teniente del cabo.

—¡Teniente del cabo! ¿De qué cabo?

—De ése.

—¿Y por qué soy teniente del cabo?

—No sé, pero como cada vez que él le habla le dice "mi teniente".

Los otros apretaban los labios para no reirse. Estaba por salirle al oficial el tiro por la culata. Desde niño sufría esa su tragedia, que era comedia para los demás, y a la cual se acostumbraba como los gagos, los sordos y los doblefeos se acostumbran a la suya.

El teniente sacó su reloj y, mirando al cabo, dijo:

—Dentro de veinte minutos saldrá la Primera Compañía en camiones a copar y cercar la casa de la Confederación Obrera. Mándelo a él, y a otro recluta, como ayudantes de los choferes. A ver si cree que las balas de los comunistas son balas de algodón.

—A la orden, mi teniente.

—Mande el resto de los reclutas a ayudar al equipo de emergencia del hospital de sangre. Póngalos a la orden del capitán médico.

—A la orden, mi teniente.

—Retírese y cumpla mis instrucciones.

—A la orden, mi teniente.

Este se fué con su figura de boy-scout y el pelotón de novatos, maniobrando torpemente, empezó a ponerse en orden de marcha perseguido por los gritos de mando del cabo.

A poco, de la Ciudad Militar empezaron a partir hacia la ciudad civil tropas tras tropas, que al llegar a la puerta principal divergían en distintas direcciones como rayos de una rueda.

Los cauchos macizos, los motores y los claxons de los camiones pedían vía libre con el ruido unísono de su rodante estruendo. Arriba, los soldados se apretujaban como bestias en vagones. A retaguardia de cada camión amenazaba la pose asesina de una ametralladora trípode. A la vanguardia, sobre la cabina del chauffeur, seis Springfields alineados asomaban sus cañones en disposición de fuego.

Desde las azoteas algunos camisas verdes tiroteaban los camiones, hiriendo en una ocasión a un cabo, con el propósito de que los soldados creyeran que eran los comunistas o los obreros y tomaran sangrientas represalias contra ellos.

El recluta Colombié iba junto a un chauffeur que se tragaba las cuadras con el vértigo del carro y del espanto de sus ojos. Temía morir abaleado sobre el timón. En cada bocacalle esperaba la metralla mortal de una emboscada. Sentía miedo. Y sentía remordimiento. El fué chauffeur de potentados. El ojo miope de su conciencia de clase parpadeaba al resplandor de los acontecimientos, al resplandor de las antorchas de las huestes que venían a lidiar por un nuevo y mejor mundo. Veía que con las antorchas venían harapos y rostros lívidos, flacos, férvidos. Todo lo que desde la cuna le fué familiar: indigencia extrema y extrema desesperación.

CAPITULO XI

El horizonte se cubría de puños.

Era que subía inmensa y tumultuosa la marejada roja de la Revolución.

Sobre la tierra, sobre los mares, de polo a polo, los brazos del trabajo el trabajo abandonaban.

Paros de minutos. Paros de horas. Paros de días. Paros indefinidos. Paros parciales y paros generales.

Era un ensayo mundial escalonado de los esclavos del Capital, una gimnasia sueca de su combatividad.

Los motores y máquinas dejaban de rugir y resollar por intervalos.

Los plantíos desfallecían.

Los ganados decaían.

¡Solidaridad fatal de la Naturaleza encadenada con el Hombre! ¡Solidaridad del Todo con la parte!

Los ricos, igual que los pobres, hacían cola en las puertas de los establecimientos. Como en tiempos de guerra. Las huelgas son actos de guerra.

Sobre la Historia venía, con su paso de reloj, la Hora que precede al "salto del reino de la Necesidad al reino de la Felicidad".

Hora en que se podía decir: ¡Toda la Vida está en huelga! Y pedir: ¡Llega, suena, estalla redentora Hora de la Revolución!

"Un fantasma recorre a Europa, el fantasma del Comunismo", dijo una sola voz de dos colosos en el siglo pasado.

Ahora aquel fantasma había crecido y tomaba cuerpo. Sus pies de gigante cubrían ya más de una sexta parte del mundo.

Ya no tenía que ser un vagabundo, con los pies san-

grantes siempre en marcha y "el dolor de sentirse extranjero en todos los mares y en todas las tierras".

Desde todos los puntos del globo se veía y su voz llegaba a todos los puntos del globo.

Era la emisora mundial de una Vida nueva y un nuevo Pensamiento.

Del oscuro fondo de las ruinas del Rhur, de Lodz, Ohio, el Africa e Inglaterra, del vértice de los rascacielos neoyorquinos, de los arrozales de China, de los trigales de La Pampa y del Canadá, de los balleneros de los mares árticos y antárticos, de los cañaverales de Cuba, de los cafetales del Brasil y Puerto Rico, de los viñedos de España y Francia, de las mismas nieves eternas y de la Tierra del Fuego, de las usinas yanquis, de los frigoríficos de la Argentina, de los yerbales del Paraguay, de las jugueterías del Japón, de los pozos petrolíferos de Méjico y Java, de los grandes clubs de pelotas, de las oficinas bancarias, de los sets de Hollywood y hasta de las caravanas cafres del Congo, de todos los sitios de trabajo y explotación surgían militantes comunistas, que, como electrones se protoplasmaban en átomos, moléculas y materia palpitante en el rojo periespíritu del gran fantasma de la Revolución.

Sus lenguas eran distintas, pero su voz era la misma. Su gesto igual. Eran toda una Babel al revés volcada a la cabeza de todos los esclavos sin pan". Su voz era la misma:

¡Huelga! ¡Calle! ¡Masa y combate!

¡Revolución social mundial!

Decrépito, epiléptico, el Capitalismo se desintegraba de convulsión en convulsión, de zarpazo en zarpazo, bajo las plantas del cíclope fantasma que se materializaba.

En Cuba, semicolonia, reserva retrasada del Capitalismo, la lucha por ser precoz no era menos feroz.

Contra la poderosa maffia al por mayor del imperialismo yanqui y sus pandillas de patriotas gangsters criollos, el proletariado, el campesinado y el estudiantado, consonantes los tres del gran poema de la Revolución, hacían derroche de abnegación y bravura.

Este 1º de Mayo llegaba cuando en el histérico panorama del país se terminaba a toda prisa la barricada popular. Y ante la movilización revolucionaria del pueblo trabajador y oprimido, el gobierno de los señores de la banca, las fábricas y la tierra hacía aprestos de fiera acorralada. Atacaba y se defendía con la ferocidad y la agilidad de un pulpo. Pero el pueblo, valiente como león herido, avanzaba al combate con la sonrisa sarcástica del que "no tiene nada que perder y sí un mundo que ganar".

El gobierno decía: ¡Quietos, canallas, que he suspendido las garantías constitucionales! Y el pueblo laborioso, respondía: ¡Bah, para los trabajadores siempre han estado suspendidas!

El gobierno gritaba: ¡Bocabajo, bandidos, acabo de declarar la Ley Marcial! Y los obreros a una voz respondían: ¡No joda más, que para nosotros siempre ha estado en vigor!

Estaba visto que los explotados celebrarían su día, con sangre si era preciso. La víspera, a pleno día, los opresores habían mandado a pegar en todas las esquinas un pasquín amarillo que decía:

"**República de Cuba. — Comandancia Militar de la Provincia de La Habana. — Bando número 100. — Considerando:** que una turba de perturbadores de oficio, al servicio del oro de Moscú, pretende el próximo 1º de Mayo, contra toda justicia y dignidad, acabar con la estabilidad, independencia y libertad de la Patria, entronizando el bandidaje, saqueos de los establecimientos, incendios de las iglesias, conventos y asilos, violación de las mujeres de nuestra mejor sociedad y toda suerte de bandolerismo rojo;

Considerando: que con esos actos de vandalismo bolchevique pretenden apoderarse del poder en dicho día, matando inocentes niños, ancianos y mujeres e implantando una dictadura tan sangrienta como la de Rusia, donde los obreros trabajan sin parar 24 horas diarias y reciben yerba como comida y látigo como descanso;

Considerando: que esos malhechores se proponen utilizar a los obreros y estudiantes como escalón y carne de cañón de sus horripilantes propósitos y que está en nuestro deber velar porque esto no suceda, salvaguardar el bienestar, la grandeza y la libertad de la Patria que nos legaron nuestros heroicos antepasados e impedir la matanza criminal de inocentes niños, ancianos y mujeres:

Ordeno y mando: que no se formen grupos de más de uno en las calles, que después de las 8 de la noche sólo podrán transitar por la vía pública las personas que porten pase de esta Comandancia; que el 1º de Mayo los obreros deben ir al trabajo como de costumbre, sin caminar en grupos, ni despacio, ni hablar en voz alta, llevar bultos ni las manos en los bolsillos; que ninguna persona, mujer, hombre o menor use prenda de vestir roja, o de color parecido al rojo.

Y por tanto y cuanto: el que no obedeciere este Bando, recibirá el rigor de la Ley Marcial en vigor.

Por la libertad de Cuba.

Arsenio Cranero y Perraza
Comandante de la Plaza."

Al unísono el "Diario de la Marina", y como los demás periódicos de la reacción, gritaba en cintillos y grandes titulares:

¡La Confederación comunista decreta para mañana el terror rojo!

Intentan cocerse el poder pasando a cuchillo a medio pueblo, sólo como comienzo.

Empezarán por los que se bañan y se visten bien y acabarán por los obreros partidarios de la libertad.

También todas las personas gruesas, excepto los líderes del Comunismo, están ya condenadas a muerte.

El Bando, esta propaganda de prensa y la propaganda de infundios o "bolas" echadas a rodar por el gobierno, estaban encaminadas a confundir a las masas y a justificar la represión de los mitines, demostraciones y demás actos obreros del 1º de Mayo; pero los reaccionarios obtusos y pusilánimes —o que no estaban en el secreto— y las calambucas histéricas y pecadoras, corrían de acá para allá con un pánico de ratas perseguidas. Como hormigas locas se encontraban en las calles, y con espanto y misterio se confiaban: ¡Mañana!

Era para morirse de risa. Había quienes hasta se maquillaban de churre para que los feroces rojos vieran que ellos no se bañaban ni la cara.

Al sonar las 12 de la noche, principio del 1º de Mayo, una vieja rica se empeñaba en esconder su nietecita recién nacida debajo de su cama. Acaso temía que las "brujas colorás" le chuparan el ombligo.

Había algunos declarados en huelga de hambre o que se daban furibundos masajes en el vientre balón como si fuera un puching-ball. Adelgazar a toda prisa era su delirio. Su pobre vida dependía de eso; quizás la San Bartolomé roja dejase en pie los esqueletos.

Un dueño de funeraria gordinflón, que leyó en un puesto de periódicos que todos los gordos estaban condenados a muerte por los rojos, salió tan espantado, que por poco es exprimido por dos tranvías.

Claro, todo este miedo y precauciones eran por si la fuerza pública no sofocaba la sublevación comunista.

El obispo, el arzobispo y demás avispas de las cuevas eclesiásticas hacían zafra con todo este aspaviento y por tanto lo aumentaban socarronamente... "para gloria del Señor".

El 31 de abril, a presencia y paciencia de toda la grey creyente, hicieron, en latín, un "secreto" pacto de guerra con Dios.

Dios se comprometía a desatar contra los rojos la cólera del cielo. La cólera del cielo debía ser pagada por adelantado. El adelanto lo daría la grey creyente en

dinero. El dinero se le daría a los curas. Los curas se lo darían a Dios. Businum are businum. ¡Amén!

Heraldo y centinela de las masas, la agitación y propaganda proletarias no cesaban, cual gritos de alertas en perenne vibración.

La burguesía tenía el monopolio de las imprentas, de la radio y la libertad legal para esparcir sus infamias y calumnias, pero los obreros tenían más, tenían el absoluto monopolio de la Razón y el Coraje. Asaltaban imprentas y emisoras. Hablaban a punta de pistola. Por la misma estación llegaban al radio-oyente la arenga de los comunistas y sus disparos, en duelo a tiros con la policía. ¡Qué bien interpretaban los Derechos del Hombre!

El 1º de Mayo, en todas las esquinas, pegado encima del Bando Militar, amaneció un Bando Rojo, que decía:

"Bando Obrero Número 1. — Constatando: que el 1º de Mayo, aniversario del martirologio de los ocho bravos de Chicago, es una jornada mundial de lucha y recuento de las fuerzas de la clase obrera.

Constatando: que desde que empezó la concentración y centralización de la producción y el capital empezó la guerra de clases actual, la guerra civil entre los explotados, por el pan, y los explotadores por la Plusvalía; la guerra que sólo tendrá fin con la revolución victoriosa de los oprimidos, la cual terminará con la explotación del hombre por el hombre.

Constatando: que los explotadores están bien organizados y armados hasta los dientes y los explotados sólo contamos, por ahora, con inermes batallones sindicales y su vanguardia comunista, y que nuestras actuales principales acciones clasistas de guerra son la huelga, la demostración, la estaca, el boicot y el sabotaje, y que el obrero que no esté con ellas es un traidor a su clase, a los suyos y a sí mismo.

Constatando: que el sistema capitalista, moribundo a causa de sus propias contradicciones, pretende sobrevivir

a costa de la sangre y la vida de miles de millones de trabajadores de todo el mundo.

Constatando: que en los países sojuzgados del imperialismo, como Cuba, el monstruo en agonía descarga sus más fuertes y fieros zarpazos, hiriendo y desangrando a toda la población laboriosa sin excepción.

Llamamos al pueblo trabajador en general, a todos nuestros hermanos en el hambre, la miseria y el dolor, a desobedecer el Bando Amarillo de la Opresión, a hacer la huelga general y salir en masa a la calle, por el rompimiento de la Dictadura Militar y del yugo del imperialismo yanqui, a hacer de este 1º de Mayo un día de combate por nuestras reivindicaciones, un día de lucha por nuestro bienestar, un positivo día de guerra en la trinchera histórica de nuestra liberación.

¡Por la verdadera emancipación de Cuba! ¡Por la emancipación de la clase obrera!

Comité Distrital de La Habana del Partido Comunista de Cuba. — (Sección de la Internacional Comunista)"

Además de este llamamiento y constatandos materialistas contra el ordeno y mando y considerandos efectistas del úkase militar, el Partido Comunista había lanzado un número extraordinario de su órgano central "Bandera Roja". Sus cintillos gritaban en grandes caracteres:

¡A la huelga general el 1º de Mayo!

¡A la calle el 1º de Mayo!

¡A la lucha el 1º de Mayo!

¡Asistid en masa a la demostración que partirá del Centro Obrero!

¡Organizad brigadas de autodefensa!

¡Defended con las armas vuestros actos!

CAPITULO XII

Los soldados mandados a impedir los actos obreros del 1º de Mayo tenían, pues, razones para temer y temblar.

La caravana de camiones se detuvo en la Jefatura de Policía. Había ron. Todos los 1º de Mayo había ron en la Jefatura de Policía. Es que la policía, como los reformistas, con ron celebran todos los 1º de Mayo. "Emborrachar la tropa" es una táctica clásica de las tiranías. La borrachera de licor trae la borrachera de sangre.

Un oficial levantó su copa. Dijo:

—¡Por el exterminio de los mercenarios de Moscú! ¡Por la libertad de Cuba!

Una multitud de brazos se levantó con vasos, copas y botellas al sincrón con cien voces que corearon el brindis.

La caravana de camiones se puso en marcha de nuevo. Seis "perseguidoras" erizadas de rifles y ametralladoras de mano y llenas de bombas lacrimógenas, se le incorporaron. Y la procesión en tren de guerra siguió hasta la esquina donde estaba el centro obrero. Las fuerzas del gobierno, con aparatosa maniobra, se desplegaron en la esquina y bloquearon las bocacalles antes de marchar al asalto.

El asalto a Verdún no tuvo tantos honores.

—¡Arriba con ellos, muchachos, por la libertad de Cuba! —gritó un oficial.

Hubo un elocuente repiqueteo de las palancas de los Springfields y las Thompsons y cual tropas al asalto de una fortaleza enemiga, treparon por la escalera del centro obrero.

¡El chasco fué padre: allí no había nadie!

Mentí: estaba la Edad, la Ancianidad en persona, un viejo conserje que apenas podía ya con la escoba. Y había alguien más, con más vida que el viejo: estaban la Inmortalidad y la Palabra. ¿La Inmortalidad? Veras efigies, las de Marx, Engels, Lenin, Mella, Maceo y Martí. ¿La Palabra? Un lema que decía: "¡Luchemos contra el Hambre! ¡Luchemos contra el imperialismo yanqui y por la liberación nacional y social de Cuba! ¡Luchemos contra la guerra y el fascismo!"

Al viejo lo zarandearon y golpearon hasta hacerlo sangrar. Desahogaron con él su rabia elevada al cubo por el chasco de haber perdido el festín de una masacre a puertas cerradas; pues toda la propaganda anunciaba que la manifestación saldría del centro obrero. Pero algunos sabuesos sabían que la táctica de los revolucionarios era señalar y popularizar un punto de concentración y luego dar en los últimos momentos la contraseña de subpunto para burlar la embestida policíaca.

—¡Habla o te estripamos, viejo miserable! ¿Dónde está la gente? ¿Dónde fueron a reunirse? ¿Dónde fueron los dirigentes, Villa y su pandilla? ¡Habla o te ahorco! —rugía un teniente, mientras le oprimía al viejo la garganta con la izquierda y lo abofeteaba con la derecha y otros le apretaban los flácidos brazos o lo amenazaban con las culatas levantadas.

— ¡Ya les dije que no sé, porque ellos vienen y se van sin pedirme permiso! —balbuceó el anciano acogotado por aquella garra humana e indignado hasta enrojecer como un recién nacido.

—¡Vegestorio indecente! ¡Toma! —exclamó el oficial, y le propinó un puñetazo en plena cara que lo arrojó sobre el coro de culatas. Y se encaminó a un buró que estaba delante de la galería de retratos.

El anciano quedó en el suelo manando sangre. En esos instantes subió el recluta Colombié, y lo vió, exclamando indignado y dolido:

—¿Quién hirió a este viejito? ¿Fueron los comunistas?

—¡Shiss, cállate, so bruto, que ese viejo es el "padre" de los comunistas, y fuimos nosotros... mejor dicho, fué el teniente! —le dijo un soldado.

—¡El teniente! ¡No puede ser, él sabe bien que el Bando Militar nos exige que defendamos a los ancianos contra los comunistas.

—Pero el Bando se refiere a los ancianos que no son obreros; eso lo sabemos nosotros por experiencia....

El recluta se quedó confuso. Pero levantó al viejo, lo sentó en una silla y le limpio la sangre del rostro con su propio pañuelo.

—¿Para qué le das explicaciones a ese caballo? Le hubieras dicho que sí, que fueron los comunistas —dijo un cabo al soldado.

El oficial fiera y su patulea se enfrentaron con los retratos. Apartaron el de Maceo y el de Marx, creyendo iconoclasta contra el resto, incluso contra el de Martí, que éste era un general mambí, e iniciaron una ofensiva al que confundieron con un "agente del oro de Moscú", siendo, por tanto, linchado en efigie.

Luego el cartelón con los lemas contra la guerra, el hambre, el imperialismo y el fascismo sufrió los embates de aquella turbafuria; fué aculateado, pateado e injuriado como si hubiera sido una persona.

En fin: aquello fué más que una tempestad en un vaso de agua. Los burós, los anaqueles. todo el local fué vuelto al revés como una tripa.

Por el balcón llovieron todos los muebles, libros y demás papeles y se les prendió fuego en plena vía para castigo y escarmiento. Las llamas se levantaron. ¡Adiós, bienes obreros! ¡Good morning, democracia!

Así hizo Omar con la biblioteca de Alejandría. Así hicieron Mussolini en Italia e Hitler en Alemania. Así hizo la Inquisición. Cualquiera diría que era su aniversario.

Lo único que se salvó de aquella neroneada fué el viejo conserje y los retratos de Maceo y del "general mambí" Carlos Marx, todos los cuales fueron enviados a la Comandancia.

Cuando aquella horda bárbara bajaba en torrente la

escalera, y la pira saludaba e iluminaba con sus llamas la "santa" civilización capitalista, una perseguidora de la policía con sus estridentes alaridos de sirena llegó a 120 por hora. Entre un kepis y unos kaiserunos bigotes salió un gruñido:

—¡La manifestación con mucha gente, va por el Prado! ¡Intentamos disolverla, pero no pudimos; van armados casi todos! ¡Se dirigen al Parque de la Fraternidad!

—¡A desbaratarlos! ¡Duro con ellos! —gritó el oficial jefe.

Eso fué un toque a zafarrancho de combate. Saltaron y los carros corrían como saltan y corren los bandidos y caballos de una película de cow-boys, cuando el "héroe" se ha escapado volando a su corcel por una ventana de la taberna.

En realidad, los obreros revolucionarios le habían hecho una vez más una buena coartada a la trailla de sabuesos de la burguesía. Una demostración formidable, cubierta de punta a punta de banderas, cartelones y estandartes rojos, recorría imponente el Paseo del Prado, el principal paseo de los bien vestidos y bien comidos. El proletariado, hambriento y haraposo, paseaba revolucionariamente su fuerza, lemas, emblemas y demandas por allí.

Eran una Babel espontánea de cantos y gritos:

—¡Avante pueblo,
ser comunista!
¡Bandera roja, bandera roja!
¡Bandera roja la que triunfará!
¡¡Bandera roja la que triunfará!!
¡¡¡Bandera roja la que triunfará!!!
¡Que viva el comunismo y la libertad!

—¡Viva el Partido Comunista!

—¡Viva la Revolución!

—¡Abajo el imperialismo yanqui y el gobierno lacayo burgués-latifundista!

—¡Viva la Liga Juvenil Comunista! ¡Mueran los parásitos!

—¡Viva la Cheka!

—¡Agrupémonos todos
en la lucha final,
y se alcen los pueblos con valor
por la Internacional!

—¡Abajo la restricción azucarera y el Tratado impuestos por Wall Street!

—¡Guerra a la guerra y al fascismo! ¡Defendamos la Unión Soviética y los soviets chinos!

—¡Abajo la Dictadura Militar y los tribunales fascistas!

—¡Viva la Confederación Nacional! ¡Fuera el Embajador yanqui!

—¡Viva la Defensa Obrera Internacional!

—¡Viva yo!

—¡Luchemos por pan, tierra y libertad!

—¡Luchemos por un gobierno soviético de obreros y campesinos!

—¡Las masas, las masas, las masas a la calle!
¡obreros a la calle, mujeres a la calle,
los niños a la calle y los viejos a la calle!
Y aunque el terror estalle
que nadie se "vaye",
que nadie se calle
aunque el terror estalle!
¡Las masas, las masas, las masas a la calle!

Jóvenes, mujeres y niños, al par que los hombres fogueados con voces enronquecidas gritaban a la faz de las ricas mansiones su hambre vieja y su mozo coraje.

—¡Las masas, las masas, las masas a la calle!
¡Cantemos compañeros
y que tiemblen los burgueses,
que tiemblen los burgueses, opresores salvajes,
que vamos a templarnos en la lucha de calle,
que tiemblen, que tiemblen, que tiemblen los burgueses,

que vamos a templarnos en las luchas de calle!
¡Las masas, las masas, las masas a la calle!

Había un alegre acento de fuerza y desafío en esta parranda revolucionaria, cantada a todo diapasón por millares de gargantas.

La manifestación llegaba a la plaza de la Fraternidad.

Un orador se encaramó en el borde de una fuente, hizo un gesto de silencio con las manos y dió un ¡Shiss! que se repitió en casi todas las bocas como una emisión radiofónica.

Empezaba el cuadro declamatorio de la función y el auditorio fijó sus miradas en el primer y único orador de aquel acto popular que terminaría en tragedia. Del proscenio brotó el trueno:

—¡Camaradas: El 1º de Mayo no es para nosotros un ¡Alto! en nuestra victoriosa marcha. es un ¡Alto, quién va! a los bandidos imperialistas y sus agentes nativos, abiertos o encubiertos, un ¡Alerta! a todos los oprimidos y un ¡Alerta está!, de la roja vanguardia de la clase obrera. El 1º de Mayo es para los anarquistas un día de duelo, para los reformistas: un día de fiesta, para los comunistas y para todos los obreros revolucionarios: un día de combate, un día de batalla, un día más de lucha fiera por nuestro pan y nuestra emancipación del yugo capitalista-imperialista!

Al trueno sucedió una tempestad de bravos, vivas y aplausos.

Ahora venía el rayo: por distintas bocacalles surgieron los camiones y autos de la policía, convergiendo al mitin monstruo.

Un empleado derrotista dijo en son de sátira el verso de Mayakoski: "¡Tiene la palabra el camarada Máuser!" E inició un paso doble en dirección contraria al camarada Máuser, con el firme propósito de no oírlo. Pero hecha esta excepción, la masa se mantuvo en pie y de frente al enemigo como una mole, inmóvil.

La tropa se tiró de sus vehículos y avanzaba como una horda enloquecida de cosacos.

Hubo un instante sin tiempo, un segundo y un siglo. La tensión eléctrica de lo trágico irremediable reinó en la muchedumbre. El sagrado y cacareado prójimo venía implacable y feroz contra su vida y era preciso matarlo y morir, era preciso pelear como fieras, con colmillos y uñas, con todo el instinto. La mayoría apretó los puños y los dientes. Otros apretaron los palos de las banderas, y unos cuantos apretaron entre la ropa y la piel la empuñadura de un arma.

Los "guardadores del orden" cayeron en tropel sobre la masa, a planazos, garrotazos, tiros y culatazos y el choque fué tremendo. Una parte de los trabajadores se defendía como podía y con lo que tenía: pistola, palo, piedra, o puño. Otra parte se defendía con los pies; se mandó a correr a lo "¡sálvese el que pueda!". La menor se tiró al suelo, huyendo de los tiros, pero recibía en cambio cientos de pisotones. Como en casi todas las masacres callejeras, la parte del pueblo que corría producía más daño a la parte que peleaba, a la que se tiró al suelo y a sí misma que los propios guardias, envalentonados a la vez con el corre-corre. Además de desmoralizar con su pánico, la masa en fuga, con la fuerza del agua que rompe el dique, atropellaba a su paso a los que se aprestaban a luchar, a los menores y mujeres, a los atolondrados, a los que caían y a los que se acostaban o hacían los muertos.

La fracción que peleaba, encabezada por la brigada de autodefensa Frente Rojo, mantenía en alto la bravura de los obreros.

Un rojo, rojo también por la sangre de su cabeza rota, tenía aún ánimos para decir, en medio de tantos golpes, gritos y detonaciones:

—¡Viva el Partido Comunista!

—¡¡¡Vivaaa!!!—le respondió una docena de valientes.

A otro le quedaba humor para exclamar sincronizadamente al romperle la cabeza a un policía con el asta de su bandera:

—¡Arriba los pobres del mundo!

Como los toros, como las bestias, las bestias uniformadas de la reacción embestían sin bramar. Los perros cuando muerden no pueden ladrar.

De parte y parte había varios heridos de balas.

Un corpulento obrero negro le quitó el rifle a un soldado y cogiéndolo por el cañón empezó a hacer una masacre chiquita de azules y amarillos. Un loco furioso no lo hubiera hecho mejor. Hubo policía cogido en la órbita de aquel torbellino de culatazos que para que no lo tuvieran en cuenta se dió de baja tirándose al suelo.

El teniente del ejército que mandaba la compañía, colocado a varios pasos a la espalda de aquel combatiente obrero, levantó su pistola 45 y le apuntó a la cabeza . . .

¡Tac! . . . ¡Tac! . . . ¡Tac! . . . Tres tiros.

El teniente cayó de bruces con el pecho agujereado. No era la realización einsteniana del hombre que se mata a sí mismo con las balas que dan la vuelta al mundo, era que Aurora, con su pistola, le había cortado la acción y la vida.

—¡A ella, a la asesina! —bramó un sargento de policía.

Aurora echó a correr, pistola en mano. Los manifestantes que quedaban en el campo de combate, incluso algunos de los que yacían en tierra, se empeñaron en guardarle la retirada con una bravura que pasmaba. En un frente cerrado, retrocedían como espartanos, palmo a palmo, en la dirección que ella huía.

En esto vino en su ayuda una estupidez del adversario: los policías de las perseguidoras habían acabado de ponerse sus caretas contra gases y empezaron a arrojar bombas lacrimógenas a diestro y siniestro, y hasta los enfurecidos militares tuvieron que echar a correr llorando a lágrima viva.

Aquello no fué Troya, Waterloo ni Agramante; aquello fué un combate callejero que terminó en lacrimoso maratón. Los guardias corrían llorando delante de los obreros y los obreros llorando se los pasaban. Aurora logró coger una calle, pero era perseguida de cerca por un

soldado, que cada vez se le aproximaba más. De pronto, Pepito, gritando: "Huye, Aurora!", se le tiró delante al militar, haciéndolo caer; pero éste se paró rápidamente y la emprendió a puntapiés con el chiquillo. Lo hubiera muerto a patadas si un empellón fenomenal, acompañado del rugido: "¡Canalla! ¡Cobarde!" no lo lanzara al suelo otra vez. Aturdido se incorporó y vió al recluta Colombié cargando a Pepito y echó a correr de nuevo tras Aurora que había doblado ya la esquina.

En los precisos momentos que él llegaba a la misma la vió meterse en una casa. Quiso tumbar la puerta a puñetazos, aldabazos y patadas, pero la casa permaneció hermética y muda como una tumba. Entonces montó guardia, esperando refuerzos.

CAPITULO XIII

La casa donde Aurora se había introducido era una mansión cuya sala hacía gala de un fausto oriental. Un raro y suave perfume saturaba el ambiente, cual incienso sutil que emanase de ocultos pebeteros. Muebles, cuadros, cortinas y tapices anunciaban al amo opulento, pomposo y extrambótico.

Aurora quedó deslumbrada por lujo tanto. Acostumbrada a la sórdida presencia de la pocilga hermana, a la coja mesa, al manco sillón y a la lámpara sin ojos, los ojos suyos sufrieron las quemaduras de luz de tal revelación. La sorprendió en su asombro y soledad una voz meliflua:

—¡Bienvenida!

Como el príncipe azul de los cuentos y cantos feudales, surgía, con ojos de sueño, entre una cortina de exóticos brocados, un hermoso joven en pijama azul turquí.

—¡No se mueva! —exclamó Aurora, después de un instante de estupor.—¡He matado a un oficial y me persiguen. No me dejaré atrapar viva! —y miró significativamente su pistola.

El hombre, sorprendido, no se movió.

Pasó un rato de hielo, de silencio. Ella lo rompió:

—¡Necesito escapar por el fondo, por la azotea, por donde pueda! ¡Ayúdeme, por favor! —su voz era ahora de paz, trémula, encarecedora, suave.

—Le ayudaré; aunque esta desgraciada casa no tiene salida al fondo ni escalera a la azotea. Yo tengo influencia en el gobierno, pero su caso es grave y debe escapar si puede.

—¡Gracias! ¿Pero cómo? ¡Pronto!

De la puerta partió un estruendo de terremoto. Ha-

bían llegado varios policías de refuerzo. Lo que el soldado esperaba para hacer abrir o derribar la puerta.

—Trate de esconderse en el fondo; yo hablaré a la policía.

Aurora huyó al fondo.

La puerta seguía bajo el estrépito de puñetazos, imprecaciones, toletazos y patadas. El joven esperó que Aurora desapareciera. Luego se desabotonó el pijama, gritó "¡Vaaa!", y avanzó muy despacio hacia la puerta, la abrió y se abotonaba el pijama, fingiendo que se lo ponía.

Abrir la puerta fué como destapar una cloaca: un chorro de uniformes y caras congestionadas cayó sobre la sala.

—¡Alto! ¡El coronel Batista se quita el quepis y me saluda al entrar a mi casa! —dijo el joven con tono de gente grande.

—Perdone, señor Valdés —dijo con voz gorda como él un sargento de la policía, quitándose la gorra de encima de su cara de luna llena. Los otros lo imitaron, y él continuó— es que una comunista acaba de asesinar al teniente del Ejército Manuel Prusalde y un soldado la vió meterse aquí.

—¡Sí, señor, yo fuí quien la vi!

—¡¿Qué dicen ustedes?! ¿El teniente Prusalde asesinado, mi querido amigo asesinado y la asesina escondida aquí, en mi propia casa? —exclamó Valdés con trágico acento y acentuado dolor en el semblante.

—Así es, señor —dijo el sargento, condolido como un lacayo y con ganas de darle el pésame.

Hasta el soldado estaba conmovido. Los otros policías, con un respetuoso silencio, parecían asociarse a la pena del "señor Valdés". Este dijo con el mismo tono doliente:

—La muerte de mi amigo la lloro, como dicen vuestros ojos que la han llorado ustedes; pero la asesina no se ha refugiado en mi casa. Mis criados no están hoy, me abandonaron para celebrar "su día", mas yo estoy

levantado desde que empezó el tiroteo y la puerta estaba cerrada; y de no estarlo, la hubiera visto entrar y ustedes comprenderán que no vacilaría en entregar a la asesina de mi querido amigo...

Los guardias se pusieron en guardia, reaccionaron, aunque tímidamente.

—Lo comprendemos, señor Valdés, pero usted sabe, es un oficial muerto, asesinado vil y cobardamente, ¡un oficial!, y nuestro deber es registrar, aunque sólo sea para llenar las formas... —dijo penosamente el sargento.

Un policía dijo al oído de otro:

—Este Valdés es un tenorio y es capaz de esconder a la asesina para...

El soldado tampoco creía en lo que dijo Valdés ni en lo que dijo el sargento de "llenar la forma" y se mantenía rabioso como perro de presa presto a romper el bozal.

Valdés comprendió que no era buena la táctica de resistirse, y dijo:

—Bien, podría llamar por teléfono al Coronel para evitarme esta deshonra, pero no quiero. ¡Registren, es su deber!

La mayoría se lanzó a recorrer la casa como sabuesos de pur-sang. Cada cual sentía el espejismo de un ascenso o un premio si echaba el primero la garra sobre la joven.

Aurora había corrido a lo último de la casa con el corazón trepidante, con el susto mortal de la liebre que siente cerca el aliento de los galgos. Pero al llegar al fondo sufrió otro susto, que la dejó estupefacta. Como Aladino, se encontró de improviso en un regio y vasto salón lleno de gente, extraña gente de mármol y pintura. De momento creyó que eran gente de carne y hueso en muda y rara orgía, tal era la gran vivacidad de sus expresiones y posturas. A cámara veloz pasaron ante su mente, como una rememoración caleidoscópica de sus lecturas de niñas, las visiones fantásticas de "Las Mil y Una Noches".

Hasta el techo y las paredes estaban grabados y pintados. Había en ella faunos, centauros y bacanales, como en la Mitología; hadas y palacios, como en los cuentos de viejas; palacios y hombres, como en la Vida.

En una rica galería de granito, ribeteada de jaspes, posaban su grandilocuencia muda muchos hijos inmortales del Cincel y el Pincel, Prosapia siempreviva que el genio humano creó.

Allí estaban en asamblea de arquetipos de su mundo: La sublime Venus de Milo, blanca como la espuma su carne de Carrara, indefensa y desnuda al espíritu satiro del género humano.

El Pensador de Rodín, luchando aún por descifrar el complejo enigma que la Vida es.

La hechicera Gioconda de Vinci, con su eterna sonrisa de esfinge femenina.

En aquella exposición del arte, algunas estatuas estaban maquilladas al natural. Pelo, cejas, ojos, mejillas, labios y vellos vestían, con ajustado traje de pinturas, la blanca y monótona desnudez del mármol. Esto le daba una viva expresión de seres vivos; sus muertos ojos no veían, pero sí miraban.

Era tanta y tan pintoresca la varia belleza de aquel mundo inmóvil que Aurora pasó rápidamente del estupor a la admiración y de la admiración a la inspiración. Escaló hasta el más alto estadio de la gradería de granito. Pensó: "Los bárbaros que me siguen se aturdirán de asombro cuando lleguen aquí". Y buscó, moderna Prometeo, la protección de un Hércules de mayúsculos músculos de piedra. En seguida se arrepintió, diciéndose: "Esos animales no tienen alma y rastrearán y rastrearán aquí sin detenerse a contemplar tanta belleza. ¿Por qué no serán los guardias místicos del arte, aunque sea del arte por el arte?"

Pronto desalojó esta ráfaga de fantasía, —elocubración de los acosados— y prendió en su mente una idea práctica, audaz y genial; miró su cuerpo bien hecho y en lo alto de un ángulo un hermoso conjunto escultóri-

co de hombres y mujeres que representaba el nudismo y, rápida como una extra de la escena se quitó toda la ropa, se empolvó, guardó la pistola en la cartera, ésta en la ropa y la ropa en la entrepierna de Hércules y saltó desnuda y ágil cual acróbata al pedestal de los nudistas.

Desnuda y bella, púdica y sublime, cual hoja de parra puso su diestra sobre su sexo, a lo Venus la de Praxiteles, le echó su brazo izquierdo a un mozo frío —al fin de piedra— y así, en esa pose, pasional y pudorosa, esperó ecuánime su suerte.

A poco la horda de guardias irrumpió en el salón, como una horda de guardias. De momento no pudieron evitar cierto deslumbramiento. No era la suya una emoción estética, sino de sorpresa, de esa sorpresa que en los pequeños de alma produce lo grande imprevisto.

Pero se repusieron en el acto, soltando de nuevo el olfato.

Aturdido, como extraviado en su propia casa, los seguía Valdés. Venía de susto en susto. En cada rincón, detrás de cada puerta, en cada escaparate, debajo de cada cama, esperaba que descubrieran a la joven fugitiva. Cuando abrían un armario sentía como si le abrieran el pecho. Ahora iba a pasar por la prueba final de la búsqueda y el corazón le golpeaba el tórax como el badajo a la campana. "¡La encontrarán! ¡La encontrarán!"

Aurora puso todas sus energías latentes, toda su recóndita potencia en su quietud de aquel instante. Se hacía cargo que para seguir viviendo tenía que dejar de vivir aquel momento. Morirse de mentira como un fakir o una marmota. Anestesiarse con su propia voluntad.

Con su pose de Eva hiptonizada, en realidad era la belleza modelo del heroismo posando su cuerpo para el acaso de su salvación. . . .

Como todos los escondidos obligados a la más absoluta inercia, le entraron unas terribles ganas ya de toser, ora de estornudar. Sin embargo, no dejaba ni moverse un músculo ni una vena. Sus propios ojos pardos de leoparda estaban abiertos y fijos como los de una muñeca

de biscuit. Sus senos exquisitos —con los botones rubí de sus pezones— primorosos y tiernos como capullos de rosas, estaban erectos y quietos. Sus caderas, su pubis, sus muslos, sus carnes todas de beldad joven, de virgen vigorosa, sólo tenían el eurítmico movimiento de sus curvas tentadoras.

Por su belleza real, viva y palpitante, por esa fuerza de gracia y amor que irradia la mujer hermosa, corría el peligro de destacarse entre las beldades de piedra. Nunca los genios glorias del Pincel y el Cincel lograrán igualar la belleza viva de las lindas criaturas forjadas al misterio por los dulces delirios de las horas de amor. Nunca.

Y Aurora era una de esas lindas criaturas. Había en su cuerpo desnudo una inefable poesía, algo tan sublime que no parecía humano.

La cristiana jauría que la buscaba hocicaba en todos los huecos y recovecos sin alzar la vista a ella —¡qué le importaba a ellos la Belleza!— Nada le importaba a los bellacos la Belleza. Sin embargo, algunos, de vez en cuando, como pilluelos que miran de reojo y con sonrojos la sensual desnudez de sus hermanas, llevaban sus ojos turbios de lujuria hasta aquellas hembras sin ropa, pero avergonzados como eunucos, los retiraban en seguida, ensañados de nuevo, como eunucos, en capturar a la rebelde balladera. ¡Lástima de hombres! ¡Lástima de hermanos de clase, carne de nuestra carne oprimida, bestializados por la Propiedad sagrada y la sagrada Autoridad.

Ante el creciente fracaso de la búsqueda, el mismo Valdés, perplejo, bajo su máscara de serenidad, se preguntaba que a dónde se habría escondido. De pronto, conocedor experto de aquel abigarrado conjunto de esculturas y pinturas, se fijó con extrañeza en el grupo nudista. Y vió que había otra iniciada en el sistema natural de vida que fundó Adán. La reconoció. La brava y bella Aurora casi ni se ruborizó. Su reacción sanguínea podía acarrearle ser víctima de la sanguinaria reacción. Tuvo la impúdica serenidad de una verdadera nudista.

Valdés sufrió una extraña sensación, mitad placer, mitad temor. No la suponía tan cerca ni tan bella. Pero el desconfiado soldado, que lo vigilaba constantemente, no perdiéndole pies ni pisadas, siguió su vista, como al hilo la araña, y miró para las estatuas. . . mas, el infeliz, sólo vió estatuas. Valdés quitó su vista rápidamente.

—El hecho es que no está aquí —dijo el sargento al soldado.

—Pues aquí la vi meterse; tiene que estar escondida aquí.

—¡Usted ha sufrido una alucinación, se lo dije y se lo repito: aquí no se metió, no está aquí; soy un caballero y no un rufián! Los dejé registrar para que se convencieran por sí mismos de mi honorabilidad, pero de todas maneras me quejaré al Coronel —dijo Valdés con aire altanero.

El sargento se quedó mohino, "quejarse al Coronel", era una frase que no le sonaba melodiosa: el soldado se quedó cavilando, en seguida dijo:

—Mire, como última prueba, déjenos tirarles unos cuantos tiros a todos esos monos que usted tiene aquí, para ver si está escondido por ahí.

Y diciendo y haciendo sacó su revólver 45.

—¡¡Está loco!! ¡Esas obras me cuestan una fortuna y no se les puede tocar! ¡Usted es más testarudo que un fiscal!

—Sí, sí, esos son monumentos y la Ley prohibe que se les haga daño. Además, ya hemos buscado más que gato a guayabita y nada. Antes de que sea tarde, lo que debemos hacer es registrar toda la manzana, empezando por esta cuadra —dijo el sargento.

—¡Eso, eso! —exclamaron los otros policías, y salieron disparados hacia afuera.

El soldado era el último del desfile y miraba a cada momento para atrás. No estaba convencido y tenía ganas de empezar el registro de nuevo.

Valdés los siguió hasta la puerta. Cuando salían, un

subteniente, con tres soldados y un policía, acertaba a pasar y llegó:

—¡Jaló, Jorge! —exclamó saludando a Valdés.— ¿Qué te sucede?

—¡Jaló, Roberts! —dijo éste echándole el brazo y pasando a informarle de todo lo ocurrido.

El oficial miró a los policías y al soldado y dijo:

—Si yo estoy aquí no se registra esta casa, es como si fuera la mía. Jorge es todo un caballero, honorable como un militar, y su palabra es veraz como una ordenanza. Cuando el Coronel y el Comandante se enteren se indignarán.

Esto le puso a los subalternos la carne de gallina.

—Pensamos que la asesina se había escondido aquí, estando él dormido —borbotó el sargento.

—¡Eso, eso decía yo! —tartamudeó el soldado.

—Nada, fué un error y ya pasó, —dijo Valdés, sin poder ocultar su satisfacción.

—Ahora íbamos a registrar las otras casas de la manzana —añadió el sargento, como esperando la aquiescencia del oficial.

—Eso es lo que debieron haber hecho desde el principio. Vamos a ver, —dirigiéndose a dos policías— uno para cada esquina, no dejen salir ninguna muchacha de esta cuadra. Usted, sargento, con el resto de los policías, empiece por registrar esa casa de la derecha; yo, con los alistados, me ocuparé de las de la izquierda y nos encontraremos al otro lado de la manzana. Y tú, Jorge, déjate ver por casa.

—Sí, iré. ¿Está el comandante aquí?

—No, papá anda en una misión especial por los Estados Unidos. Cuando lo sepa, se va a reír del mal rato que has pasado.

—¡Bah!, ya hasta me olvidaba el incidente; mas ello me recuerda mis deberes de amigo con el pobre Prusalde y con sus deudos. ¿Dónde se le velará?

—Ahora se le montará guardia en el Club de Oficiales. Luego se le llevará a su chalet del Vedado.

—¿En casa de su esposa?

—Sí, ¡el pobre! —y añadió al oído de Jorge para que no lo oyeran los soldados:— ¡Deja una mujer que echa candela!...

Valdés se echó a reír y dijo:

—Allá te veré, Baco.

—Nos veremos allá, Don Juan.

Y se fué riendo a empezar el registro. Estaba contento, pues la muerte del teniente Prusalde le traía la ansiada promoción, librándolo del odioso "sub", y hubiera abrazado a la asesina, aunque también la hubiera entregado para ser premiado con alguna medalla.

Valdés cerró con mano impaciente la puerta y se precipitó al fondo. Se encontró a Aurora vestida, pero en lo alto aún, junto al mayúsculo Hércules.

—¡Baje, baje ya, que se ha salvado usted! —dijo conmovido.

—¿Se fueron? —fué lo primero que dijo su emoción, como una persona que vuelve en sí.

—Se fueron y no volverán. Registran ahora la manzana.

—¿Le dijeron si está muerto? —dijo con temor su voz.

—Sí, muerto. Pero ¿por qué hizo usted eso, siendo tan joven y hermosa?

—El iba a matar a un compañero por la espalda y no pude contenerme...

—¿Y no se arrepiente?

—Tenía que elegir entre la vida de un camarada y la de un enemigo...

—No caben dudas, usted es "une rouge enragé", como diría uno de Francia; sin embargo, el papel estatuario que acaba de hacer ha borrado su homicidio, ha escapado usted por la vía de lo sublime.

Aurora se ruborizó y trémula, dijo:

—Perdone, me ha salvado usted, a pesar de su posición, y no le he dado las gracias. Estoy aturdida.

—La salvaron sus propias audacia y belleza. En cuanto a mi posición nunca ha mandado en mi corazón.

Aurora ensayó una sonrisa. Miraba también su casi femenil belleza, su esbeltez y su cara bonita; pero si su boca sonreía y sus ojos estaban en él, su pensamiento iba por el rumbo de su hazaña de sangre y el de su propia seguridad. "Registran ahora la manzana" era una frase que la hacía sentirse aun en peligro. No obstante, la figura, los modales, el proceder y el boato asiático del hombre que tenía delante provocaba la curiosidad de su mente, trabando su voluntad.

En esto sonó el teléfono. Ella se estremeció. El acudió al aparato y a poco regresó, diciendo:

—Nada, una amiga que me pregunta que si los comunistas me han asesinado. Le dije que no.

Ella volvió a preguntarse:

—¿Quién diablos será este extraño burgués?

. . . .

En realidad, si Jorge Valdés, tenía presencia y posición de gran capitalista, era un individuo que, en gran parte, vivía de su propio cuerpo. Lo alquilaba como una gran meretriz. Pero no vaya a creerse que como un mariquita, como un hombre que alquila su cuerpo a los hombres, sino como un hombre que lo alquila a las mujeres, al revés de las mujeres que lo alquilan a los hombres.

Tampoco era un gigoló, un sosteneur o un sultán. Era un hombre nacido con cuerpo esbelto y elegante, hermosa cara, ojos acariciadores y grandes ademanes de amador, y que fascinaba a las sirenas femeninas, a lo Valentino o Mujica, aun careciendo de los favores de la farsa cinemática. Si cabe, era un gran cortesano, un Don Juan mercantilizado. No se daba de gratis. Entre las evas de la "high-life", del dorado o adolarado Olimpo de la alta sociedad, había una continua porfía de harén por sus caricias de macho; pero él sólo se daba a las "bien" que le pagaban bien.

En el sobre concurrido mercado de prostitución femenil, las obreras del lecho, las mercancías del placer, se

tasan hasta por centavos, como una vulgar golosina, y él no se daba sino desde cien pesos en adelante. El no tenía hambre.

"La crema y la nata, todo lo que vale y brilla femenilmente en nuestra más alta y mejor sociedad" —como dicen los cronistas de la burguesía— había dejado toda su crema, nata, valor y brillo en su lecho de prostituto.

Había nacido pobre, pero bello, afortunado y sin escrúpulos. Una vieja yanqui, verde y fea, viuda alegre y decana del Bando de Piedad, al morir, como ¡gracias! a sus gracias y caricias, había compartido su capital con él y con su propio perro, lamedor de porquerías como los perros de San Lázaro. Por algo era decana del Bando de Piedad, sociedad protectora de animales (aunque la piadosa protección consistía en matarlos con gases).

"Dejo mi ingenio "Filadelfia", su ferrocarril, plantaciones y demás pertenencias, más cincuenta mil pesos ($ 50.000) en efectivo para compartir en partes iguales entre mi inolvidable protegido Jorge Valdés y mi también inolvidable perro "Puchunguito", el cual recibirá los beneficios de esa mitad de mi capital que le corresponde en forma del mejor cuido y a su muerte se le hará un mausoleo con su estatua. Nombro tutor de "Puchunguito" al Padre Pío Valera". Así rezaba el testamento de la vieja rezadora.

A pesar de las risas y chismorreos de la "élite" social, Valdés aceptó el obsequio póstumo, vendiendo la mitad que le correspondía en el central, y pidió al cielo por primera vez en su vida, que la vieja beata y pecadora fuera derechito a las calderas de aceite del Infierno.

Para poner tiempo mediante, viajó por muchos países, perseguido por las cartas y cablegramas de su fiel femenil clientela. De China y la India trajo negocio de drogas estupefacientes; de París y Roma el de las estatuas y cuadros. Este último le facilitaba un medio magnífico de disimular ante los honorables esposos las crecidas sumas que le abonaban sus distinguidas amantes.

—Queridito —decía una, entre besuqueos a su marido

"ante Dios y la Ley"— tenemos que comprar la estatua de Apolo, que acaba de traer el coleccionador Valdés.

—¿Estatua? ¡Un monumento en mi casa, como si fuera una plaza pública! ¡No te basta con toda esa galería de cuadros carísimos que te he comprado con el sudor de mi frente! —respondía el católico y legal marido, obeso y poderoso explotador de obreros.

—No seas tacaño y ridículo, casi todas las familias de alta categoría han comprado a Valdés varios bustos o estatuas célebres, que él ha traído del mismo París. No vamos a ser menos.

—Sí, ya sabes que no me gusta que me lleven un pie alante, no es "de buen tono", como dices tú; pero huelo que el tal Apolo es algún patriota extranjero, que se querrá vender caro, y con los del país basta y sobra, y se venden baratos.

—No seas bruto, Apolo, según me explicó Valdés, es el dios de la Poesía, el Sol y la Belleza y su estatua es de mármol de Carrera.

—Entonces será barata...

—Sí, no es cara, diez mil pesos.

—¿Qué dices?

—¿Qué, te parece mucho?

—¿Mucho? ¡Demasiado! ¡Un robo!

—¿Vas a comprar la Poesía, el Sol y la Belleza en persona y te parece caro? Date cuenta que es un dios; no un obrero de esos que te trabajan por una piltrafa.

—No te enfades, querida, como me dijiste que era hecha con mármol a la carrera, pensé que no sería tan cara.

—No seas burro, querido; te dije "mármol de Carrera", que es el más duro que hay.

—Está bien; pero tal vez a mí me la rebaje; a ti como eres mujer, te dará pena regatearle; no a mí, que soy hombre y hombre de negocios.

—Regatear es cuestión de criados. Y ¡qué dirán los entendidos en arte!; que somos unos ricos ignorantes, unos asnos cargados de oro. Y ¡qué dirán mis amigas y

enemigas!, que yo no tengo gusto ni talento para comprar una estatua de Carrera y tienes que hacerlo tú —y hacía un hábil mohín de aflicción.

—Te daré el gusto, amorcito (en verdad los negocios no andan mal), pero con la condición que me des el gusto que tú sabes darme cuando quieres. Empieza por la lengüita, ¡cielo santo!— acababa rendido y con voz de bajo afónico el obeso y poderoso explotador de obreros.

Ella cerraba los ojos, erguía los senos y, cerebralmente lasciva, lo acariciaba y poseía como si fuera Valdés, y Valdés se embolsillaba el dinero, menos por la escultura de Apolo, que por su escultura propia y sus caricias de Apolo vivo.

. . . .

Después de una pausa de mutua observación entre Valdés y Aurora, ésta dijo impaciente:

—¡Recuerde que he matado a un oficial y debo escapar!

—Pero si más peligro corre saliendo que quedándose. Afuera hay vigilancia para rato.

—¡Por favor, comprenda que debo irme, volverán a registrar, me cogerán!

—No, no volverán a registrar. Pero el que no la dejará escapar ahora soy yo.

—¡¿Qué dice usted?!

—No se alarme... no la dejaré escapar si no... me da su nombre y dirección.

Aurora respiró, y pensó: "Un verdadero revolucionario, y perseguido, no debe dar nunca su nombre y dirección verdaderos". En seguida dijo, aunque sintiendo engañar así al que la salvaba:

—Mi nombre es Luisa Ginarte; mi casa: Obispo 17.

—Mi nombre, que no lo sabe aun, Jorge Valdés. Su casa: ésta.

Se estrecharon la mano. Aurora dijo:

—Ahora termine su obra, asómese a la puerta a ver si hay vigilancia todavía.

—Con mil amores —dijo él, caminando hacia la puerta, seguido a distancia por ella, que luchaba con la indecisión de salir o no salir.

Sonó el teléfono y él acudió a atenderlo.

—Sí, chica, estoy bien, ¡gracias! Tengo prisa. "¡Good by!"

—Hay un vigilante en cada esquina —díjole a Aurora después de asomarse.— A la noche la ocultaré en mi auto y pasaré como una exhalación por delante de cualquiera de ellos; no me pararán, porque me conocen. Espere hasta la noche.

Aurora se quedó perpleja. Estaba cogida por esa sensación que debe sentir la mosca cogida por el panal. Salir, soltarse, librarse por fin era todo su empeño. En su cerebro revolucionario, experimentado ya en evadir persecuciones, brotó una idea que le hizo relampaguear los ojos de entusiasmo.

—¡Venga acá! —exclamó, llevando por un brazo al atónito Valdés hacia un espejo.

—¿Qué le pasa? —balbuceó éste.

—¡Nos parecemos!

—Sí... nos parecemos.

—¿No ha caído? —le preguntó mirándolo a los ojos.

—No.

—¿Dónde tiene el auto?

—En la nave de al lado.

—¿Se comunica con la casa?

—Sí.

—Pues bien, usted me presta un traje y su auto y yo me convierto en Jorge Valdés y escapo.

—¡Magnífico! ¿Pero usted maneja?

—Por supuesto.

—Usted es maravillosa y su plan es O. K.; sin embargo temo que se arriesgue sin necesidad.

—La suerte está echada. Pueden volver a registrar la casa; me vieron entrar aquí...

—Usted lo quiere. Venga, le daré el traje.

Ella sonrió agradecida y conmovida. A veces había desconfiado de las intenciones de él.

El teléfono otra vez. Ella lo miró con rabia. El acudió de mala gana.

—¿Quién? ¡Ah! Sí, no me ha sucedido nada. ¡Gracias! No, no. Salgo ahora mismo. Es un apuro. Sí, iré. Sí, ya sé, en el Vedado, en casa de la viuda. No, ¿estás loca? . . . Yo te avisaré. Bueno, hasta luego, tengo prisa . . . Igualmente.

Y colgó.

—Su dichoso teléfono o sus numerosas amistades van a hacer que me cojan —dijo Aurora, y sin pedirle permiso fué hacia el aparato y descolgó el receptor.— ¡Así será mejor! —añadió.

—Usted lo ha hecho. Ahora sígame.

Entraron en el cuarto guardarropía. Parecía una tienda de ropa de hombre. Los trajes "made in London" y "made in New York" y a la medida, anatómicos, de todas las estaciones del año, de todos los colores y tejidos masculinos, y de todos los estilos del arte sastreril, pasaban de doscientos. Los zapatos iban a la zaga, pero por ser pares, parecían más. Departamento de camisas. Departamento de camisetas. Departamento de calzoncillos. Departamento de medias. Departamento de sombreros. Departamento de corbatas. Departamento de pañuelos. Departamento de pijamas. Una verdadera tienda.

Aurora abrió los ojos asombrados. Le asaltó la idea de preguntarle que si su establecimiento se llamaba "La Abundancia" o "La Opulencia". Pensó en los compañeros con los dedos asomados a los zapatos, con un solo pantalón y una sola camisa. En su ropa rota, raída, llena de vendas y parches —como su cuerpo cuando era golpeado por la policía— y lavada por ellos mismos de madrugada en el centro obrero. Pensó en todos los desarrapados y harapososde la tierra y se alegró de haber matado al teniente. Pero calló. Tanto rico derroche puso hielo en su gratitud. "El era un burgués y si la ayudaba algún motivo burgués tendría . . ."

—Este traje le sentará bien —dijo él, extendiéndole un traje de crash claro. Y en seguida le trajo una camisa

de seda color crema, una corbata avellanada, unos zapatos de gamuza y un sombrero de jipijapa.

—¡Completa! —añadió.— Un ensemble de primavera perfecto. Será usted el árbitro de la elegancia. Valdés embellecido. Petronio femenino.

—¡Gracias!—dijo ella, saliendo de sus pensamientos.

—Se las acepto porque a usted le sobran. Ahora vístase. Voy a preparar la máquina.

El le echó gasolina al tanque. Ella se vistió, se buscó un papel e hizo un paquetito de su ropa.

—¡Luce estupenda! —exclamó al verla.

Y era verdad. Aunque con pequeños defectos anatómicos, el traje le sentaba.

—Parece usted una copa de mantecado en un día de calor —agregó él.

—Usted es un galanteador impertinente. No comprende... —dijo ella mecánicamente, pues su pensamiento, excitado aún, recorría en torbellino el teatro de la lucha y la hacía oír como en una pesadilla las detonaciones de su pistola. El caos bullía en su cerebro.

—Soy galanteador únicamente con usted. ¡Con usted me desquito de los galanteos que recibo de las otras! Pero reconozco —añadió notando su angustia—que soy culpable de olvidar su dolor por mi placer. Usted debe ser confortada ahora; no galanteada.

Llegaron donde estaba el auto.

—¡Qué grande! ¡Qué lujoso! ¡Es un palacio con ruedas! —dijo ella con vehemencia.

—Es un Limousín, el último modelo.

—¿Y cómo se lo devuelvo? ¿Y la ropa?

—El traje consérvelo como recuerdo; el auto, dígame dónde lo va a dejar y yo llamo ahora mismo por teléfono al garagista que guarda mi cuña para que mande a un chofer a esperarlo allí.

—Muy bien, en el Parque Finlay.

—Ahora tiene usted que sacarlo con el motor andando para que pueda bajarse rápidamente, cerrar el portón y emprender la marcha sin perder un segundo. Yo no debo cerrar.

—Perfectamente, como último favor, tráigame un tabaco encendido.

—¡Un tabaco! ¿Para usted!

—Para mí . . .

—¿Las comunistas fuman tabacos? Si fueran cigarros . . . ¿Quiere un cigarrillo americano?

—Yo no soy ninguna comunista; yo soy Jorge Valdés.

—¡Ah, sí, no me acordaba! Buena idea, como todas las suyas. En el acto se lo traigo.

Y se fué aprisa para volver a poco con un habano encendido y dos copitas de rico vino o vino de rico.

—Tome esta copita de ánimos —dijo ofreciéndole una.— Con la otra brindo yo porque salga bien en la aventura que va a correr.

—¡Salud! —brindó y bebió ella.

—¡Exito! —brindó y bebió él. Y añadió:— Tome el tabaco. Yo abro y miraré. Antes deme su mano para despedirla.

Cogió la mano y la besó. Ella se estremeció y la retiró.

—¡Hasta pronto y buena suerte, Luisa!

—Hasta pronto, Valdés.

Los dos estaban pálidos y un tremor de emoción los recorría. El se dirigió a abrir el portón con los pasos sin compás del que vacila. Ella arrancó el motor, que empezó a latir como un corazón.

El se asomó con cautela a la calle.

—¡Adelante! —exclamó, accionando con un brazo como un policía de tráfico, y abriendo con el otro.

El auto resbaló hasta afuera y paró en seco. Aurora con el tabaco en la boca, la faz ensombrecida, contraída en un grave y grotesco gesto varonil, salió con aplomo a cerrar el portón.

—¡Exito, Luisa! —dijo adentro una voz estremecida.

—Ella volvió al auto sin responder y sin precipitación, con afirmado continente masculino.

Contados transeuntes andaban por la calle. Los dos vigilantes estaban en sus respectivas esquinas con los ojos clavados en la cuadra. Aurora pisó el carro calle abajo

y, sin soltar de la boca el tabaco que la emborrachaba, saludó con un caballeroso movimiento de mano y cabeza a una mujer que se asomó a la puerta de una casa de enfrente.

El auto llegaba a la esquina. Era el instante decisivo. El policía bajó de la acera y vino en su dirección. Ella pensó: "Tendré que atropellar a este hombre, suceda lo que suceda". Su cara se cubrió de una palidez de cera, sus brazos se pusieron tensos, su pie sobre el acelerador vibraba como un nervio. Pero el vigilante se paró en el contentón de la calle y anticipó una inclinación de servil adulador, exclamando:

—¡Buen viaje, señor Valdés!

Aurora respondió apresurada con un saludo de mano y el tabaco le bailó en la boca, al mismo tiempo que estiraba el pie sobre el acelerador, pasando como una exhalación.

El corazón se le quiso salir a saltos, pero cuando dejó atrás la bocacalle el alma le vino al cuerpo: ¡Estaba salvada! ¡Salvada de veras!

Sintió la violenta sensación de los condenados a muerte que se salvan en el último minuto. Botó el tabaco y respiró profundamente, como un ser que resucita.

Dobló una esquina; otra, otra. Había que perderse. Las calles estaban desiertas. Ni tranvías, ni guaguas, ni automóviles; a excepción de los del gobierno y algún que otro de rompehuelga. Cogió una calle y vió dos cuadras delante un auto volcado y maltrecho por los piquetes de huelguistas y dobló en la esquina inmediata.

La gente del pueblo miraba con ostensible odio su lujoso auto. Los esbirros con ostensible alegría, porque rompía la huelga. Los hubo que se quitaron la gorra a su paso.

Resbalaba por una calle y de pronto de la próxima esquina, a media cuadra de distancia, salió un grupo de hombres bien vestido y revólveres en mano gesticulando para que se parara.

Ella comprendió que no eran obreros y que no debía

detenerse, sino seguir adelante, arrostrando con arrojo y arrollando el nuevo obstáculo.

Aferrada al volante, hundió el acelerador y les echó el auto encima, que pasó como un proyectil, abriendo en dos al aterrado grupo.

—¡Bandido! ¡Esquirol! ¡Perro! —llovió sobre el auto junto con un frenético tiroteo. Aurora se agazapó sin soltar el volante y el acelerador y las balas silbaron sobre su cabeza destrozando al parabrisas.

—¡Salvada otra vez! —se dijo en la próxima cuadra con lágrimas en los ojos. Le parecía que no podría soportar otra prueba.

En realidad, el grupo era de estudiante que, solidarizados con los obreros, andaban atacando a los rompehuelgas. ¡Si ella lo hubiera sabido!

En el Parque Finlay se encontró al que debía entregar la máquina, que era el propio presidente del gremio amarillo de choferes. Se la entregó.

—¡Está fracasando la huelga! —díjole él, con impúdica sonrisa de lacayo.

—Si hubiera más obreros con vergüenza y coraje no fracasaría ésta ni ninguna! —respondió ella, dándole la espalda y alejándose rápidamente, hacia su casa.

El traidor se quedó boquiabierto, atontado. Por otra parte, no le extrañaba verla vestida de hombre, porque las ricachas gustaban de exhibir ese excentricismo y que él hallaba muy simpático; pero se quedó tratando de recordar dónde había visto antes esa cara y oído esa voz.

CAPITULO XIV

—¡Soldado Narváez!

—¡Aquí!

—De orden del Comandante, que se presente.

—¡A la orden! —y siguió al ordenanza a través del campamento hasta la oficina de la Comandancia.

En la puerta un alistado, con medalla de Tirador Distinguido, montaba la guardia. Hasta en sus propias fortalezas los militarotes se encuentran poco fuertes. ¡Bien saben ellos que las tropas se componen de oprimidos!

El centinela se apartó y el ordenanza empujó una hoja del paraván para que pasara Narváez.

Este avanzó enhiesto y rígido como un autómata hasta donde estaba el Comandante y casi no tuvo que cuadrarse porque iba ya casi cuadrado.

El Comandante estaba respantigado en un sillón giratorio detrás de un gran buró. A su lado estaba su Capitán Ayudante tecleteando una flamante Wanderwood.

El Comandante era un hombre delgado, alto, de unos 35 años, de un semblante perennemente adusto y de mirada dura, que lo envejecía.

Uno tiene que reírse o sentir cierta lástima filosófica por estos hombres que pasan por la vida con la cara enfurecida.

—Comandante, el soldado Narváez! —cantó el ordenanza, gastándose la confianza de no cuadrarse.

El oficial clavó las saetas de su mirada en el presentado.

—¿Usted fué el que persiguió a la asesina del teniente Prusalde? —dijo con acritud.

—Sí, señor, mi Comandante —respondió ufano y tímido Narváez.

—¡¿Y por qué la dejó escapar?!

—No la dejé escapar, la perseguía corriendo cuando el

muchacho que está en el hospital se me tiró en los pies gritándole: "¡Huye, Aurora!" y me hizo caer...

—¿Y por qué no le dió un balazo a ese mocoso?

—Lo iba a hacer, mi comandante, pero el recluta Colombié me empujó en ese momento, haciéndome caer de nuevo.

—¿Y por qué no le dió un balazo a ese recluta?

—Por seguir a la asesina...

—¡Un recluta! —bramó el Comandante, enderezándose como un fleje y dando un trompón sobre el buró. —¡Un recluta! ¡Usted, ordenanza, traiga en el acto a ese recluta!

—¡A la orden! —dijo el ordenanza y se fué.

—Bueno —gruñó menos áspero el Comandante— usted siguió tras la asesina, ¿y qué más?...

—Ella había doblado la esquina, pero llegué a verla... o me pareció que...

—¡Alto! En el Ejército no hay "me pareció" ni "yo creí"! ¿La vió o no la vió?

El soldado se estremeció; no sabía cómo salir del paso. Gagueó:

—La vi... la vi meterse en casa del señor Valdés... Golpeé la puerta y no se abrió, llamé refuerzos, vinieron siete policías y entonces abrió el señor Valdés y dijo que no la había visto entrar..., registramos y no apareció... Parece...

—¡¿Vuelve con el parece?! —rugió el Comandante.

El soldado estaba desconcertado. Resolló sin pedir permiso. Continuó:

—Iba... iba a decir, mi Comandante, que se iría por la azotea con una escalera...

—¿Usted vió la escalera?

—No, señor...

—¡¿Entonces?! ¿Se ha vuelto periodista?

—No, señor.

—¡Y vuélvase, que lo mando a fusilar!

—No, señor... digo... sí, señor...

—¡Basta de "no señor" y "sí señor"... ¿Acaso me quiere usted tomar el pelo?

El soldado aturdido iba a apresurarse a decir "No, señor", pero se le paralizó la lengua.

—Usted ultrajó al dueño de la casa.

—Fué la policía... —repuso asustado ante el tono de la pregunta y acordándose de lo que había dicho el subteniente amigo de Valdés sobre la cólera del Comandante y hasta del Coronel, por el registro.

"¡Cómo se va a poner mi mujer cuando lo sepa!"—pensaba por su parte y con atribulado cinismo el temido Comandante.

—¡Recluta Colombié! —cantó el ordenanza.

El coloso entró desplazando una buena porción del aire y la luz que había en la oficina.

—¡Ah, con que es este gran idiota, el que todo lo entiende al revés! —exclamó el Comandante —y le dijo: —¡Responda, dice este alistado que usted lo atropelló para que se escapara la asesina del teniente Pruselde!

El recluta miró a Narváez con una mirada asombrada y tremenda como él.

—¡Es mentira de ése! El pateaba como un potro cerrero al chiquito, que está en el hospital y yo lo empujé para que no siguiera.

—¿Y quién se lo mandó?

—El Bando Militar.

—¿Cuántos Bandos hay? ¿Cuáles son?

—El Militar y el Obrero.

—¡Imbécil! ¡estúpido! ¡pollino!, ¡ese Bando de la banda de bandidos comunistas no es bando sino una hoja asquerosa que pagarán caro esos canallas! Además, ¿por qué dices que el Bando Militar te lo mandó?

—Sí, señor, yo oí leer el Bando Militar y decía que teníamos que defender a los niños de los comunistas, sino seríamos castigados por traición a la patria en peligro.

El Comandante quiso sonreír, pero no sabía, es decir, se le había olvidado y, en vez de sonreír, dijo:

—El Bando Militar decía "niños", niños de verdad, no muchachos mocosos y perdularios; sépalo bien, en buen lenguaje, niños son los chiquitos decentes, vestiditos y educados, que salen a la calle con sus niñeras, insti-

tutrices o mamás. Fíjese —añadió enseñándole un muchachote de unos doce años que venía retratado y alabado en una revista de lujo— eso sí es un niño, es hijo mío.

El recluta se quedó turulato, mirando al grandulón que el Comandante le enseñaba; él no sabía, pues, lo que eran niños —¡claro, si su tormento eran las malditas palabras! Ahora comprendía que sólo eran niños los que tenían niñeras, etcétera, sin tener nada que ver con el tamaño. Pero eso de "institutrices" lo atolondraba; él había oído hablar que las "mujeres malas" eran algo parecido, algo que sonaba a "trices", mas dudaba que fueran institutrices porque ¿qué iban a tener que ver las "mujeres malas" con los "chicos decentes vestiditos y educados"? Si fuera con los "muchachos mocosos y perdularios".

Pudo pensar todo eso porque el Comandante besaba el fotograbado de su hijo y después botó el tabaco casi entero, que se le había apagado, y cogió otro de una caja que tenía sobre el buró y dijo con tono reglamentario:

—Bueno, usted, soldado Narváez, tendrá un mes franco y una mención honorífica en la Memoria del 1º de Mayo de este año. Si hubiera capturado a la asesina, viva o muerta, ahora sería cabo y tendría una medalla de plata.

—Agradecido, mi Comandante —respondió Narváez, entre satisfecho y apenado, mirando de reojo con rencor al recluta.

—Retírese.

—¡A la orden, mi Comandante! —y se fué como vino, enhiesto y rígido como un lacayo de gran hotel.

—Usted, recluta, por burro se ha salvado de un Consejo de Guerra, y por burro va a estar cuarenta y ocho horas seguidas rondando la cuadra vigilada . . .

—De allá vengo —repuso con simpleza Colombié.

—¿De dónde, de la cuadra?

—Sí, señor.

—¿Y qué ha visto?

—Que el potro TNT y la yegua mora están insoportables . . .

El Capitán Ayudante lanzó una ruidosa carcajada. El ordenanza se rió en una escala poco reglamentaria. El Comandante también quiso reirse, pero no pudo acordarse y rugió:

—¡Sal, sal pronto de aquí antes de que te abra la cabeza en dos, ¡asno, yegua mora! —y le tiró el tabaco encendido, sin hacer blanco.

El recluta, asustadísimo, salió reculando tan velozmente que chocó con el centinela de la puerta, arrojándolo contra el teniente "Polvorita", que pasaba por allí.

La gente que no sabe reirse —o que no sabe ya, como cuando eran niños— enseña los dientes como los lobos, tal hizo el Comandante en gesto fiero, y, para quitarse al Ayudante, que no podía aguantarse la risa, le dijo:

—Capitán, vaya en el acto al hospital y haga "cantar" al muchacho ese.

—A la orden, Comandante —y, dejando la máquina y la risa, se fué hacia el hospital.

Allí estaban los manifestantes heridos y capturados el 1º de Mayo: 7 obreros, un estudiante y el chico. Dos obreros y el estudiante heridos graves de bala, y el resto menos grave; aunque el capitán médico había certificado "heridos leves" a los últimos" y "menos graves" a los primeros.

Uno de los graves —el líder comunista Juan Ruiz—, con dos balazos en el vientre, de exprofeso mal asistido (" a la orden"), se quejaba quedamente, con la postrer soberbia de que no lo oyeran los enemigos.

—¡Oh, qué dolor! . . . ¡Me muero! —mascullaba con rostro de sumo sufrimiento.

Pepito, que tenía la cama a su lado, lo confortaba apurado:

—No morirás, Juan; te pondrás bueno y nos tendrán que soltar . . . ¡y nos la pagarán! . . . ¡Ya verás!

Algunos de los heridos rodeaban la cama del compañero moribundo, con rostros sombríos y taciturnos de futuros vengadores.

—¡Se les dijo que no salieran de sus camas ni habla-

rán! —gritó iracundo un cabo enfermero que venía con el Capitán Ayudante.

—¡Si ustedes dejan morir a este compañero, nosotros no lo dejaremos morir solo, aunque nos emplacen las ametralladoras —respondió por todos y con fiereza un obrero herido en un brazo.

—¡Así mismo! —exclamó desafiador Pepito, sentándose resueltamente en la cama.

El cabo se encaró con aquél, diciéndole:

—¡Bah, no venga a echar discurso ni guaperías aquí, que no está en la calle ni ése está tan grave como se hace!

—Dejen eso ahora, el médico está por llegar —terció el Capitán.— Vengo a interrogar al muchacho. Retírense a sus camas mientras le pregunto.

Se retiraron, alerta los ojos y los oídos. El capitán se sentó en una silla de espalda al moribundo y frente al chiquillo. Empezó en voz baja:

—Oye, si dices toda la verdad, te entregaremos a tus papás, que ya han venido a verte y están muy tristes; si no quedarás preso muchos años.

Pepito recordó que otra vez que lo detuvieron un compañero y una compañera lo reclamaron a la policía, haciéndose pasar por sus padres. Así que, después de pensarlo, respondió:

—¿Por qué no los dejaron pasar?

—Hasta que no digas la verdad no podrán verte.

—Yo digo siempre la verdad, para eso soy revolucionario.

—Así me gusta... ¿Cómo te llamas?

—¿Le gusta que sea revolucionario? ¿Es usted un camarada?

—¡No! Me gusta que digas siempre la verdad. Y que cómo te llamas, te dije.

—¡Ah!... Me llamo Pepito Lastre.

—Vamos a ver, tú tumbaste al soldado que iba a coger a Aurora...

—Lo tumbé porque la iba a matar... ¿La cogieron a ella?

—Sí, está presa.

—Suéltenla, que ella no hizo nada.
—¿Tú la conoces?
—Sí...
—¿La conoces bien? Ella se llama Aurora... Aurora qué?, que ya se me olvidó el apellido.
El moribundo se movió, iba a gritarle a Pepito, con los últimos alientos de su vida, que se callara, pero su mirada expresiva se encontró con la mirada inteligente del precoz chiquillo y se lo ordenó con un movimiento negativo de cabeza, donde brillaban aun sus ojos lúgubres de luchador agonizante.
Pepito miró al capitán y volvió a mirar al compañero que se moría y se quedó reflexionando como una persona mayor.
—¡Vamos, contesta, ¿Aurora qué, se llama? —bramó con sordina el oficial, apretándole una manito, después de "cerciorarse" que el moribundo no le hacía señas.
—Pregúnteselo a ella, que yo no sé.
—Pero sabrás dónde vive, ¡dilo! —y lo apretó más fuertemente.
—¡Tampoco sé! ¡Y no me apriete más, abusador!
Los obreros heridos se agitaban como leones prestos a saltar en defensa del cachorro. El cabo, con un termómetro en la mano izquierda y la diestra en el revólver que traía debajo de la blusa de enfermero, los vigilaba de reojo mientras oía el interrogatorio.
—Tú sí sabes, bribonzuelo; tú sabes su apellido y su casa. Dilo, porque te conviene. Te lo mando yo, que soy capitán.
—No sé. Y yo también soy capitán de la Liga de Pioneros.
—¡Tú eres un canallita y tendrás que hablar! —y levantándose colérico, añadió, dirigiéndose al cabo:
—¡A éste no le dé comida hasta que "vomite"! —Y se fué seguido por el subalterno.
Pepito se quedó confuso; luego dijo:
—¡Vomitivo a mí! ¡Ni el Papa!
Los obreros heridos acudieron de nuevo. Pepito saltó de su cama, pegándose a la del moribundo y le confió:

—Juan, yo no le iba a decir nada. Aunque me den vomitivo, no hablaré.

El agonizante, haciendo un supremo esfuerzo, puso una mano en su manito y, como si le hablara a un hombre, le dijo:

—Compañero... la... Revolución...

Fueron sus últimas palabras. Los otros lo movieron. "¡Muerto!", repitieron.

—¡Juan, compañero Juan! —gritó Pepito sacudiéndolo, y se puso a sollozar como si fuera su padre el muerto.

—Vamos, Pepito, los revolucionarios no lloran —dijo uno de los otros, echándole un brazo; pero él y los demás tenían los ojos llenos de lágrimas.

Pepito dejó de llorar, quería ser un verdadero revolucionario.

El cabo y el capitán volvían con el Comandante. Este venía violento, con los ojos sangrientos de ira. Parecía una serpiente caminando enhiesta, erecta, para atacar.

Llegaron al mudo y sombrío grupo hostil de los heridos y el cadáver. Hubo un duelo de miradas fulminantes de odio. Un silencio y una frialdad amenazantes.

—¿Vuelve? ¡Pregúntele a él! —rompió Pepito en tono doloroso, encarándose con el capitán y señalándole el cadáver.

—Ha muerto —dijo el oficial.

—¡No, lo han rematado! —respondió con acento de mandarria un obrero.

—¡El teniente Prusalde valía más que él! —dijo con cólera el Comandante.— ¡Y basta! —Y añadió, girando sobre sus talones y marchándose enfurecido. El capitán y el cabo lo siguieron.

Hasta que desaparecieron los persiguió el haz de miradas de los heridos.

¡Algún día!...

CAPITUO XV

Cuando Aurora llegó a su casa confesó a su tía y a Cristóbal todo lo ocurrido. Se horrorizaron. "El maldito comunismo la había convertido en una asesina". "Tenía que dejar el comunismo".

Tuvieron una discusión que llegó a ser violenta. Ella recogió todo lo suyo para marcharse; pero le suplicaron que se quedara; profesara y practicara las ideas que quiesiera, que se quedara.

—¡Eso nada más faltaba! —decía la vieja llorando— que te abandonáramos en la desgracia, cuando eres perseguida y el pobre Pepito está preso y estropeado! No te quito tus ideas, tú sabes que no me disgustan, pero lo bueno es lo bueno. En un hombre, pasa lo que has hecho, pero en una señorita, casi una niña, es un sacrilegio más que un crimen, ¡matar a un semejante! ¡No puedo decirte nada que no sea por tu propio bien, pues para mí eres como una hija!

Cristóbal se halaba los pelos. Decía:

—Tú sabes cómo te quiero; aunque mates a un millón no permitiré que te vayas. Pero mientras los cabecillas comunistas te empujan al peligro, ellos se esconden.

—No hables lo que no sabes; ellos y yo nos jugamos la vida hoy y nos la seguiremos jugando por lo Revolución todos los días.

Pedro llegó mucho después. Traía la cabeza vendada; había recibido en la refriega un toletazo maestro "Por la libertad de Cuba". Nuevos lamentos de la vieja. Nuevas censuras de Cristóbal. Pedro felicitó a Aurora a espaldas de ellos.

Pasan tres días.

Pedro fué designado Secretario de Organización del Partido y Aurora su auxiliar, con cinco pesos semanales cada uno para sus gastos de manutención. Era lo más y lo menos que se les podía dar: habían bajado las cotizaciones del Partido con el notable aumento de la desocupación.

Como era peligroso que Aurora saliera a la calle, y mejor para las actividades de ambos, se convino que la oficina de dicho departamento se radicara en su propia casa. Para la vieja y Cristóbal era lo preferible, el mal menor. Les dieron un cuarto inmediato a la sala para la oficina. Así empezaron a trabajar juntos gran parte del día y de la noche. Al principio Cristóbal tuvo celos; pero luego se tranquilizó observando la atmósfera exclusivamente camaraderil en que trabajaban su prima y su amigo.

No obstante, cada día crecía la intimidad de ambos. Sentían una profunda alegría en trabajar juntos. Pedro, que Aurora creía un carácter duro adusto, se le manifestó como en realidad era, afable, amable y festivo. Este optimismo temperamental estaba estimulado por la placentera presencia de ella.

Aunque él no era bonito, ni mucho menos de facciones griegas como Valdés, Aurora perdía la noción del físico y lo hallaba cada vez más bello por su modo de ser, pensar y proceder. Y la chispa de su simpatía crecía y se transformaba en llama del amor. Consciente o subconscientemente, ella se le insinuaba. Hay tiernas miradas que hablan como jamás podrá hacerlo la más dulce voz. Pero le extrañaba y dolía la melancólica indiferencia de él. "¿Acaso sería residuo de aquella que mostraba cuando ella era una niña romántica, una equivocada? ¿Acaso no sería aun digna de él? ¿O, acaso, su mismo amor no sería una despreciable debilidad impropia de verdadero bolchevique?"

Mientras ella tecleteaba a diez dedos en la maquinilla, colocada en una mesita ad hoc, lo veía tras el buró, tan cerca, y a la vez tan lejos, absorbido en un mundo de esquemas, estadísticas, tarjeteros, carpetas, artículos, cartas, circulares, prensa, manifiestos, folletos, libros en un mundo de papeles, letras y números que pasaban y repasaban y eran acondicionados por aquella inagotable máquina humana.

Entonces se decía: "Seré como Pedro, una luchadora implacable, abnegada, sin piedad conmigo misma. Una Rosa Luxemburgo, una Clara Zekin. Saldré de esta cri-

sis que me trastorna, resultante quizás de los prejuicios burgueses, enraizados en mí que se resienten y resisten a morir... ¡Me haré digna de él!"...

Cristóbal se había empleado en el gobierno y cuando llegaba a la casa entraba sin hacer ruido y las veces que los encontraba juntos los encontraba trabajando o hablando en una actitud que lo tranquilizaba y hasta alegraba, pues prefería que Aurora estuviera allí, con Pedro, que le había prometido no enamorarla, a que anduviera todo el día fuera de la casa, a menudo entre los "cabecillas comunistas", como él decía.

—¡Hola, los locos siameses! —gritaba irrumpiendo en el cuarto que servía de oficina y les daba palmotadas en las espaldas a ambos.

—¿Quieres ayudarnos? —le decían.

—No soy tan bobo como ustedes... Si los cabecillas me dieran una buena parte del oro que reciben de Moscú y no se quedaran con la parte del león...

—¿Y los cabecillas del ABC no te dan una buena parte del oro que reciben de Roma y Berlín?

—¿Tienes cambio para un billete de mil rublos?

Más o menos así era siempre que se encontraban juntos, como hermanos que se quieren, aunque de ideologías que se odian. A veces Cristóbal entraba haciendo con la mano el saludo fascista y los otros replicaban con el saludo proletario, los puños en alto.

La madre de Cristóbal, tía Lola, como la llamaba Aurora, Pepito y hasta el mismo Pedro, contribuía muy mucho a hacer agradable aquella convivencia. Adoraba a su hijo, amaba a su sobrina, quería a Pepito y le tenía cariño a Pedro. Este trabajaba, comía y dormía allí, contribuyendo a los gastos de la casa como un hijo y siendo atendido como un hijo.

El le procuraba a tía Lola novelas policíacas, que ella devoraba entusiasmada como un chiquillo, hasta tal punto que muchas veces caminaba de una olla a otra leyendo ávidamente estratagemas y mentiras detectivescas, mientras con la mano que le quedaba libre aderezaba la comida. Una vez echó azúcar en la sopa en vez

de sal, otras veces se le olvidaba ésta o echaba doble.

Cuando esto pasaba había risas y bromas para rato en la mesa a la hora de comer, no hallando ella como excusarse. Entonces decía, dirigiéndose a su sobrina.

—Cásate con Cristóbal, hijita; deja esos peligros en que andas y encárgate de la casa y la cocina, que yo me merezco ya el retiro.

—Lo siento, tía Lola, pero Cristóbal y yo nunca ligaríamos como marido y mujer, él tiene una mentalidad, y yo otra; además, yo no seré jamás una mujer de la cocina, la cocina familiar es una cosa anticuada, caduca, que tiende a desaparecer, y yo seré cada vez más una mujer moderna . . .

—¡No se puede hablar de nada— exclamaba Cristóbal—, ni de los astros, que ustedes no saquen a relucir un versículo de su dichoso catecismo rojo!

—Todo lo que ha dicho Aurora es exacto, excepto lo de que nunca ligarían como marido y mujer porque tienen mentalidades distintas, pues ella misma es el mejor ejemplo de que se puede cambiar de mentalidad —decía Pedro.

—No estoy de acuerdo contigo, camarada; hay seres de no importa qué clase, capaces de avanzar, tarde o temprano, al compás del desarrollo histórico de la sociedad, y otros no, como mi muy querido primo, que es y será siempre un cangrejo ideológico . . .

—Cada uno tiene "su" razón —decía el aludido— pero la fuerza es y será siempre la que manda . . .

—¡Corten ya, coman un día juntos sin discutir política! —exclamaba tía Lola.

Y así pasaban los días, de día. Y cuando nuestro hemisferio le daba la espalda al sol y colchones de sombra, como nieve de la noche, caían y caían sobre la ciudad, tía Lola se acostaba, Cristóbal andaba de fiesta de barra en cabaret y de cabaret en barra, con los otros apóstoles de un régimen "puro y de mano fuerte" y Aurora y Pedro quedaban solos y cerca.

El se absorbía en el trabajo con más vigor que por el día y con mejor ritmo, pues no se interrumpía con sus

salidas y con las trativas de los contados compañeros que tenían acceso allí. Pero con esta redoblada aplicación al trabajo se veía que perseguía aislarse, no sentir a Aurora. En estos momentos se mostraba frío, sólo le hablaba lo indispensable, parca y sobriamente.

Ella acababa algunas copias al carbón sobre la veloz y silenciosa maquinita o se ponía a leer, a capacitarse. Con "El Capital" delante se esforzaba en comprender el ajedrez o "fuego ciencia" de la economía política marxista. A veces pedía explicaciones al Capablanca Pedro, en muchas ocasiones sólo con el fin de ponerse junto a él, asediándolo, atacando su frialdad con su cálido aliento y con el roce de su carne tentadora. Hacía café para ambos. O rendida por la "mercancía, valores de uso, valores de cambio, moneda, trabajo, sobretrabajo o plusvalía", dejaba la biblia roja y se acostaba.

Entonces, bocarriba, en la cama, sueltas las exuberantes carnes, henchidas las venas de voluptuosidad, se entregaba a soñar despierta con su felicidad, que era soñar consigo misma. Hermosa, joven, fresca, fuerte, deliciosa, ella misma se saboraba sin saberlo, embriagándose en un éxtasis de ansias y de dicha. Y por sus pupilas enternecidas venía a filtrarse la imagen de Pedro.

Este quedaba tras el buró, impasible como una mole... Al parecer. Por dentro esta mole se iba quebrando.

El, el de carácter acerado, indiferente a todo aquello que no fueran las bregas bravas de la Revolución, sintió asombrado despertársele cada vez más extrañas fibras de su corazón, las sublimes "locas" fibras del amor.

Su conciencia provecta y experimentada conocía de sobra los espasmos genitales de la carne, ora con amantes de ocasión, ya con amantes al destajo. Mas, la larga y deliciosa demencia del amor amor, no, no la conocía de veras. A veces, se había reído de él, del amor. A veces también, en su duro camino de luchador, se había detenido para evocar en el mundo de la fantasía a la mujer deseada, a la compañera ideal.

Eran unos instantes de melancolía, honda apetencia

de ser feliz, fugaz y sublime debilidad en las entrañas del roble humano.

Añoraba entonces tantas oportunidades de amor perdidas por la fiebre de la ruta, por el frenesí fanático de avanzar y avanzar siempre sin saber vivir sobre la marcha la vida.

Sentía la larga orfandad de unos brazos sedeños y cariñosos enroscados en su nuca calcinada. El elixir de unos labios. Las suaves punzadas de dos pechos en flor. Suyos.

Y ahora sentía todo esto, lo encontraba encontrándose a sí mismo. Objetivo, atento al mundo, volvía los ojos a sí, miraba corazón adentro y veía que el yo existía y sufría, corazón adentro, "que en el fondo de todo eso estaba el sexo, bien, el sexo no era sólo el órgano carnal del erotismo, sino un centro natural de egoísmo biológico, de apetencia, necesidad fisiosíquica, de todo el ser, órgano que busca al órgano para dar y recibir la vida".

Se había apasionado de Aurora.

¿Y Cristóbal?

¡Oh, odioso fantasma!

¿Por qué le prometería no quitársela, no enamorarla?

Por amistad. Por gratitud. Porque hay compromisos inevitables. ¡Cosas de la vida! Ahora no podría quedar mal. Le iba en ello su honradez de comunista, la honradez de los comunistas, que tienen también su moral. "Esto o aquello es o no político", he aquí la clave lógica de esa moral. No era político que él enamorara a Aurora.

La resistiría y no se le declararía jamás. Ahogaría una vez más su corazón.

Aunque supiera que no encontraría en su camino otra Aurora, seguiría adelante. Con la cara indolente. Reiría muchas veces. Y cuando le llegara la hora de caer, la muerte lo encontraría de pie, firme, duro, rojo, sin un quejido, sobre la roca de su dolor. En su puesto.

¡Y ayudaría a conquistar una sociedad feliz, una sociedad de felices, con su propia sangre y su propia felicidad!

¡El era un rojo!

CAPITULO XVI

Días de tormenta.

Los recientes choques del 1º de Mayo había enardecido a las masas. Crecía la marea revolucionaria en todo el país. Huelgas y protestas por todas partes.

El hambre, con abonos de opresión, daba sus frutos. Frutos emponzoñados.

El imperialismo yanqui y sus sheriffs nativos querían acabarlos, pero, pésimos agricultores, aumentaban a la par la semilla y el abono, el hambre y la opresión.

La prensa y la radio, bajo su monopolio, servían divinamente esta gran obra de civilización . . .

"El oro de Moscú era el culpable de todo". El que intranquilizaba al país y lo arruinaba. Era el Coco y el Caco.

Había huelgas, desórdenes y protestas contra la restricción de la zafra azucarera y el tratado comercial leonino impuesto por el imperialismo yanqui, por el oro de Moscú.

Los obreros pedían más humano salario y 8 horas de trabajo, por el oro de Moscú.

Los explotados de los feudos azucareros pedían jornal en efectivo, no en víveres podridos, por el oro de Moscú.

Las madres de familia protestaban del alza de los comestibles, por el oro de Moscú.

Por el oro de Moscú los campesinos defendían su pedazo de tierra y sus productos de los geófagos y agiotistas extranjeros y patriotas.

Había miles de desocupados inconformes, inconsecuentes, resistentes a morirse de hambre, por el oro de Moscú.

Hasta por el dicho oro de Moscú los niños de las escuelas públicas se negaban a hacer ejercicios militares si el gobierno no les daba desayuno y material escolar gratis.

Desde los púlpitos se decía que el oro de Moscú era obra del Diablo. Los curas para demostrar al rebaño de sus feligreses que el mismo Dios, que habla latín — lo decía por su santa boca, les aflojaba un (no responso de la corrección gramatical porque yo sí que no sé latín: ¡Orum Moscúm Diablus!)

En fin, el grito de "¡Oro en California!" no agitó y desveló tanto las almas burguesas y yancófilas como el grito policíaco de "¡El oro de Moscú!"

Se afirmaba que los "cabecillas comunistas" lo recibían por toneladas para vivir como sultanes y promover toda clase de desórdenes para derrocar al régimen establecido "por el pueblo soberano" e imponer en Cuba la "sangrienta tiranía Moscovita".

Las clases "vivas" ("vivas", ¡qué bien dicho!), sus sabuesos y los curas y las monjas estaban indignados. Maldecían y rezaban. Y hacían cosas peores.

Aventureros había que intentaban introducirse en el Partido Comunista "para ver si les tocaba algo".

Como la frase patriótica de "Por la libertad de Cuba" y la otra de "Tiros al aire", de la prensa oficiosa, a los tiros que tira la policía para disolver las manifestaciones populares, el "oro de Moscú" se iba tomando a burla por la gente de la calle. Cuando un limosnero extendía su flaca mano, le decían extrañados:

—¿No recibe usted oro de Moscú?

El infeliz abría los ojos estupefacto:

—¡De Moscú, señor, ni falso le dan a uno!

Pero el gobierno se burlaba de estas burlas. Lo que él necesitaba era el pretexto para atacar a fuego y sangre a los verdaderos paladines de la libertad de Cuba y lo tenía magnífico en el oro de Moscú.

Si el terror afuera era grande, en las prisiones no tenía ponderación.

A Pepito lo privaron durante diez días de los alimentos, lo amenazaron sin cesar y lo golpearon a menudo; pero no cedió; no salió de su boca una palabra delatora.

Pasados los cinco primeros días descubrieron que, a pesar de su tremenda vigilancia, los otros heridos le daban a escondidas, de madrugada, de sus alimentos. Entonces se los suspendieron a ellos por cinco días, como castigo, no obstante estar algunos en un estado grave, y a Pepito lo metieron en un calabozo incomunicado, oscuro y mal oliente. Querían rendirlo por hambre y terror.

Pasó dos días allí sin probar bocado ni tomar alimento alguno, pero desde el tercer día, exponiendo la vida, el recluta Colombié le llevaba un litro de leche. Y ¡cómo se la llevaba!: El tenía que fregar y echarles agua con creolina a todas las escupideras del campamento y sus calabozos y como el agua con creolina parece leche y él se podía sólo acercar a la celda de Pepito con el Cabo de Prisiones le pasaba al chico su medio litro de leche reglamentario y otro de otro recluta en una escupidera limpiada por él hasta lo indecible. Fué su primer picardía. Claro que no pudo concebirla él. El quería ir a decirle al Comandante que estaba mal hecho matar de hambre a una persona, aunque no fuera un niño, ya que según él Pepito no lo era. El otro recluta que daba su medio litro de leche suministró la idea y lo forzó casi a que lo hiciera así.

Pepito seguía firme a pesar de la dieta, la soledad y las golpeaduras que más que a diario recibía. A una compañera de treinta y pico de años que el Partido designó para que lo reclamara haciéndose pasar por su mamá, la detuvieron, la maltrataron y le pusieron una soga en el pescuezo como para ahorcarla, delante del pionero, pero lo que éste hizo fué insultar a los verdugos.

No podían con el chico y estaban convencidos de que sabía el apellido y dirección de Aurora.

Una noche, a las doce, lo despertaron bruscamente.

—¡Arriba, cabrón, que vas a morir si no hablas!

Lo arrastraron desnudo hasta un cuarterón semioscuro y de prietas paredes. Lo pusieron contra una de ellas con las manos amarradas a la espalda.

—¡Dices el apellido y dónde vive o serás fusilado en el acto! —le gritó el mismo Comandante.

—¡Yo no sé, Comandante! —exclamó Pepito espantado.

El Comandante le dió una bofetada que lo lanzó al suelo; en seguida lo paró de un tirón y lo empujó de nuevo contra la pared.

—¡Que venga el piquete de fusilamiento y el cura! —ordenó al Capitán Ayudante.

—¡A la orden, Comandante!

Vinieron cuatro soldados con malas caras y sendos fusiles y un cura con la cara hipócrita de todos los curas y el consiguiente crucifijo.

Los cuatro soldados se pusieron en fila a diez pasos y en su lugar descanso frente al chico. El cura se le acercó.

—¡Responde al padre! —le dijo el Comandante.

—Confiésate, hijo mío; dime tus pecados, todo lo malo que has hecho o todo lo malo que sepas. Dios te...

Pepito le escupió en la cara al "padre".

—¡Usted es otro asesino!— le gritó.

—¡Hereje! ¡Que el Cielo te castigue! —exclamó el santo padre, limpiándose el salivazo con una manga y retirándose.

El Comandante se hizo a un lado y gritó al piquete de fusilamiento:

—¡Atención!

Luego se dirigió al pequeño y le dijo:

—¿Hablas o no?

—¡No sé nada!

—¡Apunten!

Apuntaron los cuatro soldados sus cuatro fusiles so-

bre el pionero. Este lloraba y se mordía los labios. El Comandante le dijo enfurecido:

—¡Habla, muchacho de los demonios! ¡No ves que ahora, cuando yo diga ¡fuego! esos soldados te van a matar!

Esta vez Pepito no respondió. No podía responder. El Comandante se viró hacia el piquete de fusilamiento. Va a dar el grito de ¡Fuego!, pero un ruido de donde estaba el niño le hizo volverse de nuevo. Pepito se había desmayado.

—Basta. Llévenlo al hospital —dijo el Comandante y añadió:— Vámosno, Capitán.

Todo había sido horrible comedia. Los rifles estaban cargados con casquillos sin plomos, sólo con pólvora. El cura era el de la capilla de la Ciudad Militar, que se prestó a esa trágica jugarreta como se prestaba a otras cosas . . .

El Partido Comunista se enteró de todo, lo popularizó y llamó a la lucha por la libertad de Pepito y su "mamá". El pueblo se indignó. Los niños de las escuelas fueron los primeros en lanzarse al combate por el camaradita prisionero y torturado. El pueblo se indignó de veras y la dictadura sabía que cuando el pueblo se indignaba de veras había que ceder a toda prisa. Libertó no sólo a Pepito y a su falsa mamá, sino que también a todos los otros heridos el 1º de Mayo.

CAPITULO XVII

Con la vuelta de Pepito se había restablecido la alegría en casa de tía Lola.

Un día tocaron a la puerta y Aurora cometió la imprudencia de ir a abrir ella misma. Grande fué su sorpresa, aunque la disimuló, cuando se encontró frente a un imponente soldado.

—¡Buenas! —dijo el mismo.

—¡Buenas! ¿Qué desea?

—Acaba de entrar aquí un chiquito que se llama Pepito y quiero verlo.

Aurora respiró, aunque no le gustaba la mirada inquisidora, fija en ella, del militar.

—¿Qué hizo? . . . ¿Para qué lo quiere?

—No se apure, es que él es amigo mío. Llámelo.

—Pase y siéntese —dijo ella, y yendo hacia el centro de la sala y sin dejar de mirar de reojo y con recelo al soldado que se sentó de espaldas al interior de la casa, gritó: —¡Pepito, te buscan!

Pepito apareció masticando un pedazo de tocino que le había quitado con zalemas a tía Lola. De pronto se impresionó por el uniforme, mas en seguida exclamó:

—¡Hola, Colombié! —y se lanzó hacia el ex recluta, convertido ya en soldado de línea, y el cual lo levantó en sus brazos de gigante y luego lo sentó en una pierna, diciéndole:

—¿Ya te sientes bien?

—Sí, válgame tu . . .

—¡Ah, él fué . . . ! —dijo Aurora.

—Sí, él fué Auro . . .ra— se le escapó a Pepito.

—¡Aurora! ¡Ya la quería conocer! ¡Usted fué quien mató al teniente Prusalde! —exclamó Colombié con

brusquedad, abandonando a Pepito, que se bajó de su pierna y se colocó junto a Aurora.

—¿Yo? ¡Usted está loco! —dijo Aurora con azoro.

—Usted misma, yo la vi cuando huía perseguida por el soldado que atrapó a Pepito. ¿No es verdad, Pepito?

—¡Ella huía, pero no mató al teniente! —respondió el chiquillo con vehemencia, agresivamente, mirándolo atravesado, como a un enemigo.

—Así es —dijo ella.

—Bueno, no se pongan bravos, usted va conmigo y se lo dice al Comandante y no la perseguirán más —hablaba ahora con toda su insólita candidez.

—¡Me dejarán presa! —dijo Aurora desconcertada. —¡No me creerán! . . .

—¡Qué va, señorita, el Reglamento del Ejército exije que los militares seamos siempre justos! ¡Usted no fué!

Pedro, que venía del cuarto-oficina y se dió cuenta de la situación de Aurora, corrió a su habitación, cogió un revólver y vino hacia la sala dispuesto a que se escapara a todo trance, pasara lo que pasara.

Camauflageada el arma con un periódico, avanzó resuelto.

—¡Soldado, arriba las manos! . . . y lo encañoneó . . . —¡Jesús! ¿tú? —añadió seguidamente, metiendo el arma entre el cinto y abrazando a Colombié, que sorprendido primero y contento después, exclamó correspondiendo al abrazo:

—¡Pedro! . . . ¡Qué de tiempo sin verte!

—¿Amigos? —dijo al fin ella, con la voz quebrada de emoción

—¿Amigos? ¡como de la familia! —repuso Pedro.— Figúrate que fuí hace años a trabajar como albañil en un palacete para su expoliador terrateniente y casi todas las noches y domingos me los pasaba en su choza, que estaba cerca, y todos, grandes y chicos, me querían como a un pariente . . .

—Así mismo —dijo Colombié— pero después de aquella Nochebuena, no has vuelto, y le preguntábamos

a tu familia, en el pueblo, y la razón que nos daba era que estabas acá. . .

—Sí, acá; dejé la albañilería para ser periodista, y dejé de ser periodista para ser comunista, revolucionario profesional.

—¿Tú, comunista? ¿Y recibes oro de Moscú?

Pedro soltó la carcajada. En el acto se acordó del singular defecto de Colombié y se puso apenadamente serio.

—Después que tomemos café, saldremos a dar unas vueltas para que conversemos y enseñarte el oro de Moscú. . .

—¡Pero Pedro —dijo Aurora— si él me iba. . .!

—¡Ah, sí, se me olvidaba ya que eras un soldado y que viniste a prender a mi hermana Aurora. . .

—No, no vine a eso, sino a ver a Pepito. . .

—¡Ah, sí, sí, tu apellido es Colombié. . . ¡Cómo iba yo a imaginarme que fueras tú el "soldado bueno" de que tanto nos hablaba Pepito!

—Yo vine a verlo a él, como te iba diciendo, pero me encontré a esta joven que no sabía que fuera tu hermana, y a la que tengo orden de detener por la muerte del teniente Prusalde.

—Ya le dijimos que yo no fuí —dijo Aurora.

—Sí, ella no fué la culpable; mató al teniente en defensa de la vida de un compañero que valía más que él.

—¡Pedro! —exclamó Aurora. Pepito se quedó boquiabierto.

—No seas boba, que a él se le puede decir, él no te detendrá y te defenderá como si fuera. . . o tú fueras Pepito.

—Pero, chico, ¿qué hago yo ahora? —dijo angustiado Colombié.— El Reglamento del Ejército es muy severo. . . Mi deber. . .

—¡Bah, tu deber como un pobre honrado es amparar a otra pobre honrada que mató, casi en defensa propia, a un bribón. Y tu deber, como amigo mío, es defenderla, porque es una persona a quien quiero.

El gigante asintió como un escolar. A Aurora se le iluminó el rostro de alegría, y dijo:

—Sí, nos vamos a casar.

Habló con tal naturalidad, que el sorprendido Pedro quedó atónito. Pepito abrió tamaños ojos y miró a uno y a otro interrogativamente. Colombié dijo, dirigiéndose a Pedro:

—¿Se van a casar? Creía que me habías dicho que era tu hermana.

—Te lo dije, porque nos queremos tanto que ella me dice hermano y yo le digo hermana . . .

Pepito, perpicaz, sonrió con picardía.

—Si es así, que me caiga una maldición si yo le hago daño.

—¡Dame esa mano! —exclamó Pedro.— ¡Ya sabía yo que tú eras mi amigo y un hombre honrado!

—Yo también he creído siempre que tú eres una persona buena y leída, que sólo dice la verdad.

—Ahora dale la mano a ella.

Aurora lo abrazó y le dijo:

—Usted es bueno como el pan; desde hoy será mi mejor amigo.

El se ruborizó. Pepito le alargó la mano, exclamando:

—¡Más amigos que antes!

—Vamos a la cocina —dijo Pedro,— te presentaré a una tía que vale un millón, tomaremos café y saldremos. Anda diciéndome cómo está la vieja, el viejo y los muchachos.

—Los viejos están todos los días más viejos. Los muchachos ya no lo son. Nicanor, el más chiquito, ya está para el ejército . . .

—¿También se va a meter al ejército?

—El y los otros dos, pues, como dice papá, en el campo se muere uno de hambre y de bruto y en el ejército no se pagan rentas y se despierta uno.

—¡El campo! . . . ¡El ejército! . . .

En esto se abocaron a la cocina y tía Lola, que vió

al soldadote del susto se le cayó de las manos una historieta que leía sobre Al Capone, y gritó:

—¿Qué es esto? ¿Qué pasa aquí?

—Serénese, tía Lola, que le traemos otro sobrino, para presentárselo y que le haga café.

—¡Bienvenido, bienvenido!. . . ¡Menudo sofocón me ha dado!. . .

Hubo una amena conversación entre todos. El café. Colombié y Pedro se fueron juntos a la calle.

Se dirigieron a la casa de un obrero que estaba con su mujer y sus dos hijitas postrados en cama, víctimas del paludismo, pues en el suburbio donde vivían colindaba con unos terrenos pantanosos de las afueras de la ciudad. ¿Pero, en realidad, era una casa, aquéllo? Celdilla sí, de una colmena de trabajadores, cajón de cemento de una cuartería de parias modernos, que en las capitales cierran a las 11 de la noche, y a veces antes, y con rejas y a doble llave como si fuera una penitenciaría. En realidad, el que ha estado preso y castigado le parece que entra en una bartolina cuando entra en una de estas viviendas, que debían llamarse (con perdón de las doctas Academias de la Lengua): muriendas, no viviendas. A todo el edificio, "solar" le dicen en la Habana, no por el sol, que jamás entra allí, sino porque en cada cuartucho "debía" vivir una sola persona. Debía. . .

—¡Salud! —dijo Pedro penetrando en el cajón del obrero.

Este, sentado en el borde de un camastro, la mujer acostada en el mismo y las dos hijitas en una desvensijada colombina.

—¡Salud! —respondieron él y su compañera con voces débiles y medios alarmados.

Pedro le puso una mano en un hombro a Colombié y le dijo, señalando con el índice de la otra:

—¡Mira este cuadro de familia: un matrimonio joven y dos niñitas muriéndose de hambre y enfermedad, de miseria y abandono, sin un trozo de pan, sin una taza de leche, sin un trago de medicina! Mira, ahora aque-

llos libros, son libros comunistas, libros de Marx y Lenin, libros que enseñan cómo se emanciparán los que trabajan, cómo comerán los que hacen la comida y no comen, cómo serán saludables, libres y felices los que son enfermos, esclavos y desgraciados. ¿Los ves? ¿Ves este cuadro de familia? ¿Ves aquellos libros?

El soldado Colombié dijo que sí con la cabeza y miraba perplejo ora a los enfermos, ora a los libros, ya a Pedro. Este continuó:

—¡Pues bien: como este cuadro de familia hay cientos de miles en toda Cuba— en este mismo solar hay varios— y cientos de millones en todo el mundo, y como esos libros hay miles en Cuba y millones en el mundo; y juntos, esos cuadros de miseria y dolor y esos libros de luz y liberación son el "oro de Moscú", de que tanto habla la prensa burguesa! . . . ¿Te asombras? Es la pura verdad, tú sabes que yo he dicho siempre la verdad. ¡El hambre de los pobres y la doctrina comunista es el "oro de Moscú". ¡Oro rojo, como la sangre, que dará la libertad y la felicidad a toda la humanidad explotada y oprimida! . . .

—¡Ya verá el teniente de la compañía, que todos los días nos mete mentiras sobre el oro de Moscú, lo que le voy a decir . . . toda esta enseñanza que tú me has dado! . . .

—A los oficiales y clases, ni loco le digas nada; te castigarían, te formarían un Consejo de Guerra y hasta te matarían; dícelo sólo a los soldados amigos tuyos y buenas personas que tú veas que son incapaces de denunciarte a los jefes. Además, sabrás de mi boca muchas cosas que debes saber.

En el ejército blanco de Cuba hubo desde entonces un soldado rojo más.

Esto está pasando en todos los ejércitos blancos del mundo.

¡Temblad, burgueses!

CAPITULO XVIII

La situación de Pedro con respecto a Aurora se le hacía cada vez más embarazosa.

Forzado a estar junto a ella la mayor parte del tiempo, eludía con visible angustia las diarias insinuaciones de amor de la bella y amable compañera.

Empujada por la violencia de su pasión, que hallaba el camino de su corazón libre de prejuicios, era el proceder de ella un cerco, un verdadero asedio, un sitio en regla sobre una fortaleza naturalmente presta a entregarse en brazos del "enemigo". Un día le decía:

—Pedro, ¿qué opinas tú del amor entre camaradas?

—Que no conviene —respondía él, mintiendo.

—¿Que no conviene? ¿Entonces tú crees que una debe unirse con un mentecato reaccionario.

—Entre la masa no comunista existen millones que no son mentecatos reaccionarios y que serían consortes ideales. Además, a un reaccionario se le hace revolucionario mezclando frases de amor con frases de lucha . . .

—Pero no negarás que dos que sean camaradas, y luchen juntos, serán más felices . . .

—No; toda luchadora necesita de "un hombre pacífico" y todo luchador una "mujercita de su casa", un regazo tranquilo en que descansar, como la cabeza batalladora necesita la muelle almohada . . .

—¡Mientes, adrede!

—Pedro, ¿tú crees que la mujer deba declararse al hombre que ama?

—Que deba, no sé; yo sé que puede . . .

—Contesta categóricamente. Date cuenta que estás dando tu posición frente a la cuestión de la igualdad de la mujer . . . ¿Debe o no debe?

—Poder, derecho y deber son las facetas sociales del triángulo dialéctico: tesis, antítesis y síntesis. —Pedro procuraba huirle al bulto.

—No me vengas con casuísticas de filisteo. Te fal-

ta entereza para contestar llana y claramente . . . ¿Debe o no debe?

—Es que tú has planteado mal la cuestión y quieres que conteste "si debe" o "no debe". Contestaré así: uno debe lo que puede.

—¡Qué bien! Yo puedo freír niños, luego debo freírlos.

—Me rindo, mujer. Sí debe declararse... ¡y allá ella!

—¿Y si el hombre no le corresponde?

—¿Qué se va a hacer? Lo mismo que cuando una mujer no corresponde al amor de un hombre.

—¡Qué vergüenza sufriría una!

—La mismita que sufriría uno. La igualdad, como todos los bienes, os costará sus amarguras . . .

Otra vez Aurora le quitaba la corbata, diciéndole:

—Te la voy a planchar, no me gusta verte con la corbata ajada.

Una noche que lo veía preocupado, meditabundo, le echaba un brazo y le decía:

—Tienes que distraerte más a menudo. Vamos al cine . . .

—No tengo dinero ni ganas.

—Yo tengo dinero. Vamos, hazlo por mí, acompáñame.

—Espera a Cristóbal y ve con él.

—No quiero ir con él, sino contigo.

Y así por el estilo. Y lo peor de todo esto no eran las palabras de Aurora, sino su tono y la cara cariñosa, cariciosa, que ponía.

Pedro tenía que hacer tremendos esfuerzos para resistir. La mole moral del compromiso y amistad con Cristóbal era lo único que lo defendía de ella y de sí mismo, que gravitaba hacia ella. Muchas veces pensaba: "Después de todo, ¿qué razón materialista existe para que yo me sacrifique y la sacrifique a ella por él? Ninguna. Ella no lo quiere, me quiere y la quiero. Y él hasta milita en las filas de la reacción. ¡Al diablo con el comple-

jo moral, con la necia sensiblería! ¡Nos uniremos ella y yo! . . . ¡No, no debo hacerlo! Se ha portado siempre conmigo como un buen hermano y por una mujer —¡cuando hay tantas!—¿le voy a pagar tan mal? Me ayudó cuando llegué a la Habana por primera vez, por él organicé el movimiento revolucionario en el central "Liberty", por mí lo arrojaron de allí, casi por él me salvé, por él, por su consentimiento, funciona en su propia casa el Departamento más importante de nuestro partido. Su madre me trata como si fuera mi madre. No, no es humano ni político que yo le quite a la que ama. La senda en que estoy, exige abnegación; yo la tendré."

Acostumbraba, antes de bañarse, hacer gimnasia en su cuarto con unos pantaloncitos de playa, y una tarde se le apareció Aurora vestida con una trusa, gritándole:

—¡Lo que te tenías escondido, que eras todo un atleta! ¡Qué cuerpo, qué músculos tienes! Pero no debes ser individualista, la gimnasia colectiva es más efectiva... ¿Me enseñas?

Pedro se había quedado paralizado, pasmado. Si Aurora con ropa corriente era fascinadora, con trusa era la tentación carnal en persona. Eva y la serpiente juntas.

—¡Responde!, ¿te has vuelto mudo? . . . ¿me enseñas? —añadió ella con pícara sonrisa.

El se repuso y respondió:

—Eres una loca. ¿No ves que no es propio que vengas a mi cuarto en esa facha, y más cuando yo estoy en ésta?

—Señor extraño, no veo ningún "pecado" en ello, en la playa se anda así, los nudistas andan peor y yo soy una revolucionaria y tú otro.

—Pero tía Lola y Cristóbal no lo son. Ellos no aceptarían tus razones y sí soy un extraño aquí, aunque lo hayan dicho con ironía . . . Compréndelo . . .

—¡Eres maravilloso, siempre tienes razón! . . . Sí, sus prejuicios hallarían muy mal que hiciéramos cultura física en tu cuarto o en el mío, hagámosla en el cuarto que nos sirve de oficina y no dirán ni ¡pío!

—Bueno...

Empezó entonces el más terrible tormento para él. Todas las evoluciones de la gimnasia descubrían y realzaban las bellezas esculturales de Aurora y la gracia felina de sus movimientos. Cuando se acostaba en el suelo, cruzaba los brazos bajo la nuca dejando al descubierto las perturbadoras axilas, de relieve los pechos punzantes —índices y polos magnéticos de la sensualidad femenina —y empezaba a mover rítmicamente las torneadas piernas, y la sonrisa fina y los ojos embrujados fijos en él, él no podía mantenerse en pie mirándola y disimulaba haciendo un ejercicio cualquiera.

Aurora era una muchacha graciosa, simpática e inteligente, pero ahora, a los veintiún años, su más saliente característica era su poderoso sex-appeal, su poderosa atracción sexual.

Un día que empezaron a hacer gimnasia, Pedro sintió que de continuar un minuto más no podría contenerse. Paró en seco.

—No hago más ejercicio—dijo.—Me voy a bañar.

—¡Si no hemos ni empezado; ni has sudado todavía! —exclamó Aurora, comprendiendo...

—Estoy indispuesto...

Ella, con esa perspicacia, que en las mujeres es como un instinto o un sentido, percibía ya que él la amaba con todas sus fibras. Y creyó que una insuperable timidez, rara en él, lo dominaba. "Pues soy una mujer moderna, de vanguardia, me declararé yo."

Como una gata, con un paso suave, silente y rítmico, y los ojos turbios, avanzó hacia él, que, lleno de estupor, la veía acercársele previendo su intención... Llegó, le puso sus manos suaves en sus duros biceps y con una voz dulce y emocionada que le salía del corazón, le dijo, mirándolo en los ojos:

—Pedro, ¡te quiero! No puedo callarlo más: ¡con todo mi ser, te quiero! No importa que sea yo...

—¡Calla! —El quiso coger resuello, fuerza y tino para decidirse... ¿A qué?

—¿No me quieres? —dijo ella con la más suprema angustia.

—No puedo, Aurora, y no puedo explicártelo... ¡Perdóname, por favor! —Hablaba quedo, penosamente, con una voz sin vida.— No puedo...

—¡Qué cruel y falso que una...! —el llanto le quebró la frase y corrió hacia su habitación con los ojos desbordando lágrimas.

—¡Aurora, espera, oye, por favor!...

Fué inútil, no volvió la cabeza y se encerró en su cuarto a llorar inconsolable. Nada podía entonces toda la teoría materialista contra los ayes de su corazón.

Cabizbajo y dolido, Pedro se fué a bañar. Había vencido; pero ¡menguada victoria!, era preferible la derrota: el odio de Cristóbal, el desalojo de la oficina, lo peor del mundo.

Salió del baño. Pasó un buen rato. Se aproximó a la habitación de Aurora. La puerta se hallaba ya abierta y ella no estaba. La buscó por toda la casa. Había desaparecido.

Le preguntó a tía Lola.

—No sé, hijo; ¿no estaba haciendo cabriolas contigo? —respondió la vieja.

Pedro salió a ver si la encontraba.

Aurora vagó sin rumbo hasta cerrada la noche. Fué al Prado, cogió el malecón, volvió al Prado y de nuevo al malecón; quería escapar de sí misma. Bajo las estrellas, junto al muro que contiene al mar, el suicidio empezó a trabajar su mente. Le dolía enormemente el corazón y todo el orgullo de que es capaz el amor propio; le dolía, pues, toda la vida. Simple, humana, sentimental.

Sacó de su cartera papel y lápiz, pues, cortés aún, como casi todos los suicidas, quería despedirse.

"Camaradas:

Le salió del lápiz.

Se fijó en esas cuatro sílabas consonantes como un coro, como una música en cuatro tiempos, como algo igual y distinto y unísono y social.

Ca-ma-ra-das.

Pensó que esas cuatro sílabas eran un consejo de compañeros que le pedía cuenta de su deserción. Pensó que eran obreros en fila, disciplinados, camino de la insurrección. Pensó en las cordilleras de hermanos prisioneros bajo la barbarie del régimen de represión burgués. Pensó en todos "los pobres del mundo" y en los bravos y buenos que luchaban con todos los sacrificios por una sociedad mejor. De amor. Sin dolor.

Y se dijo: "¡Debo vivir! ¿Qué importo yo? ¿Qué importa él? Existen más camaradas y existe oprimida la heroica clase obrera. ¡Viviré y seré estoica, sufrida y abnegada como buena bolchevique"!

Con paso lento y pesado, volvió a la casa.

No quiso, no pudo comer.

Pedro fué a hablarle. Estaban en el cuarto oficina.

—Aurora . . .

—¡Calla! ¡calla tú ahora! ¡No ha pasado nada!

—Escúchame . . .

—¡Me niego a escucharte. Soy una revolucionaria y no necesito satisfacción. Seré tu hermana . . . si quieres; pero de lo pasado no te oiré ni una palabra, ni en pro ni en contra!

Llegó Cristóbal, asomándose a la puerta. No sospechó nada. Dijo:

—¡Hola, locos moscovitas! . . . Me voy a la cama . . .

—Haces bien —dijo Aurora, sonriendo con excelente disimulo.

—¿Ya? —exclamó Pedro.— ¿Y ese milagro?

—Me he jurado triunfar a toda costa . . . Así que ¡adiós! juergas y malas noches . . . y ¡buenas noches!, que empiezo a cumplir mi palabra —y giró sobre sus talones y se marchó a dormir.

Aurora hizo lo mismo, dándole a Pedro un "¡Hasta mañana!" que lo dejó más abatido aún.

En los sucesivos días, ni él ni ella volvieron a tocar la cuestión. Un discreto silencio cubrió la llaga. Se trataban, en presencia de los demás, como antes. A solas, se

trataban con diplomática deferencia y se miraban con ojos inexpresivos. El intentó muchas veces romper el frío glacial que los dividía y estrujarla entre sus brazos, diciéndole todo; pero muchas veces no pudo.

Ella, que antes gozaba a plenos sentidos la alegría de vivir, sentía ahora filtrársele por todos los poros el morbo sutil del pesimismo; un esplín, un terrible aplanamiento invadía lo que era su ardiente y sonriente juventud.

Luchaba con toda las energías que le quedaban contra este surmenage físico y mental. Su fresca juventud era una flor que necesitaba abrirse a las caricias del sol, al cálido viento de la vida.

¡Oh, si pudiera volver a la acción de los sindicatos, al bullicio de las asambleas, al fuego del combate entre las masas! Allí estaría en su elemento, en los brazos emocionales de la Revolución, y se habría curado.

Se acostaba temprano. Como una obsesión, seguía viendo a Pedro. Luchaba contra esta imagen. La boicoteaba. Practicaba el método de la autocrítica en frente único con el de la autosugestión. "No pensaré más en él. Arrancaré de raíz todo el romanticismo y prejuicios burgueses que hay en mí. Yo no debo pensar en él, yo no pensaré más en él, yo no pienso ya en él" Y seguía pensando en él, hasta que se dormía, para soñar con él.

Ni la autocrítica ni la autosugestión, ni Marx ni Marden aliados podían entonces con el filtro del amor metido en su fisiología de veintiún años.

"¿Por qué no me quiere? ¿Por qué no me quiere?" — Se decía a veces. Prendió en su mente una horrible idea: muchos revolucionarios habían sido inutilizados sexualmente y hasta castrados en claro por la tiranía gobernante: "¿No será el pobre Pedro una de esas víctimas? ¡Ojalá que así no sea, aunque no me quiera nunca, aunque siempre me desprecie! ¡Lo amo tanto, no sólo con mi sexo, sino con todo mi ser, con esa fuerza honda que se llama afecto, cariño, amor!"

CAPITULO XIX

Aurora se había empeñado en que "debía curarse del amor". Debía desplazar de sí el cúmulo de energías que la ahogaban. Con una distracción cualquiera. Apeló a los libros, fracasó. Al cine, fracasó. A flirtear con Cristóbal, y fracasó también. "Debía curarse de su mal romántico con un materialismo cualquiera. No sería la salud, pero sería un remedio."

Un día, tranquilamente, se encaminó a casa de Jorge Valdés, el bello ricacho que un día la salvó.

—¡Ingrata, creí ya haberte perdido! —exclamó él al verla.—Recibí tu carta de cumplimiento diciéndome que te habías mudado y sentí no poder contestarla porque no me dabas en ella tu nueva dirección.

—Estaba escondida. Hoy es el segundo día que salgo a la calle.

—Festejémoslo con cocteles... ¿quieres?

—Acepto.

Valdés oprimió un botón y apareció al instante un criado.

Como si estuviera cometiendo un delito de leso compañerismo, Aurora se ruborizó al ver al obrero doméstico.

—Julio, dos cocteles "Pasión" —ordenó el amo. —Y no estoy para nadie. Atienda usted el teléfono.

—Está bien, señor.

Aurora se sentía mal en este ambiente. Se arrepentía de haber venido. Se puso a analizar a Valdés. Cierto, era muy bien parecido. También estaba bien maquillado. Crema, pomada, perfumes, uñas manicuradas, buena ropa, buena vida, realzaban su natural buena presencia.

El posó en ella sus ojos de fascinador de hembras.

—He soñado muchas veces contigo —le dijo.—Nunca otra mujer se hizo dueña así de mi imaginación y de mi corazón . . . Te veía estatua . . . y te veía mía.

—Yo sé que usted es un sultán, una especie de Valentino II y no me extrañan sus palabras.

—¿Quién te ha contado eso?

—Un primo que lo conoce de referencia.

—Es una calumnia . . . por exageración. Cierto que soy solicitado por algunas mujeres; pero no un sultán ni un Valentino.

—¿Solicitado?

—Perdón, es una palabra de mal tono, quise decir que les caigo bien, y como soy un hombre de carne y hueso . . .

—Sí, ya sé . . .

El le cogió una mano y le dijo con efusión:

—Pero te juro que a ti sí te amo, con toda el alma.

—Vamos, señor Valdés —dijo Aurora retirándole la mano— no vine para que me enamorara: vine porque tengo sentimientos y no olvido lo que hizo por mí...

—¿Tienes sentimientos y me tratas aún de "señor Valdés" y de "usted", como si yo fuera un jefe de policía o un "enemigo"?

—Es que usted . . . tú, si quieres, coges las cosas demasiado aprisa, ¡hábito de tenorio! Esta es la segunda vez que nos vemos. Además, su . . . tu vida es una y la mía otra, de rico y con los ricos la tuya, de comunista y con los pobres, la mía . . .

—¿No has leído tú historias de ricos y pobres . . . ?

—¡Sí, sí, no sigas, ya sé: la vieja historia de la Cenicienta y el Príncipe Azul, el cuento mendaz de los literatos feudales para entretener la creciente rebeldía de los ciervos y ofrecer pobres y engatuzadas doncellas a la lujuria cerval de sus señores. La Cenicienta y el Príncipe Azul son tretas de los celestinos de la literatura feudal para dorar el oprobioso derecho de pernada! ¡Los celestinas de la literatura burguesa han vestido al Príncipe Azul con chaleco de magnate, de capitán de industria, y a la

Cenicienta con el humilde traje sastre de la modesta mecanógrafa. Ya ves que me sé de memoria todos esos cuentos de eunucos!...

Aurora se había excitado. No pudo sustraerse a su conciencia revolucionaria.

Valdés se quedó mirándola admirado y sonriente. Se dió cuenta que no podía conquistarla así como así.

—No discutamos. Tú tienes razón. Por ahora, si no puedo tener tu amor, me conformo con tu amistad. Me conocerás mejor, como soy en el fondo (¡que yo también fuí pobre!) y no como aparento con este aparato de nabah caprichoso.

—¡Así se habla! Seamos buenos amigos.

Desde entonces Aurora lo visitó varias veces. De veras, Valdés estaba enamorado de ella, y cada vez más. Acostumbrado a ser conquistado, suplicado, por las más hermosas y cuidadas mujeres, no se explicaba la sugestión que sobre él ejercía la bella y altiva comunista.

Muñeco bonito relleno de paja, como casi todos los muñecos, ella no podía quererlo. Lo visitaba para olvidar a Pedro; pero se lo recordaba vivamente por contraste.

A Pedro, por su parte, empezaron a intrigarle sus extrañas salidas. Ella no quería que la acompañara ni Pepito, y el Partido había recomendado que saliera lo menos posible sola. Un día le preguntó:

—¿Dónde vas?

—¿Hay algún trabajo que hacer? —repuso ella.

—No... No es por eso.

—Quiero salir sola; aunque me atrape la policía...

—No puedes seguir haciéndolo...

—Puedo disponer de mis cuestiones particulares... El Partido no me lo impedirá.

—Lo hacemos por ti.

—Tengo prisa. ¡Hasta la vuelta!

Pedro la siguió a distancia, sin que ella se diera cuenta. La vió entrar en casa de Valdés. Sabía lo que había hecho por ella; pero conocía también su mala fama. Esperó en la esquina largo rato. Aurora no salía. Llegó

hasta la casa, levantó el gancho de la puerta y entró. La sala estaba desierta y de la pieza inmediata, un recibidor íntimo, salían rumores de voces. Miró a través de la cortina y vió a Valdés y Aurora sorbiendo bebidas y en animada charla. No pudo contenerse, franqueó la cortina y apareció ante ellos.

—¡Qué significa esto? —le dijo Valdés indignado.

—¡Pedro! . . . ¿tú? —exclamó Aurora.

—¡Ah!, ¿es éste tu primo? . . .

—No . . . un compañero.

Pedro no había dicho una palabra. Permanecía de pie, la cabeza alta, los brazos cruzados. Al fin, habló, dirigiéndose a Aurora.

—Camarada, acompáñame.

—Hablas como si fueras un policía, mi guardián . . . —dijo ella indecisa.

—Acompáñame —su tono era persuasivo, aunque enérgico.

—¡Me niego! —dijo resuelta.

Hubo una pausa. Pedro los miraba con fijeza desafiadora. Valdés oprimió un botón y a poco apareció un criado. El amo le mandó:

—Julio, ponga en la puerta a ese señor; ¡y ciérrela!

El criado miró a Pedro y respondió vivamente a Valdés:

—¡Imposible, ése es de los míos, somos comunistas los dos!

Valdés abrió rápidamente una gavetica de la mesa de las bebidas y sacó una pistola.

—¡Los dos a la calle, pues! —gritó, apuntando a Pedro, que no se movió.

Aurora saltó junto a éste, cubriéndolo con su cuerpo.

—¡Nos iremos los tres! —exclamó.

Valdés dejó caer los brazos.

—Perdonen —dijo.— No soy de los vuestros y se me ha ido el licor a la cabeza. Quédate, Julio, eres mi "valet" de confianza . . . mientras no me meta con tus camaradas. Y tú, Luisa, que seas feliz te deseo . . . Y si al-

gún día te decides a dejar la vida azarosa que llevas me hallarás dispuesto a casarme contigo . . .

—Discúlpame —dijo ella— toda mi sangre está con los míos. ¡Adiós!

—¡Hasta la vista, compañero!—dijo Pedro al criado.

Después, él y Aurora marcharon por la calle largo trecho sin decirse una palabra. Ella se enjugó los ojos con un pañuelo.

—¿Lloras? —dijo él.— ¿Por qué?

—Soy una de tantas; no soy una revolucionaria.

—No seas tonta, ser revolucionario es una continua batalla consigo mismo, con derrotas y victorias. Al final te has portado muy bien; estoy orgulloso de ti.

—Al principio no hice nada malo . . .

—Lo sé; pero así se empieza, con licores y aromas. Y tú trabajas en un departamento del Partido de mucha responsabilidad y él es algo menos que un bribón, aunque te salvara de la policía . . . tal vez a un compañero, por ser macho, lo hubiera entregado. Y eso de casarse contigo muy bien puede ser un camelo, su estribillo . . .

Ella lo cogió de gancho y le dijo tímida y mimosa:

—Lo hacía para olvidarte. Para olvidar tu desprecio . . . ¿Por qué no me quieres, Pedro? Y, si de veras no me quieres ¿por que me seguiste y peleaste con tanto "celo"? ¡Confiesa que sí me quieres!, lo leo en tus ojos, o dime, como a una buena hermana, qué cosa te impide quererme . . .

—Mañana —prometió él.

—¿Mañana me dirás que sí me quieres?

—Mañana . . .

—¿Qué me dirás mañana? ¡Habla! —ella se le pegaba al cuerpo.

—Lo que te diga, te lo diré mañana . . .

—No podré dormir esta noche . . .

—Ni yo tampoco . . .

—¿Y eso es marxismo?

—Sí, porque es la vida.

CAPITULO XX

Al día siguiente, Pedro y Aurora tuvieron un doloroso despertar. Vino bien de mañana a verlos Julián, Secretario General del Partido.

Era Julián de unos 30 años. Ni alto ni bajo, ni grueso ni delgado. Simétrico de dimensiones y simétrico de carácter. Su paso, seguro, firme, equilibrado, insinuaba su personalidad serena, entera y monolítica. Su ritmo al andar era de gran self-control sobre sí mismo. Así era al hablar. Así al pensar. Como se camina se es. El estilo es el hombre.

Con ese su tranquilo aplomo Julián dijo:

—Han caído todas las direcciones del interior. Hay cientos de compañeros arrestados en todo el país, y a muchos se les tortura para que hablen.

Para cualquiera otros esto sería el anuncio de una gran desgracia, de un rudo descalabro para el Partido. pero nada más. Para Pedro y Aurora tenía un terrible significado: eran ellos dos los únicos poseedores y guardianes de esas direcciones. Por eso el camarada dijo lo que dijo y se quedó como esperando una respuesta de ambos y los cuales se miraron perplejos.

—¡Imposible, las direcciones están a buen seguro! — casi le gritó Pedro.

—Nuestra célula del Estado Mayor nos dió ese informe. Dice que no pudieron hacer nada porque el propio Coronel, anoche, dirigió la radiotelegrafía a los cuarteles del interior de las direcciones e instrucciones.

Aurora y Pedro se quedaron desconcertados. Estaban en la sala, de pie los tres. Pedro tomó una resolución.

—¡Vengan! —dijo.

Aurora y Julián lo siguieron hasta el cuarto oficina.

El cogió una silla, la colocó debajo de una lámpara eléctrica trifocal, se subió en el asiento y quitó un bombillo, sacando del fondo del zócalo un papel finísimo cuidadosamente doblado en siete partes. Parecía un papel blanco salpicado de hormigas negras.

Aurora le dió una lupa de gran tamaño, que extrajo de una gaveta del buró, y sobre esto él desdobló el papel, mirándolo los tres a través del cristal de aumento, que reveló una clara y aun diminuta escritura: eran las direcciones.

Parecía una obra de espías. Era una obra de revolucionarios que saben lo que es la "libertad de organización", bajo la democracia burguesa.

—¡Aquí están! A menos que hayan sido copiadas... y lo dudo... ¿Y por quién? —dijo Pedro.

—¿Tu primo sabía dónde estaban? —preguntó Julián a Aurora.

—No lo sabía. Nos quiere. Y, a pesar de sus ideas, es un hombre —respondió ella interiormente lastimada.

—Barba Azul también —recalcó Julián.

—Sólo nosotros dos lo sabíamos. Además, ya nos la sabíamos casi todas de memoria, sacándola, pues, raras veces, y siemphe con muchas precauciones —dijo Pedro.

—Creo que uno de ustedes ha cometido una imprudencia en presencia de algún canalla... Ahora bien, reuniremos al Buró Político esta noche y él resolverá en consecuencia. Será a las 8 en punto, en la casa. Que vaya Aurora también.

Pedro le dijo:

—Haré una circular a todo el Partido, comunicándole que se castigará severamente a los culpables y que manden nuevas direcciones. La enviaré a través de la Liga Juvenil.

—Está bien, hazla. Yo voy en seguida al CD para que movilicen el mayor número de teléfonos y telegramas exigiendo al gobierno que cesen las torturas.

Se fué. Aurora y Pedro se quedaron largo rato espe-

rando que uno de los dos dijera algo del grave problema. Al fin habló ella:

—¿Tú crees que él haya sido capaz?...

Pedro no respondió. Meditaba. Ella añadió:

—Cuando venga, sólo con mirarlo lo sabré...

—El... capaz... ¿Quién si no? Estaba muy extraño en estos últimos días... Auque siempre fué mi amigo. Eres su prima y te amó siempre. Tenía que ver que nos hería. ¡Pero un revolucionario no debe confiar de nadie!

—Entonces dudarás hasta de mí, por lo de ayer —dijo Aurora presa de la mayor angustia.

—Ya te dijo que "lo de ayer" fué una prueba tuya de buena bolchevique.

—Perdona. Hagamos pronto la circular. Díctala.

Y las diez uñas de sus manos empezaron a relampaguear sobre el teclado de la maquinilla, mientras Pedro dictaba.

Cristóbal no fué a almorzar. Esto era sintomático.

Los periódicos de mediodía traían la relación de los detenidos, aunque no la de los torturados. Los cintillos gritaban:

"Doscientos rojos arrestados en todo el país."

"El gobierno asesta un golpe de gracia a los rojos."

El último balazo con que se remata a un fusilado, o asesinado, le llaman "tiro de gracia". Un "golpe de gracia" debe ser un golpe de acabar. Es una frase feliz para los periodicantes vendidos a la Dictadura y al Imperialismo, puesto que expresa la "desgracia" de los revolucionarios y la "gracia" que a ellos les hace. No obstante, es una frase inexacta. Perdonad, ilustres publicistas que tanto la usáis; perdonad, ilustres magnavoces del Imperialismo y de los explotadores nativos: la frase es inexacta. Prender a un revolucionario y tor-

cerle los testículos hasta reventárselos para que delate a sus camaradas, no es "asestarle un golpe de gracia", aunque sea una "graciosa" manera de obligarlo a usar la "libertad de palabra", preconizda por la Constitución.

Cuando los periódicos prohijados o cobijados por la Dictadura y Embajada Americana cantaban esa derrota de los comunistas, hacía ya diez horas que tres de ellos, de la ciudad de Matanzas, habían sido traídos a la Capital, internados en el tétrico Castillo de Atarés y torturados horriblemente para que dijeran qué "centros rojos" de la Habana recibían las instrucciones y el oro de Moscú.

Era en un calabozo de la Edad Media con luces de la Edad Moderna. Desnudos, argollados sobre un potro de tormento en forma de cruz, con dos médicos militares a la cabecera—y que medían sus sufrimientos y sus desmayos—, con un sargento borracho de torturador y todo un señor Comandante dirigiendo la operación, los tres empezaron, desde las siete de la mañana, a sufrir toltor por turno.

El primero fué el más viejo, un obrero de unos 38 años. Aguantó dos horas de toltor. Sólo pudieron arrancarle a su boca interjecciones de dolor y cólera, dos desmayos y los testículos destrozados.

Lo tiraron y empezaron con otro, un obrero de unos 25 años. Durante tres horas se ensañaron con él, se desmayo tres veces, hicieron sangriento guiñapo de sus órganos sexuales; pero no pudieron arrancarle ni un quejido.

Quedaba el menor, un joven de unos 18 años, que amordazado y atado a la pared, se revolvió furibundo durante el suplicio de sus dos compañeros.

El Comandante miró el reloj.

—Son las doce —dijo.— Vamos a almorzar. Dejemos a ese torito para la una, que entonces estaremos alimentados y descansados. . .

La manada de verdugos rió la gracia y miró terriblemente al muchacho.

El quedó con los ojos clavados en el reloj de pared.

"¡A la una!" ¡60 miserables minutos que el minutero implacable iba contando!

Miró con envidia a los dos compañeros torturados, que tirados en el suelo se quejaban y desangraban.

"¡Oh, madre mía, para qué me hiciste!" —musitó.

El, que no creía en Dios, invocó a un dios. Al dios de los terremotos, para que se tragara la tierra y aquel maldito castillo. Pero le pasó lo que pasa siempre con Dios, llámese Júpiter, Jehová, Alá, el Santísimo o Plutón: que ese dios no respondió.

Y el reloj dió la una.

La una dió el reloj. El comandante y su cuadrilla fueron puntuales como buenos militares. Aquél entró el primero, panzudo y arrogante, con un palillo en la boca y un tabaco en la garra derecha.

—¡Manos a la obra! —dijo . . . ¿Dijo?, aulló.

Y empezaron de nuevo la función, ¡oh, civilización!

¡Pero aquel niño era hombre! Las lágrimas le corrían a la vez que la sangre de los testículos, pero permanecía callado, hermético como un héroe.

—¡Habla, bandido!, ¿dónde viven los que les daban las órdenes y el oro de Muscú? —rugía el Comandante.

—¡Aprieta, aprieta más! —le gritaba al verdugo.

La víctima se desmayó.

—¡Dale en seguida el reactivo! —le dijo a uno de los médicos, que tenía un frasco en una mano.

En el Castillo de Atarés, vetusta fortaleza colonial, bajo la tiranía de Machado había tropas "escogidas" y fueron torturados y asesinados infinidad de luchadores, entre ellos los líderes obreros Alfredo López y Margarito Iglesias, el líder estudiantil Félix Alpízar y el sargento Hernández, del Ejército. Bajo el nuevo gobierno, que cada gesto lo rubricaba con un "Por la libertad de Cuba", los alistados eran también "escogidos". No obstante —como castigo, "por idiota" —el mando de Columbia había trasladado para el castillo al soldado Colombié.

Este, en continuo contacto con Pedro y Aurora y con

camaradas soldados, era ya un comunista acabado, aunque no se acababa de curar de su defecto de entender las cosas en su más literal sentido.

—Oye, "Grandazo por Gusto", no vayas al sótano, que el Comandante le está apretando los tornillos a tres comunistas —le aconsejó otro soldado.

—¿Qué tornillos?

—¡¿Qué tornillos van a ser?! ¡Los güebos!

—¡Mentira, el Comandante no puede hacer eso! —bramó con tamaños ojos el gigante.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡Y lo está haciendo! Y te conviene callar... —dijo el otro y se alejó rápidamente.

Colombié se quedó alelado, con una cara de estúpido. De pronto su faz se iluminó con una alegría de loco. Corrió a su barraca, cogió de un estante dos libritos y, siempre corriendo, se dirigió al sótano.

—¡"Grandazo por Gusto"! ¿y ese zafarrancho? —le gritaban los soldados; pero él seguía su carrera...

Llegó a abajo en los momentos en que el Comandante le decía a la víctima:

—¡Si no hablas, no serás más hombre, te castraremos! Y supongo que tendrás novia...

En los ojos del joven brilló el espanto. Pero no respondió. Lloraba.

—¡Coge el bisturí! —ordenó el Comandante al otro de los médicos, que no tenía frasco.

El mismo obedeció y, cuchilla en alto, se colocó junto a los muslos de la víctima.

—¡¿Hablarás o no?! —volvió a decir el comandante.

El muchacho dijo que no con la cabeza.

—¡Corta! —rugió aquél.

—¡Alto! ¡Alto! —gritó llegando Colombié.

Los verdugos se miraron unos a otros.

—¡¿Qué pasa?! —le dijo el Comandante, mirando intrigado los libritos que traía en cada mano.

—¡Ustedes no pueden hacer esa atrocidad: torturar a un ciudadano! ¡Vean, lean, la Constitución y el Re-

glamento no los autorizan! —y mostró al Comandante los dos libritos.

—¡A uno no, pero a tres sí, imbécil! ¡Toma Constitución! —bramó el comandante y a boca de jarro le dió un tiro en plena cara.

Instintivamente Colombié, dejando caer el librito de la Constitución, llevó las manos a su revólver. Pero ya era tarde, se tambaleaba para caer...

—¡¡Toma, Reglamento!! —Y recibió otro balazo en el corazón.

Cayó para siempre el gran ingenuo. Aprendió demasiado tarde la gran falacia de las palabras y los libritos. Pero por el gesto que le costó la vida, el estoico camarada de 18 años no fué capado. ¡Al morir, detuvo la cuchilla que iba a extirpar a un hombre, con la horrible paradoja de dejarlo vivo: **¡joven, amando y castrado!**

¡Colombié, campesino ingenuo, soldado bueno, tu muerte de inocente no fué en vano!

CAPITULO XXI

Cristóbal no fué tampoco a comer.

Tía Lola plañía, sirviendo la mesa:

—¡Aurora... Pedro, a mi pobre hijo le ha pasado alguna desgracia. ¡Coman y vayan a averiguar!

Aurora no comía y se le saltaron las lágrimas. Dijo:

—¡Ojalá que no, Pedro!

—¿Que no qué, hija? —preguntó lagrimeando la vieja.

—Que... no le haya sucedido nada, tía.

—¿Y por qué lloras? ¡Ah, es que lo quieres! Sí, quiérelo siempre, hijita, como lo quiero yo, que él es bueno como el pan.

—¡No sé qué le va a pasar —dijo Pepito— si él es del gobierno! A compañeros nuestros sí que han aprehendido como a mil. Y torturados...

Pedro y Aurora le toparon por debajo de la mesa con los pies, haciéndole señas de que se callara. Aunque no comprendía, el chico calló.

—¿Torturados? ¡Pobrecitos! ¡Cuídense, hijos míos, de que los prendan a ustedes!

Aurora y Pedro no podían comer y se levantaron de la mesa.

—¡Si no han probado bocado! —exclamó tía Lola. —¿Está mala la comida?

—No, tía, es que vamos a saber de Cristóbal ahora mismo —dijo Aurora.

—¡Qué buenos sois! Les guardaré la comida.

Sin poder decir palabra y los ojos húmedos, Pedro y Aurora entraron en el cuarto oficina.

El hizo un esfuerzo y habló con voz enronquecida aun por la emoción:

—Recojamos todos los papeles del Departamento y llevémoslo al Secretariado.

—¿Qué vas a hacer?

—Merecemos la separación del Partido y como tenemos que ir a la reunión del Buró Político que lo determinará, ahorremos camino. Además, de cualquier manera, la oficina no debe estar aquí ni un día más.

—Tienes razón.

Y en puntillas de pie, para que tía Lola no los viera, salieron con dos sendos paquetes de los documentos y efectos de escritorio.

A las siete y media llegaron a la casa del Secretariado. Dan las ocho y va a comenzar la sesión del Buró Político.

Entre miembros e invitados hay en total nueve camaradas. Nueve fisonomías de forjadores, bajo la sangre y el fuego, de una nueva era para la Humanidad. Ni en su anatomía ni en indumentaria se nota que reciban y disfruten esas toneladas de oro de Moscú de que habla la reacción: traen una ropa cualquiera y las carnes flacas, algunos tienen el físico de tuberculosos de primer grado. Aurora y Pedro eran los más saludables. "¡Bah, es que esos agitadores se disfrazan de mendigos! Y esa hermosa doncella es la víctima de turno de su lúbrico aquelarre rojo"! dirán los bien enterados reaccionarios.

Están sentados alrededor de una mesa con un servicio corriente de nueve cubiertos y fuentes y platos con residuos de comida. Fingían perfectamente un grupo de pobres e inocentes comensales. Bajo ese simulacro de comida, pues, iba a comenzar la junta. Pedro y Aurora quedaban sentados uno frente al otro.

—Compañeros, empecemos ya —dijo Julián.

—Propongo a Herrera para presidir —dijo otro.

Herrera fué electo.

Era Herrera un hombre de 19 años. Dirigente de la Liga Juvenil Comunista, precoz personalidad de la juventud revolucionaria. Inteligente, de carácter y gran fa-

cilidad de palabra, sería un prócer del Porvenir; si no caía. Dijo:

—Queda abierta la sesión. Los compañeros conocen ya el motivo de esta junta urgente. Informará Julián.

—Camaradas —empezó diciendo éste,— por primera vez en largos años de lucha y clandestinaje han caído nuestras direcciones del interior. Los compañeros Piedra y Amelia, responsables de Organización, eran los únicos poseedores de las mismas. Ellos las tenían escondidas en el zócalo de un bombillo eléctrico. Por nuestra célula del Estado Mayor del Ejército —que desde el primer momento nos informó del descalabro— hemos sabido posteriormente que quien entregó al gobierno las direcciones fué un sujeto, cuyas señas todas convienen con las de Cristóbal, primo de Amelia y dueño de la casa donde estaba el Departamento. No obstante que se portara bien cuando quisieron asesinar a Piedra en el central "Liberty"

Al llegar aquí el informante, los ojos de todos se dirigieron a Aurora y Pedro, que ya habían sido enterados de esto y permanecían impasibles, muerta la mirada, agobiados por indecible pesadumbre. Tensa las facciones, las manos crispadas sobre su cartera, ella hacía esfuerzos por no llorar.

Siempre con su acompasado y pesado modo, Julián continuó:

—Talla alta, pelo muy negro y lacio, una cicatriz sobre la ceja derecha, corbata verde, pantalón de franela a rayas y saco punto azul, son las señas; las mismas de Cristóbal. La mayoría de ustedes lo conocen; además, esa es la ropa que trae, según Piedra y Amelia. Por otra parte, éstos me informaron que él salió muy de mañana para su empleo en la Secretaría de Hacienda y no ha vuelto ni a almorzar ni a comer, cosa que no acostumbra. Dicha célula del Estado Mayor informó también que el delator recibió hoy mil pesos por las direcciones y la promesa de un alto empleo en el gobierno y que al apremiarlo el Coronel para que dijera cómo las había conseguido, explicó que se las había dado un comunista,

a quien tenía que dar participación en las "ganancias", sin descubrir su identidad. Siendo Cristóbal, es claro que esto último fué un postrer escrúpulo suyo para poner a cubierto a Amelia y a Piedra de las garras del Coronel. A estos dos compañeros los sigo considerando como de los mejores, pero culpables de una incalificable imprudencia o descuido conspirativo, y más cuando conocían la mentalidad reaccionaria y más que reaccionaria, mercantilizada del tal Cristóbal.

Los resultados de todo esto ustedes los saben: más de doscientos camaradas presos, golpeados y torturados en todo el país; uno de ellos, el soldado Colombié, asesinado en Atarés por protestar del toltor de varios; otros doscientos escondidos o huyendo; un desconcierto general en toda la base del Partido, un brusco descenso de la campaña contra el Tratado Comercial, la restricción azucarera y el empréstito impuesto al pueblo por el imperialismo y sus lacayos nacionales, en fin, un rudo golpe, aunque pasajero, de las fuerzas de la reacción al movimiento revolucionario.

No obstante, hemos podido paralizar la tortura de compañeros con miles llamadas telefónicas y telegramas al Jefe del Ejército y al Presidente. Bien de mañana cursamos la directiva urgente de que cada comunista hiciera en el día por lo menos cinco llamadas telefónicas y le pidiera a cada simpatizante, familiar y amigo que hiciera por lo menos una; y que cada organización pasara un telegrama. Esta directiva fué cumplida. Cesaron las torturas.

Piedra hizo una circular pidiendo nuevas direcciones y diciendo que serán castigados severamente los culpables de la caída de las otras. Y como estimo que ello es nuestro justo deber: castigar severamente a los culpables, concluyo proponiendo la pena de muerte para el delator Cristóbal y para Piedra y Amelia la separación del Partido por tiempo indefinido. Para éstos será una dolorosa resolución, pero así, doloroso es el camino de la Revolución."

Amelia, que escuchaba con los codos en la mesa y las sienes entre las manos, levantó la cabeza y miró con ojos de sonámbula a Julián, cuando propuso, como si pidiera un vaso de agua, la pena de muerte para su primo y cuando terminó, dos lágrimas rodaron por sus mejillas, volviendo a la posición anterior.

Pedro ni pestañó.

Hablaron después distintos compañeros y apoyaron las proposiciones de Julián. Uno recalcó que la muerte de Cristóbal era justa y urgente para que no continuara su espionaje y delaciones, —ya que conocía a muchos compañeros y hasta algunos puntos de contacto— y para que sirviera de escarmiento; y que, aunque era evidente la inculpabilidad de Pedro y Aurora, su castigo sería una lección a todos los camaradas para que supieran guardar los secretos conspirativos.

No tenían más que decir. El que presidía, Herrera, preguntó a Pedro y Aurora si tenían algo que exponer.

El dijo que "Nada". Ella que no, con la cabeza. Ambos estaban tan atribulados que no podían hablar. ¿Y qué iban a decir?

—Compañeros —dijo Herrera—, se ha agotado la discusión. Pasemos a la votación de las dos únicas proposiciones que hay: una, la eliminación del delator; la otra, la separación por tiempo indefinido de Piedra y Amelia. Los compañeros que estén de acuerdo con que se le dé muerte al delator que lo manifiesten levantando el brazo. . .

Aurora, bruscamente, se irguió en la silla. Parecía salir de una pesadilla o entrar en ella. Recorrió con ojos sobresaltados todas aquellas figuras severas que levantaban los brazos en ademán solemne. Su mirada se detuvo en Pedro. Este, grave, transfigurado, como jamás lo viera, levantaba lentamente su mano crispada. Ella no pudo resistir a la sugestión del gesto. Levantó su mano. Votó por la muerte de su primo.

Por el tétrico rostro de Pedro pasó una honda sensación de orgullo. Orgullo de ella. ¡Había dado su última

muñeca de niña sentimental para alimentar la hoguera de la Revolución! El, con los ojos humedecidos, le hizo la más grande ofrenda que puede una mirada. El, que se conocía y la conocía, él, que quiso a Cristóbal y sentía desgarrársele el pecho, sabía lo que ella había hecho. Los otros camaradas también la miraron satisfechos.

—Pido la palabra —dijo uno, nombrado León.

—La tienes —respondió el que presidía.

—Compañeros: teniendo en cuenta la enorme responsabilidad en este asunto de los camaradas Amelia y Piedra, propongo que sean ellos mismos los que ejecuten al delator. . .

—¡No! ¡No podría! —gritó Aurora.

Pedro se puso de pie de un salto.

—¡Orden, compañeros, orden! —exigió Herrera.

—No he terminado aún —continuó León. —Hago y mantengo esa proposición y estimo que la negativa de los compañeros Amelia y Piedra demostrará una de dos cosas: o que son unos sentimentaloides pequeños burgueses, indignos de figurar jamás en la vanguardia de la clase obrera, indignos de llamarse bolcheviques, o que son cómplices del canalla Cristóbal!

—¡Eso es una vil suposición! —exclamó Aurora sollozando y enrojecida.

Pedro permanecía de pie. Sin alterarse, impasible, paseó su mirada por todos los otros camaradas como escrutando su actitud mental. Todos conocían su larga abnegación de comunista y la corta, pero brillante historia revolucionaria de Aurora. Todos, espectantes, lo miraban. Le querían y respetaban y esperaban su respuesta. Hizo una seña a Herrera para que le concediera la palabra y Herrera asintió con otra seña.

—Compañeros —empezó diciendo—, sé que la mayoría no participáis de ese extremismo destripador del camarada León y mucho menos de que sospechéis de nosotros dos, porque si hubiérais sospechado os sobran entereza de carácter y dureza bolchevique para haber-

nos acusado y condenado desde el primer instante y no acusar y condenar solamente a uno de los culpables, al que ni miembro del Partido es. Considero al compañero León como a uno de nuestros más activos y valientes camaradas, pero atacado de gravedad de la "enfermedad infantil del comunismo!", del extremismo. Paso ahora a analizar concretamente sus palabras: Arguye el camarada que nuestra negativa a matar personalmente al delator sería una actitud de sentimentaloides pequeños burgueses, indignos de llamarnos comunistas. El camarada León, a causa de su enfermedad, cree que los comunistas debemos, en no importa qué sujeto, lugar y tiempo, hacer tabla rasa de todos los sentimientos humanos en holocausto del Moloch de la Revolución; ignora que el arma, y alma, teórico-filosófica del comunismo es un materialismo que no es sólo materialismo, sino que también es dialéctico, que no es un materialismo grosero, árido y brutal, pelado y cortante como un cortafrío, ciego y cruel como un cataclismo, sino un materialismo que es la Historia misma de la Humanidad, con todas sus debilidades y grandezas, que es un materialismo que aprecia no sólo los valores objetivos que fundamentan y dan contenido a la vida, sino también los valores subjetivos que la conforman y embellecen; que es un materialismo que no pretende arrancar el corazón a la gente y echarla a andar como autómatas mecánicos!... ¡No, no pretendemos romper los vínculos de amor y protección que agrupa a los humanos por familias sobre la tierra sin haberle podido dar otros vínculos mejores! ¡No pretendemos que las madres fusilen por sí mismas a sus hijos traidores ni viceversa, los hermanos a sus hermanos, los novios a sus novias, las primas a sus primos... pudiendo hacerlo nosotros! Nos conformamos con que ellos sean de los nuestros y nos duele su dolor y su vergüenza por el infame ser querido. Y cuando en el colmo de la abnegación, sofocando los gritos biológicos de la sangre y las indulgencias del cariño convivido, levantan su puño de militantes para votar

por la muerte de ese infame ser querido, como lo acaba de de hacer Amelia, entonces tenemos que tributarle el parabién de nuestra admiración revolucionaria!

En vista de todo eso, camaradas, considero absurda e inconsecuente la proposición del compañero León, en lo que respecta a que Amelia contribuya a ejecutar a Cristóbal, y aunque justa en lo que respecta a mí. Por tanto hago las dos siguientes proposiciones:

Primera: que sea yo solo el que elimine al delator.

Segunda: que conste en acta que el voto de la compañera Amelia en esta pena de muerte es un "Voto de Honor", que la honra y honra a nuestro Partido como fiel vanguardia revolucionaria de las masas oprimidas de Cuba."

Pedro terminó y se sentó. Un conmovido silencio acogió sus conmovidas palabras. Aurora lo miraba con cara de cadáver. Hasta León estaba afectado. Fué el primero en hablar:

—Retiro mi proposición . . . y argumentos. Confieso que me equivoqué.

—Compañeros —dijo Herrera— ¿algún otro quiere hablar?

—Yo —dijo uno.— Me opongo a la primera proposición de Piedra. La alienta su amor propio lastimado por León. El era íntimo amigo de Cristóbal, que le hizo grandes favores. Propongo que sea la brigada de autodefensa la que elimine al delator.

—Camaradas —dijo Piedra—yo era el principal responsable de las direcciones, yo respondí de la honradez de Cristóbal cuando se trató de poner la oficina en su casa, yo debo responder de su castigo. Si se acordara lo contrario podría quedar todo lo mío como un alarde y no quedaría en claro mi reputación. ¡Sí, os encarezco, os exijo que aprobéis mi proposición, ayudándome a salvar para siempre mi amor propio de comunista!

—Compañeros —dijo Herrera— al retirar León la suya, quedan dos proposiciones en cuanto a la ejecución

del delator. Someteré a votación la primera, que es la de Piedra. Los que estén de acuerdo con ella que levanten el brazo... Siete, y mi voto, ocho... Mayoría. Ahora corresponde el turno a la otra proposición del mismo Piedra, pidiendo que conste en acta el voto de Amelia, en la condena de su primo, como un "Voto de Honor". Los que estén de acuerdo que levanten el brazo... Unanimidad, excepto el voto de ella.

Seguidamente se debatió y acordó la proposición de Julián de que Pedro y Aurora fueran excluídos del Partido por tiempo indefinido.

Y se terminó la junta. Once de la noche.

Aurora y Pedro, embargados por constricción enorme, tomaron el camino de su casa... de la casa de Cristóbal.

Sin mirarse, sin hablarse, marcharon, uno junto al otro, cuadra sobre cuadra. Llevaban ese no sé qué sombrío y ese paso calculado, mecánico, ni lento ni rápido, de los presidiarios cuando van al trabajo forzado. ¿Quién iba a consolar a quién? Ambos necesitaban confortarse.

Iban a cruzar una bocacalle en el instante preciso de pasar veloz un auto e instintivamente los dos se sujetaron. Siguieron caminando, como antes.

—¿Cómo te sientes? —dijo él, agarrándola por un brazo.

—Destrozada... La cabeza me va a estallar... ¿Y tú...? ¿Tendrás valor para...?

—Lo tendré.

—No debiste haberte propuesto ni haberme defendido. Con él demuestras la mayor crueldad, conmigo sentimentalismo, y tú no sabes si soy su cómplice... Podría él ser inocente... Podría yo haberle dado las direcciones a uno... a Valdés, por ejemplo...

—Sé que no. Sé que sufres horriblemente y en el delirio de tu dolor te hieres y me hieres..., sin darte cuenta que yo también sufro, por todo lo pasado y todo lo que tiene que pasar...

Ella dijo llorando:

—Perdóname, Pedro. Podría olvidar su infamia y su muerte, pero no puedo olvidar a tía Lola, que tanto lo quiere, y que es como si fuera mi madre...

—Nuestra madre... yo también la recuerdo... Y procedo con él como procedería con un hermano, con un hermano que por unos cuantos pesos nos expone a que aparezcamos como traidores, y condenando a la prisión, la tortura y la muerte a cientos de nobles compañeros que luchan por la justicia social. La muerte de "mi hermano" Cristóbal sólo pagaría la del noble y bueno Colombié y quedaría debiendo el resto...

—No sigas, por favor. Dime, ¿cómo lo vas?... ¡No, no me lo digas!... ¡No lo hagas tú!...

—Tengo un buen plan indoloro... Seré yo y no seré yo... Pero no te lo diré.

Siguieron caminando silenciosos. Ella enjugándose las lágrimas que no podía contener y pasando las manos por la frente dolorida. El sumido en un caos de pensamientos. Así llegaron a la puerta de la casa. Se sorprendieron. Ambos se preguntaron con la mirada: ¿Estará? ¿Habrá venido?

El abrió la puerta con su llavín y entraron. Tía Lola estaba de centinela en la sala, esperando al hijo y exclamó sobresaltada al verlos solos:

—¿Lo encontraron? ¿Supieron de él?

De momento no acertaron qué decir. Aurora la abrazó para disimular su estado de ánimo.

—Tranquilícese, tía —le dijo.

—Sí, supimos —añadió Pedro.—Nos dijeron que andaba de fiesta con unos amigos.

—Ustedes saben que él nunca ha hecho eso sin avisarme de que no lo espere a comer o llegándose acá en el auto que acostumbraban a traer...

—Lo que no se ha hecho nunca se hace una vez.. Tranquilícese. Ya sabe de él. Vaya a descansar, que yo lo esperaré aquí para echarle un buen regaño —díjole Pedro.

—Bueno, hijito. Les calentaré la comida antes.

—No, tía —exclamó Aurora.—Ya comimos. Me voy a acostar, que me duele la cabeza... —y se fué apresuradamente para su cuarto a desahogarse en sollozos y lágrimas.

Pedro se quedó solo en la sala, sentado en un sillón, fumando cigarro tras cigarro y la mirada fija en la puerta, esperando que se abriera y entrara Cristóbal.

Las 12. Las 12 y media. La una.

Sonó un llavín en la cerradura y apareció Cristóbal. Miró sorprendido a Pedro.

—¿Qué pasa? —dijo con un extraño tono.

—Ve a la vieja, que te espera, y ven.

La severa actitud de Pedro y su también extraña voz vibrante le dominó y obedeció sin preguntar más.

A los diez minutos estaba de vuelta.

—Vamos al cuarto oficina —dijo Pedro y caminó hacia allí seguido de él.

—Siéntate —le dijo.

Ambos estaban palidísimos. Pedro sin color. Este miró a aquél con una mirada tan penetrante, tan elocuente, que le hizo bajar la vista. No obstante, Pedro no hallaba cómo empezar, no se sentía la lengua.

—¡No me preguntes nada!... ¡Sí, fuí yo, y no lo volveré a hacer más! —exclamó Cristóbal con aire de demente, mirando a Pedro cara a cara.

—¡Ah, fuiste tú!... ¡Sí, tú fuiste!... ¿Y cómo supiste dónde estaban?

Pedro masticaba con rabia sus palabras.

—Quise saber un día qué hacían tú y Aurora aquí solos y encerrados, y me asomé por la cerradura y vi guardarlas...

—¡Y no te bastaron tus celos bestiales, no te bastó que, sacrificando mi corazón y el de ella, te cumpliera el juramento de no enamorarla, sino que nos traicionaste y vendiste a los dos, sino que...

—¡Calla! —gritó Cristóbal.—¡Conozco el tamaño de mi crimen. Mas no lo cometí sólo por amor o despecho,

pues sé que has cumplido lo que te hice jurar, sino y más que nada por mi maldito delirio de grandeza, por mi locura de vivir a toda costa la vida como la viven los poderosos, por gastar y gozar!... Y después de cometerlo, sin el estímulo ya del alcohol y de la falta de dinero, lo medí, medí mi crimen... Leí los periódicos y el Coronel me enteró del resto... Pensé en Aurora, en ti, en mi vieja y descubrí que soy un asqueroso reptil, indigno de los tres. En todo el día no tuve vergüenza para venir a casa. Esperé la noche, tomé unas copas y, pensando que dormían, vine...

Se calló. Había terminado sus palabras con insólita tranquilidad, como si se tratase de un cuento.

—¡Viniste y te irás conmigo! ¡Mereces que te asesine, pero nos mataremos! Tengo mi revólver, busca tu pistola, esa con la cual una vez trataste de salvarme la vida.

—¿Al principio no te confesé que fuí yo y no te dije que no lo volvería a hacer más?

Ante el tono indiferente, casi cínico de Cristóbal, Pedro no hallaba cómo controlarse. Hirviendo en ira, dijo:

—¡¿Qué me dices con eso?! ¡Sal a morir, que no quiero matarte aquí mismo!

—Te digo con eso que antes que tú lo pensaras, pensé yo matarme... Pero tengo un buen plan, no será un suicidio para la gente, sino una muerte casual, a causa de la bebida. Saldré ahora mismo y ya esta madrugada estaré muerto. Sólo te pido un último favor, la última gracia de un condenado a morir: que mi vieja no sepa nunca lo que hice, ¡me quiere tanto! ¡me cree un santo! Dejaré unas palabras para Aurora...

Y con extraordinaria sangre fría, sacó de su saco una libretita, arrancó una hoja y con su pluma fuente, apoyado en el buró escribió unas líneas.

Con estupor, sin respirar apenas, Pedro le oyó y ahora lo veía actuar. A pesar de su recio temple, fuerza era que se conmoviera. ¡Apenas ayer eran amigos, casi hermanos!

—Toma; cuando yo esté muerto, entrégaselo a ella; explícale tú lo demás...

Pedro tomó el papelito que le alargaba Cristóbal. Este añadió, con voz de dolor:

—Dile que me perdone. Perdóname tú —y extendió su mano...

A Pedro le ardía su diestra, pero dejó la de Cristóbal extendida. Dijo:

—¡Mientras vivas, no, no te daré mi mano!

—Comprendo... Suplico, ahora, que cuando vuelva muerto, tú y ella me den la mano como prueba del perdón... ¿Le negarás también tu mano a mi cadáver?

—No, se la daré con gusto.

—¡Gracias!... ¡Adiós!

Cristóbal se fué. Pedro no contestó. Lo vió alejarse. Le oyó alejarse. Lo sintió abrir y cerrar la puerta de la calle. Pensó: "Si yo no hubiera ido al central "Liberty" ahora él no fuera a morir". Quiso confortarse a sí mismo y añadió: "¡Bah, si no hubiera explotación o no hubiéramos nacido tampoco hubiera pasado nada!"

Con congeladas manos desdobló el papelito. Decía:

"Aurora: Siempre fuí indigno de ti, siempre; aunque siempre te amé. Sé que me querías como a un hermano. Agrega ese cariño al que le tienes a mi pobre vieja. Ablanda tu duro corazón de comunista y perdona mi cadáver. Trata de que Pedro no odie mi memoria. Sé fuerte.

Cristóbal."

Pedro, el roble rojo, lloró.

Puso los codos sobre el buró y la cara entre los puños.

Las 2. Las 2 y media. Las 3.

Seguía los codos sobre el buró y la cara entre los puños.

Las 3 y media. En el silencio de la madrugada se oyó el ruido de un auto que se detenía ante la casa. Un violento escalofrío sacudió a Pedro. Tres toques sonaron a la puerta. Caminando como un beodo, fué a abrirla.

Era la Ambulancia Municipal con el cadáver de Cristóbal.

—Bebido, se puso a andar con una pistola en el bar "Capitolio" y se le fué un tiro al corazón . . . Le damos el pésame —dijo uno de los conductores, uniformados de blanco y con la clásica cruz roja sobre el brazo izquierdo.

Tendido en la cama el cadáver, Pedro y Aurora, mudos, sin una lágrima, acudieron al mismo tiempo a estrecharle la mano. Pedro se asombró. ¿Cómo supo ella ese su postrer deseo?

—Lo oí todo —díjole Aurora, acertando sus pensamientos.

Pedro calló. No quiso turbar con la miseria de las palabras aquella hora solemne, plena de heroico sacrificio.

CAPITULO XXII

Días después de la muerte de Cristóbal, Pedro se fué a su pueblo a ver a su familia.

Tan pronto llegó, las autoridades —esa sombra nefasta de los revolucionarios— le dieron 24 horas de plazo para que abandonara la "tierra natal" o el "querido terruño", como escriben los patriotas.

Así que al día siguiente de llegar, le hicieron irse de su casa. ¡Y después dicen que los comunistas no aman el hogar ni la familia!

Quince camaradas y sus familiares presos, entre ellos dos mujeres y un niño, era el balance de arrestos en el pueblo, a causa de la caída de las direcciones. El culpable, Cristóbal, estaba ya bajo la tierra, pero la sucursal local de la Dictadura seguía cosechando sus frutos a entera satisfacción.

Dando fe de su proverbial cortesía, la policía, a pie, a caballo y en autos, acudió a la estación de ómnibus a despedir a Pedro.

Su madre también acudió, repitiéndole entre lágrimas la eterna frase:

—¡Cuídate, hijo mío!

Engañando una vez más a la policía y a su madre, Pedro se bajó en el paradero inmediato, que estaba bien cerca del pueblo, y se encaminó al bohío de los padres de Colombié para darles el pésame, descansar y organizar una Liga Campesina.

La organizó. Pero a los tres meses tuvo que salir huyendo de la guardia rural, que quería "echarle el lazo".

Se fué a un central azucarero. A los dos meses tuvo que huir también, prendido en un tren de caña que cogió a toda marcha en plena noche.

Volvió a la Capital. Fué para su antigua casa. En ella había dejado a Aurora consolando a tía Lola. Aunque ambas necesitaban consuelo.

Llegó a primera tarde. Encontró la puerta abierta y fué derechito para la cocina.

Sentada, la vieja leía y al verlo llegar se le echó en los brazos llorando.

—¡Vamos, tía Lola, ya es tiempo de que se resigne! —dijo él, soltando dos lágrimas.

—Ya estoy resignada, Pedro; pero es que al verte me lo recordaste vivo.

—¿Estaba leyendo alguna buena aventura?

—No, son oraciones; desde que se murió él, ya no leo aventuras, rezo... Yo fuí la culpable de todo, no supe educarlo...

—No crea eso... son fatalidades de la vida... Tiene que volver a ser la de antes; morir no es ningún mal para el que muere...

—Así lo creo: pero una cosa dice uno y otra siente.

—¿Y Aurora y Pepito?

—Aurora debe estar en el cuarto que ustedes tenían de oficina. ¡Pobre muchacha! ¡Desde que murió mi hijo y tú te fuiste se pasa las horas allí, pensando! Tienes que reanimarla, que vuelva a ser la de antes... Estoy cansada de decírselo; aunque ella —como tú ahora— me dice a mí lo mismo. Díselo tú, que a ti te obedece.

—¿Y Pepito?

—Lo mandé a comprar café hace rato; de seguro que se ha encontrado algunos chicos y les está dando un mitin... Dame ese maletín, yo lo llevaré a tu cuarto. Anda a ver a Aurora que se alegrará de verte.

Emocionado aun por el maternal recibimiento de tía Lola, y por los dolorosos recuerdos que le traía, Pedro fué hacia el cuarto donde debía estar Aurora. Se acercó sin hacer ruido. Efectivamente, allí estaba ella; de espalda, abstraída, contemplando el cielo azul a través de la ventana. Se le aproximó en puntillas de pie y le acarició las mejillas con ambas manos. Ella se volvió rápidamente y le vibró la cara de alegría al reconocerlo. La emoción les humedeció los ojos a los dos.

—¡Pedro! —dijo ella y le alargó la mano.

—¿Soñabas? —le preguntó él, estrechándosela.

—Sí . . .

—Todo este tiempo yo también he soñado, he tenido la pesadilla de que te había perdido . . . ¿Me quieres todavía?

Aurora quedó un rato sin responder, como pensando; luego dijo:

—Ya no.

—¿Qué dices? —exclamó él con la desolación en el semblante.— ¿Por qué no me quieres? ¡Dilo pronto!

—No puedo, Pedro, y no puedo explicártelo. ¡Perdóname, por favor!

—Está bien . . . Siempre cumplí con mi deber . . . ¡Adiós!

Se iba, como un cadáver que camina; nunca había sentido tal dolor de parálisis en la víscera que propulsa la sangre, ¡en ese inevitable corazón humano!

—¡Oye! —Lo llamó ella, muy seria.

—¡Habla!

—Acércate. No puedo gritarlo.

—Vaya, ya estoy cerca, habla.

—¿Te acuerdas cuando yo me declaré a ti? Me dijiste: "No puedo, Aurora, y no puedo explicártelo. ¡Perdóname, por favor!" ¿Te acuerdas? ¡Esas palabras se me quedaron grabadas en el alma!

—Me acuerdo . . . pero no sabía que fueras tan rencorosa . . . Aquella vez no estaba en mi conocimiento . . .

—Pues esta vez yo tampoco estaba en mi conocimiento . . ., lo que dije fué tonta parodia, para desquitarme. ¿Y cómo pudiste pensar que no te quisiera?

Ambos se oprimieron en un abrazo y beso vehementes.

—¡Ya era hora! —gritó Pepito, metiendo la cabeza por la puerta.

Aurora y Pedro se separaron ruborizados. El exclamó:

—¡Hola, Pepito! Pasa.

El chico pasó y Pedro lo abrazó, diciéndole:

—No digas nada a tía Lola todavía. Ya lo sabrá: ahora no conviene...

—Palabra de camarada —prometió Pepito.— Los dejo solos, aunque sé que se pondrán bravos... —e hizo un guiño y se fué.

Pedro y Aurora se sentaron sobre el buró con el brazo echado, cambiándose besos a menudo y hablando de todas esas dulces tonterías de que hablan los enamorados. Al principio, esquivaban con gran cuidado todo lo que trajese la memoria de Cristóbal.

—Hablemos de él, de Cristóbal —exclamó Pedro.— No debe ser una sombra para nosotros. Lo pasado nos honra. El, si no procedió dignamente, supo morir, castigarse, dignamente. Nuestro amor tiene que ser tan despejado y grande como fué nuestra abnegación.

—Eso también creo yo. Detrás de esa puerta oí todo lo que tú y él hablaron. Lo vi partir a la muerte. Te vi sufrir, llorar. Y estuve orgullosa de ambos. ¡Lo estaré siempre!

—Y yo de ti, querida.

Hablaron mucho del amor y la felicidad: Fueron a la cocina a tomar café y regresaron a sentarse sobre el buró para seguir hablando del amor y de la felicidad.

Pepito volvió de nuevo y dijo:

— Acabo de ver a Julián. Le dije que habías venido. Y dice que vayamos los tres en seguida a casa de Pérez.

—¿Los tres? ¿Tú también? —dijo Pedro.

—Sí, yo también.

—¿Para qué será? ¡Vamos! —exclamó Aurora.

—Vamos. Despidámonos de tía Lola —añadió Pedro.

A la media hora estaban los tres en casa de Pérez. Se encontraron con una reunión ampliada del Comité Central del Partido: unos 12 compañeros en total.

Poniéndose de pie, Julián tomó la palabra, dirigiéndose a Pedro y Aurora:

—¡Camaradas, nosotros, el Comité Central del Partido, constatando toda vuestra abnegación y disciplina bol-

cheviques en los hechos que son de todos conocidos y no es necesario recordar, hemos acordado llamaros de nuevo a nuestras filas, proclamando que el Partido, vanguardia de la Revolución, se siente orgulloso de soldados como vosotros. Vuestro proceder ha evidenciado una vez más que la humanidad trabajadora cuenta con conductores capaces de vencer, capaces de, con su propio dolor, barrer la esclavitud capitalista!

Estas palabras, pronunciadas con el aplomo de Julián y en tono patético, conmovieron a Aurora y Pedro y a los demás luchadores allí presentes. Todos abrazaron o estrecharon la mano de ella y de él, en emotiva demostración de fraternal afecto y reconciliación.

Julián volvió a hablar:

—Piedra y Amelia —dijo;— colóquense aquí, de pie junto a mí.

Ellos obedecieron perplejos, sin saber para qué era. Los demás sonrieron sabedores.

—Ahora vamos a celebrar una boda revolucionaria. Yo oficiaré de cura rojo, juez, director o lo que queráis. Todos vosotros sois testigos —anunció Julián.

—¡Qué chismoso eres! —dijo Aurora toda sonrojada a Pepito.

Pedro reía como el pionero y los demás.

Como —de acuerdo con los postulados del amor libre— los comunistas desprecian la venia de curas y jueces para unirse maritalmente, muchos adoptan la divertida ceremonia de casarse por el Partido. Con ese motivo se reúnen grandes grupos de camaradas, haciendo un ¡alto! de alegría en su borrascoso camino.

Pero, aunque en guasa, esta es sólo una de las tantas expresiones de ese mundo subterráneo que está en guerra a muerte con la civilización burguesa, en lucha implacable contra todos sus frentes: económico, político, cultural, ideológico. Es la Revolución Social que avanza por todos los caminos. Y hasta cuando se ríe.

Intercalaré una anécdota que revela con vivo relieve esta lucha sin cuartel de los militantes comunistas:

Es una de sus tácticas transformar los duelos fúnebres o entierros de los pobres en roja tribuna de combate, en cátedra de agitación y propaganda.

En un pueblo del interior a un pescador lo mató un rayo. Camino del cementerio, en la procesión mortuoria, los criticones reaccionarios comentaban gozosos:

—El Cielo le ha hecho hoy una jugarreta a los comunistas. Si despiden el duelo no podrán decir que el muerto "es una víctima más de la burguesía", como gritan en todos los entierros de pobres. No podrán echarle la culpa a la burguesía.

La manifestación fúnebre llegó a la puerta del cementerio y se detuvo. Un comunista, líder del Sindicato de Pescadores, se paró junto a la portezuela de la carroza mortuoria. Iba a despedir el duelo. Los criticones reaccionarios sonreían. Dijo, indicando al cadáver:

—¡Compañeros: Aquí tenéis, carbonizada, otra víctima de la burguesía. Lo mató un rayo, pero lo mató un rayo porque tuvo que lanzarse al mar en plena noche y con amagos de tempestad a ganarse el pan para sus hijos; lo mató un rayo mientras pescaba peces de oro para los "místeres" de la Compañía Pesquera, que roncaban a pierna suelta a buen abrigo! ¡Lo mató un rayo, compañeros, porque hasta los rayos sólo matan a los pobres, por la sencilla razón de que los pobres no podemos tener, ni estar bajo tormenta, en viviendas confortables donde abrigarnos y, muchísimo menos, con pararrayos! . . . ¡Pero no debemos llorar por el camarada caído, sino apretar los dientes, cerrar los puños y marchar con él como una bandera más, hacia la destrucción de este matadero de trabajadores que es el régimen burgués!

Hasta aquí la anécdota que ilumina el famoso "espíritu de contradicción" de los comunistas, "debido a las órdenes y el oro de Moscú".

Por ese "espíritu" Aurora y Pedro aceptaron la guasa revolucionaria de casarse por el Partido, en vez de por la Iglesia o la Ley.

Julián iba a empezar la ceremonia matrimonial. Pugnando por no reír dijo, con solemne voz:

—Camarada Amelia, camarada Piedra: En nombre del Partido Comunista, en nombre de su lucha contra la opresión del imperialismo yanqui y por la liberación nacional y social de Cuba, os caso. Y en nombre del marxismo y leninismo os declaro que el hombre y la mujer son dos personas y por tanto en vuestra unión conyugal ambos tendréis iguales derechos e iguales deberes. Esta unión os debe hacer más fuertes y felices, pero no menos libres. Así seréis más capaces de seguir luchando por la felicidad y libertad sociales.

Julián terminó y todos acudieron riendo a dar la enhorabuena a los "esposos".

—¡A bautizar a Pepito! —gritó uno.

—No estoy hereje —repuso el chico.— Ya recibí mi bautismo. . de sangre el 1º de Mayo!

Está visto que esta gente, hasta los chiquillos, los pioneros, reciben y se alimentan con el "oro de Moscú" Lo tienen ya en la sangre. Lo reproducen como glóbulos. Ellos mismos son ya una mina. Mina, ¡qué palabra más justa!

Ese "oro" es diabólico: produjo la Revolución de Octubre, barriendo al divino Zar, al santo Pope y al mesías Kerensky.

Por acá, por estos países "no dejados aún por la mano de Dios", ese "oro" satánico amenaza barrer al omnipotente Imperialismo y a sus ángeles guardianes: sus lacayos nacionales.

¡Señales de los tiempos!

El cielo capitalista se empieza a cubrir de "negros nubarrones", empiezan a soplar todos los vientos, el espacio se llenará de fuego, sonará el trueno y al régimen burgués, como al pobre pescador, lo matará un rayo.

El rojo rayo de la Revolución.

FIN DE EL ORO DE MOSCU

EN PRENSA

Filósofos y Sistemas

Estudios sobre: San Agustín, Pascal, Kant, Hegel, Bergson en la filosofía contemporánea. Croce, Einstein, Keyserling.

Este volumen llevará una introducción del profesor Francisco Romero

Un volumen de 200 páginas, $ 0.50.

Ensayos y Críticas

SOBRE FILOSOFIA, CIENCIAS Y LETRAS

Introducción de E. Anderson Imbert.

EN PREPARACION

Filosofía Argentina

El pensamiento filosófico actual. -- Filosofía argentina. -- Nuevas Bases. -- Ingenieros. -- Piñeiro. -- Juan B. Justo.

De Hegel a Marx

Paradojas. -- De Hegel a Marx: La filosofía occidental después del Renacimiento. -- La filosofía moderna. -- La reacción romántica. -- Idealismo y realismo. -- Hegel. -- El método dialéctico. -- El positivismo. -- Marx. -- Jaurés. -- Alberdi. -- Justo. -- Jean Jaurés en la Argentina. -- Sobre El Antimarx. -- Grandeza y Miseria.

Cada uno de estos volúmenes tendrá alrededor de 200 páginas y se imprimirán, como los anteriores, en papel semipluma y se venderán a 60 centavos cada uno.

De todas las obras del maestro Korn la Editorial CLARIDAD hará una edición económica para vender a 50 ó 60 centavos y una edición especial en papel pluma esparto, formato 14 $\times$ 20, encuadernada en tela inglesa, para venderse, por suscripción únicamente, a tres pesos el tomo.

EDITORIAL CLARIDAD